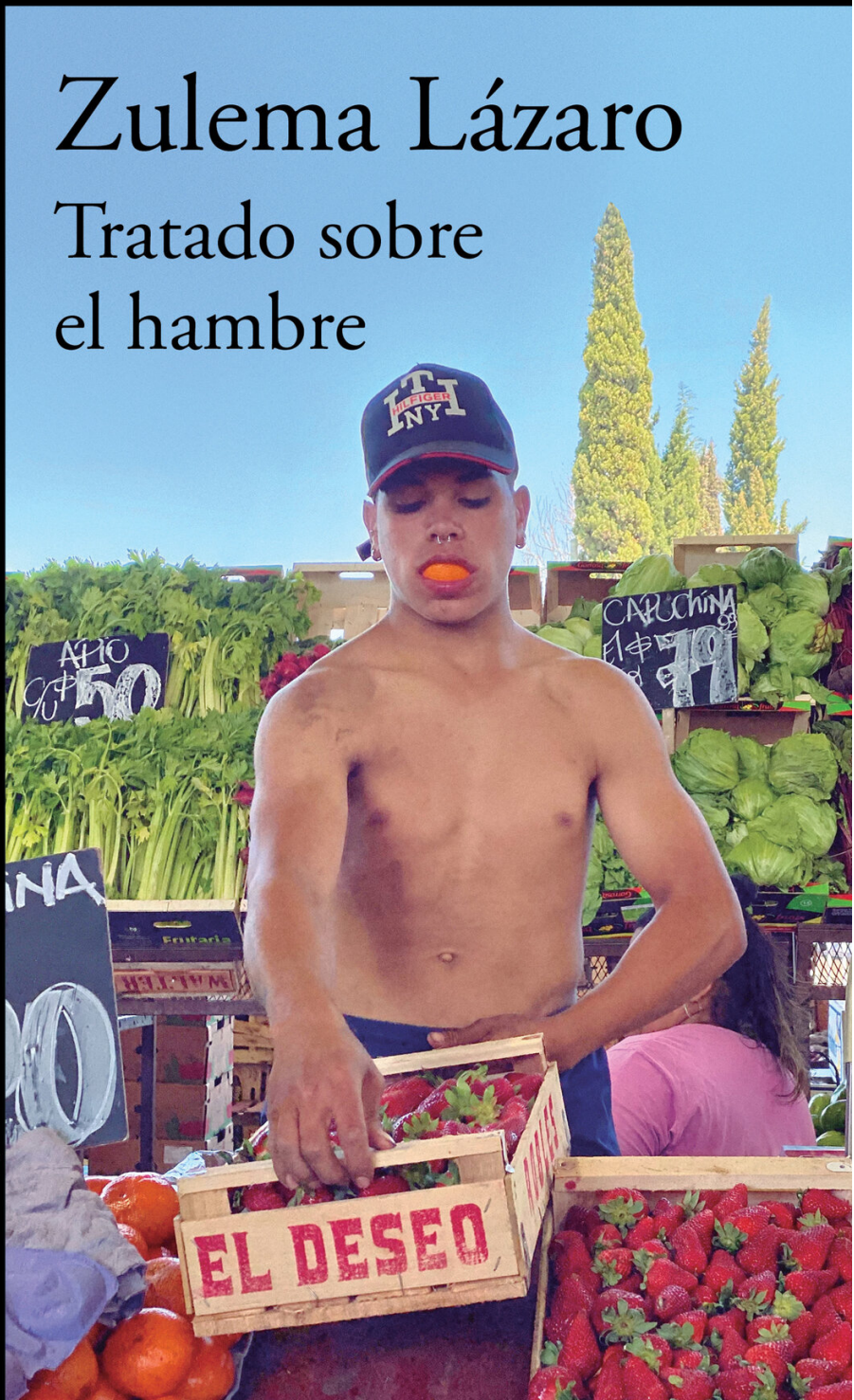
ALFAGUARA

Zulema Lázaro

Tratado sobre el hambre



Narrativa Hispánica

Zulema Lázaro

Tratado sobre el hambre

ALFAGUARA

I. Qué es un tratado sobre el hambre

Para vivir en la calle es necesario cumplir una condición: no pasar hambre. Lo peor de tener hambre no es el hambre sino no poder dejar de pensar en el hambre. ¿Cómo se lo digo a mi hija cuando la traiga hacia mí de repatriación? ¿Le hablo de frente manteca de que es necesario cumplir esa condición y otros tres trámites más? Buscar un lugar en donde con la primera luz del día te dé el sol. Debo explicárselo todo de corrido y como un zumbido, como el largo y anticipado zumbido con decibeles indecibles y a kilométricas distancias en que sienten los perros los petardos de Año Nuevo. Con voz profunda y severa como Oscar Casco le diré así: Si te ibas a despertar a las 7 por entumecimiento, podés pegarle hasta las 9, algo así. Esto, un clásico o manifiesto de todo desdentado, estrábico y externo como yo, el Alirio, el inmutable. Externo de afuera que ya no será interno de adentro, porque de tan afiliado te sacaron la ficha en el parador y no te dejan entrar hasta que consigas changas. Después, como parte del decálogo de todo buen "bichicome", pichicome a caballo de bicho cazador, debés estar listo como una lady a las 11 y 40 para el almuerzo en la Iglesia Ortodoxa Rusa, acá nomás, antes que Brasil caiga en Azopardo. Mi turno de mesa es 12 y 15, pero hay que estar cuarenta antes haciendo la cola. Si llueve o tempestad, te lo volio dire. A las 10 y 12 ya estoy acicalándome en el baño de la galería de arte, por Humberto Primo. Es como si me duchara. Un trapeado por sobaco. Inmediatamente pongo las patas en el inodoro siempre impecable de los coleccionistas. Parece que nunca coleccionan mugre como une. No, no viene del verbo *unir*. ¡Qué va! Deviene de la diversidad de cada une. Pará, ya te dije, agarrá los libros feministas un poco, te va a venir bien. Además, uno nunca sabe cuándo pasa del otro lado del charco. No, paspartú, no es para Uruguay ni el puente de Largo Brazo, es salir del clóset. ¿Y qué mierda es clóset? El verbo *salir*

lo entiendo, incluso te lo puedo conjugar entero, de pe a pa, en sus tres formas: indicativables, subjuntivables e imperativables. Pero, por ejemplo, lo que no me sale es el verbo *ir* de la misma conjugación, o sea, tercera, pero en dormir. Nunca sé por qué se mueve igual que partir, el cual se toma como paradigma y te hace *durmiendo* y no *dormiendo*. ¿Qué mierda va a ser irregular, qué catzo vas a saber? A ver, decime cómo es que *ir* pasa a *yendo*. Tal vez sabés porque lo escuchaste, pero no lo entendés o escuchaste mal. Es imposible equivocarse cuando aprendiste bien esa clase de palabra, esa que indica acción o estado de los sustantivos concretos o abstractos. No, con los colectivos no. ¿Ves? No se pueden usar verbos, solo epítetos. No, colectivo no es bondi. Seguime y no te delires pensando en fiestas electrónicas. Los verboides sí se dan muy bien con los sustantivos propios e impropios, es decir, individuales comunes. No, máquina, no hay chance de equivocarse cuando los aprendiste y los parafraseás bien de derecha a izquierda y de la cara externa al centro, desde donde sale el radio y de allí viene el $\pi = 360$. Redondeo, son así los infinitivos y participios en los tres tiempos o compases, porque viste cuando los conjugás en todas las personas y números hacen musiquita maraca, pero al fin musicalidad de sonoridad y métrica.

No sé cómo se cuentan los años en que no te veo, Moira. ¿En pesadillas, en tangos como *Grisel*, en cuerdas partidas de mi garganta de tanto llorarte, en la birome dura al trazo que escribe estos sintagmas, en las terribles calles de Chas, en las anotaciones de la Biblia de María o como en esos damascos pasados que son mi músculo y nervadura?

Se cuentan, de alguna manera se cuentan. La enumeración puede ser casi infinita pero la certera no me interesaría tanto porque sería como beber hipoclorito de sodio, comercialmente, lavandina. La certera sería hostil como canon, por eso más que la verdadera me interesa la posible, porque al final de la inverosible concatenación, de esa probable desmesura, nos encontraríamos, lo cual no será resarcimiento sino justicia y no justicia divina, me cago en esa justicia. Sería justicia de la otra, de la pulenta: justicia de juntura padre-hija, una justicia de

dioses y sacerdotisas que no existen.

Cuando tenga su tenencia, si me interrumpe mientras le explico estas apotemas le diré: Vos sabrás mucho de diseño de indumentaria, pero no te hagas la sabionda en esto de la barrecheneidad. Los tres fantásticos: infinitivo, gerundio y participidad no se conjugan. Todas las cosas en la vida se conjugan. Se conjugan, se empanan, se embadurnan con mierda o sin mierda, se marinean, se magentan o se verdean al pesto, a voluntad, pero justo los verboides llanos, no. Todas las pasiones son variables y mutantes como la lengua, algo vivo, camaleón o medusa. ¿Viste cómo leí mucho de gramática todos estos años? Me las sé todas dentro de la Kovacci vida y fuera en la yeca. Eso es lo que da leer en Gredos a la María Moliner o al Lázaro Carreter. Pero me separé muy lejos de lo que te iba a decir. Estaba en que el almuerzo ruso ortodoxo, que no sé muy bien dónde queda con todo el change y revuelo en Europa como Asia y Pakistán. Pero, por suerte, toda esa infamia de que te cambian el mapa de los países del Mundial 86 acá no pasa. Me conozco todo: cada país, capital, pueblo, barrio, calle de polvo, rancho piso de tierra, descampado, chaperío, tablón, tierra tomada, lodado, tosquera, aldea, comuna, terreno ocupa, edificio, parque o baldío. También te lo indico uno a uno como cartográfica hoja. Cartografía estudié por una beca en Casa Amarilla, que fuera la residencia de nuestro “Padre de la Marítima de Guerra Argentina”, el almirante Brown, donde funciona el Instituto Histórico de Estudios Navales. Me la gané por un concurso de *Hecho en Buenos Aires*. Yo en realidad siempre quise estudiar Vigilancia Volcánica, Geofísica, Geodesia y Ortofotografía Aérea, pero esto fue lo más cercano a lo que pude arribar. Como escribía tan mal en vez de Ortofotografía me dieron Ortografía y Redacción, que me sirvió mucho para tramitar planes y proyectos de restauración ciudadana del casco histórico. Sí, me dieron la plata, pero me la deliré y no restauré un carajo a la vela. El tema, y antes que me aleje o desgrane en otro subtema, que a su vez parece ser idea subsidiaria, particular, minuciosa y no general o global, es la cena y cómo obtenerla. El problema de la Ortodoxia es que solo te dan el almuerzo. La cena

arreglátela, reza el cartel que hicimos en tiza amarilla mojada sobre cartón aglomerado pintado a negro pizarra con los muchachos, no vaya a ser que un desprevenido se quede después del almuerzo para nutrición e hidratación y se vea frustrado esperando al pedo. Y nadie se debe quedar frustrado en tema hambre. Damos la posta, para qué vamos a dar la localización de un comedor que no tiene comida y, es más, cuando llegás te quieren manguear a vos para un kilo de pan. De qué nos sirve mentirte, mejor hacerte peregrinar por el hostial un poco más y que no conozcas una decepción evitable.

Tenés que confiar en mí, en nosotros, le señalaré. Nosotros, mi grupo, jamás te vamos a chamuyar. Todos los otros, chamuyeros muchachos, te inflan la cabeza con que están limpios, pero etílicas catingas evaporan por sus tegumentos. Tegumentos gruesos de caminatas al sol, tegumentos de chancho por caminatas al sudeste del río que pasa por la costanera. Algunas veces se tiran hasta la Costanera Norte y piden en los carritos más caros: Negro el Once, Saint Tropez, Bahamas Club, Pizza Banana, Hapenning o Los platitos 57. Pero iba a la cena barrial. Para cenar nos vamos caminando a la capilla gótica del parque Pereyra, Barracas. Más al sur de la ciudad es imposible. Así, a las 19 y 15 te sirven la cena y te llevás si te piacce un termo de café con leche caliente para el desayuno al otro día. Ahora si no aguanta temperatura hervor, le enchufás el mejor invento argentino que se haya creado, el calentador pituto, dentro del alargue de los cortacésped. Los pibes del ambo verde te dejan imbricarlo mientras se fuman un faso. Se esconden en la casilla de herramientas para que no les saque foto el gorilastro. No va a ser el de la película del treinta, chabón, *King Kong*, no, no es tan artístico. Muy lejos de ello, es el inspector de espacios verdes. ¿Después del desayuno qué te queda? Ir con el bidón que afanaste en el Todo suelto derecho a tu sector. Que cómo se hace. Es baldear tus nueve baldosas, $3 \times 3 = 9$, pero grandes cada una como palcos. Las fregonás con hipoclorito de sodio puro. Ahí corrés la mierda que es bien mierda tanto humanoide como caniloide. Bue, dejame pensar en las cosas que encontrás. ¡Cada cosa!, merde, meo, vómito, escupitajo. Después vienen en orden de frecuencia:

salivazo, afrecho, guasca, sangre de pelea de borrachines de cuarta categoría, lo cual es siempre crecimiento negativo, siempre en picada descendente como motocross infernal. Ahora eculubro algo interesante de analizarse a puro pensamiento crítico, empírico, dialecticado. Escupitajo no es lo mismo que salivazo. Escupitajo es péstido moco verdoso previo a chapar con un tajo de cualquier arrastrada trabajado en Parque Chas, parque Avellaneda, parque Lezama, cualquier parque porque todos le calzan como el cristal a Cenicienta. Dije previo chapar porque contaminarían a la fulana al subir las flemas del alvéolo fumador a la boca en donde fermentan para deglutible bolo salival, que es el previo al más pesado: el bolo estomacal. Con Uvasal anda. ¡Y no, no da tener mal aliento cuando estás frente a una dama indómita a la cual te morís por partirle la delantera a comilones gorgotones hasta la asfixia por imperiosa sed! Hay que seguir diferenciando. Escupitajo nunca será salivazo. Este es más largo y debe caer lejos, mínimo cien metros. Salivazo es plaqueta, plasma de hematíes mitocondriales, eosinófilos y consilófilos que sirve, entre otras muchas cosas, para embocar en cachiola u ortongo obteniendo así buena lubricencia. Si tenés algo cortado en la boca, te pasan al apretar flor de sida, hepatitis C o un degenerativo proceso intestinal, llamado cáncer, y terminás con la bolsa colostómica y una sonda nasogástrica. ¡Che, la curación de la papa ni los de la NASA la tienen, tampoco los de la ONU! Los que parece que sí son los de la Unesco y los de la Academia Nacional del Lunfardo, dirigida por un amigazo, Maurico Mauricio. Querete, Salbio, vos querete y no seas lacra con vos mismo. ¡Cuidate, que si alguna no te viene con tuberculosa sangre, te viene con sarampiones o procesos genitales ampollados! Todas enfermedades extinguidas, pero en ellas latentes a morir. Descuidate nomás, descuidate, que la enfermad te da maza y palo antidisturbios. ¿Viste cómo hoy me vine leído? Leo mucho yo. Ahora bien, por su parte, así como escupitajo es binomio de salivazo, se puede trazar un paralelismo entre guasca y afrecho. Guasca es lo desprendido cuando te lo sopletea una chirusa trabajadora full time, no appart time, esas que vienen con menos podredumbres. Al afrecho vos llegás solito y solo, manito a manito, o sea, con el extremo final de los miembros superiores, preferentemente el derecho, aunque seas zurdo, que tiene más intensidad de

movimiento que la Itaipú represa. Redondeando, con los carpos y metacarpos y palmas que te hacen unas cosquillitas bárbaras cremallera adentro y profundo viejo, paja siempre, pero nunca dígase masturbación, autosatisfacción ni autodeleite para evacuar el tanque del seminal líquido que se llenó a tope, pensando en la Cris Morena. Guasca es guasca, tautologismo puro y recurso explicativo-expositivo que no se deja definir. Pero ya, por esto que te confieso como de maestro a aprendiz, hay que hacer el tratado sobre la higiene. La higiene de tu sector no la hacés por vos, muy por el contrario, la hacés por el otro, por el turista o el visitante de la plaza, esos que salen de cacería fotográfica de flora y fauna. En verano es para sacarles a los reptilíneos y en invierno para cotorras o caranchos, que parece que por las Europas ni pintan. ¡Aro, aro, aro! Está lo otro. Cuando hacen cacería fotográfica para decir yo toqué a un mugriento pobre, un pobre museo, como pigmeo reducido en la mata, cuando todo empezó. ¿Y cuándo? Qué buena pregunta, como esas que hacían Mancera, Repetto, Pettinato o Labruna viejo y solo, fortuna cuantiosa que no sabría el premio de esa cuatrifecta que ganó.

El hambre da coraje. El hambre te da curiosidad, desafío y estertor. Nuestros niños, los que nacen en la calle, saben de microbacterias, del sistema de clonarse, de cálculos de la rotación de la Tierra, del efecto Marie Curie, de las ondas gravitacionales, del procesamiento de la insulina en sangre, de los ritos en la Manchuria, de las bases de nucleótidos, de las leyes del movimiento, la teoría de la selección natural porque allí estamos insertos. Somos elementos didácticos para evolucionistas, pero al verre ya que dentro de esas teorías todos mejoraron mientras nosotros nos vamos al carajo. Nuestros niños van por las calles preguntando por qué, por qué, por qué; porqués de formulaciones que finalmente son respondidas por médicos, radiólogos, profesores, becarios del Conicet en inútiles jornadas sobre la desnutrición. Así como el saber es poder, el saber en determinadas ocasiones es no hambre, declive o conmiseración, ergo, su curiosidad devendrá en coraje. Nosotros tenemos el coraje porque el hambre te da coraje.

Está esa, la de preguntar o la otra: tambor, silencio, chiflido. Sonido, silencio, sonido. Sonido, sonido, silencio. Sonido, silencio, sonido. Sonido, sonido. Silencio, silencio. Sonido estruendo. Estertor, silencio, equilibrio. Así es la rítmica de la murga de Boca. A ello se agregan voluptuosidad y castidad en letras y obscenidad y lascividad en muecas. El cantar te saca el hambre. El bailar ya es otra cosa. Nuestros hijos en la murga cantan, pero no bailan. Eso bambolea y desmaya. Solfear es una cosa, bullir y danzar es otra. Para este sistema se necesita otro sistema: el sistema entubado y digestivo bien llenado y no de la súper, sino de la más común. Panza llena es adiós lipotimia, arritmia y piorrea. Hello, Traviata con picadillo, recato next.

Para existir en la calle es dable cumplir un estado: no pasar hambre, pero si esa suerte no se cumple, en el mientras tanto, hay que nutrirse de otro manjar mientras llegue el primero que, aunque sea rodaja ácida de centeno, será exquisitez. Eso, que te abra la puerta una nereida. Uno se alimenta de todo aquello que se pueda hacer con la saliva un pelmazo. Cuando el hambre está saciada, cuando ocupados los jugos gástricos porque hay pan, uno se dedica a leer cachos de diarios, sección de espectáculos. Uno se dedica a sentarse en Macdonal, escuchar radio Aspen o ir a conciertos al auditorio Belgrano, sucumbirse en el mundo de la paciencia y el arte, que no será maná, pero te alienta a esperar su llegada.

Lo de ir a conciertos tiene su yeite: te bañás, te empilchás, te adecentás y te mandás pa' dentro. Tal vez se llame colarse, pero para mí colado o colador da más hora del té con almibarados vigilantes. Ya adentro, te profugás hacia los camerinos y les choreás a los músicos las billeteras. ¿Viste que ellos dejan sus camperas porque entran al proscenio hechos unos figurines en esmoquin negro? Bueno, ahí vas y les afanás. Una vez con el Garca nos llevamos hasta once relojes suizos. El director, un fanático de la clásica, se los hacía sacar porque decía que hacían ruido. No, imbécil, por el sistema no va a ser, porque son todos esos digitales que traen de sus giras internacionales. Lo que hacía ruido imperceptible pero audible al maestro eran las pulseras frotando la materia instrumento. Madera, cuerda, cola. Cola del piano me refiero.

Barriga llena te deja cantar, pockear, imaginar. Por ejemplo, en la

glorieta de acá arriba ves a Masaccio, Uccello, Piero della Francesca. ¿Cómo a quiénes? Agarrá, no te digo la *Enciclopedia Británica*, agarrá un libro una vez en la vida, Chupindanga, que sé yo, *Reader's* o *Paturuzito*. Si alguien me nombra, por ejemplo, la representación de volúmenes yo sé que son reacciones o geométricas octogonales. Como octagonales que te permiten armar movimientos en cuerpos o posiciones arquitectónicas, o sea, el 3D. Gracias a Dios hoy podés dar profundidad a las cosas y no como en la Edad Media que todo era plano rebatido porque no manyaban ni medio la perspectiva. Acá en la plaza se ve de todo, pero con algunas no te ilusiones ni por ilusionismo. De la fuga de las cosas, lo único que ves es la profundidad y de la fuga de la profundidad en la copa de los árboles, ves la fuga de la glorieta con imágenes massachiescas. De fuga en fuga, así es la substancia de la existencia, lo orgánico, del numen nombrable en fuga como paralelismo con la vida misma, que nunca es profunda y siempre se fuga como contrapartida a su supuesta claridad y cristalería.

El hambre es la cosa que más miedo le tiene al hambre. Nosotros no le tenemos miedo al hambre sino al hambre que es tenido por ella. Nosotros no tenemos miedo al hambre del primer término sino al hambre del segundo porque te cambia, te vira y te envilece como el alcohol. Es como el tipo amoroso, tranquilo y familiero que cuando toma el primer trago, el segundo y el que lo pierde es un monstruo, una máquina de estropearlo todo; es el mismo tipo que antes pero que ahora ya no lo conocés, el mismo tipo que adoraba a su china y que ahora la muele a palos y entrenza el pelo arrancado. El hambre es un sarcófago sin pasadizo, un precipicio imaginario, la huida de un ciervo cojo, el aleteo sin despegue de un búho tuerto. A nosotros no nos dan pena los muertos de hambre sino los vivos del hambre. Nos entristece sobremanera que si consiguen una raíz para sopa, la mordisquean con su único diente o si consiguen un miñón, lo achican y rascan con sus encías para luego amasar el migajón granuloso y de pronto tragárselo de un tirón, sin ver, como le pasó a Edipo pero en distinto cinemascope, que no se come frente a otros bandoleros, malhabidos y famélicos o se comparte dejando de lado rencores, agarradas a

trompadas y quebraduras de brazo.

El hambre lo que te da es duda. Te hace ver dos cosas que ya tenías adentro o una hiperpotenciada. Te hace ver el aditamento que tienen las cosas que no tenés y las ganas de bancártelas hasta que consigas algo que morfar. El hambre es como un psicólogo, me dijo el pichicome, el hambre es como una reflexión, como un psicólogo que te pone a prueba, que te da reflexión y más reflexión o te quiere hacer pisar el palito para que afloren todos tus internos demonios sueltos. La reflexión, la inflexión, el quid y el punto de apoyo versan en cómo conseguir aditamentos como la sal, la pimienta, el morrón picado. Con la mostaza y con la miel ya te alcanza para sentirte colectivamente saciado porque si vos te saciás, podés ayudar al que tenés al lado, a otro pichicome, para que se sacie y ese a otro y ese a otro del otro y del más allá y ese del más allá, que no es precisamente un viajante volador no identificado, pero sí aditamentado que retoma con eso, se viene hacia el más acá y deja de orbitar infructuosa e insastisfachosamente en estratósfera de la ingustatividad.

Qué animales morfan los pobres vos te preguntarás: carne de chajá, pero para eso primero hay que criarlos en pareja. Claro que lo tenés que tener atado como barrilete para que no se haga cósmico y se te piante volando, pero sin volando como es el caso de otras aves porque esta lo huele, lo intuye, zozobra porque se ve venir el hacha sobre la piedra cogote mediante.

Qué animales se comen. Se comen alacranes, lagartijas, anguilas de la costanera, sapos de alcantarillas, baldíos o soporíferos. Como lo que venga. Comés escuerzo de chancro, cosas con ojos y formas extrañas te comés. Te comés bichazos, lo que se te cruce y tengas el reflejo de atrapar, de insertarlo en la boca, lo que al andar empalmes del cuarto ramal del arroyo Maldonado. El tema es que antes era más fácil, pero ahora con el entubamiento de la avenida San Martín-Maldonado se complica, porque tenés que bajar a lo subterráneo de la antigua naturaleza y alumbrarte con velas ya que no se dispone de luz de celular porque no se tiene celular. A veces al animal cazado no lo matás de una sino que le provocás una infección. Así tenés dos

comidas: en primer lugar, podés comer como mantequilla lo que supure, lo que le drenés de la defectuosa herida y, en segundo término, no ya los fluidos sino el animal propiamente dicho, vale decir, su enigmático músculo y tegumento. Digo enigmático y mistificado porque un ejemplar de la misma especie jamás sabrá igual que otro.

Y qué se come, me seguís preguntando. Se come gato, perro, víbora, vizcacha, pájaro, cualquier cosa que ande por ahí, arácnido, cualquier ser vivo que se transporte por ahí, rana, sabandija, lombriz, cualquier batracio, lagartija, lagarto. Solo basta pensar en qué no comerían los otros para comértelo vos, para hincar el diente, la mandíbula superior con la inferior como mordida certera y cerrada rottweilense. Solo basta pensar en lo que no haría la tercera persona del plural, en lo que no comería el *ellos* y que vos dichoso y provechoso apurás a comer. Uno no se comería una paloma, loro o canario, lechuza o lechuzón. Si vas a la Reserva Ecológica, tenés una cacerola llena, hay carne muy dura pero igual la manducás. Por ejemplo, en un canario vos no vas a pensar, gastar energía en cazarlo, cocinarlo, porque tiene muy poca carne. Pero justo allí yo te respondo rápido y al pie que sí, porque el canario para sopa tiene muchos minerales, calcio y cartílago, es igual que la gelatina para los huesos. O sea, canario igual a gelatina, pero no sabor a frutilla. O sea, canario igual a gelatina inodora, incolora, insípida e insatisfecha. Es un tema el de lo desaborido porque si el miligramo alimenticio que mascullás tiene sabor a asado, listo, ya te comiste una res completa. Adentro marmota, adentro tapir.

Por otro lado, no comemos insectos o cucarachas, pero sí otro animal. Todo está minado por ese animal: las ratas. La vida está minada por ellas, nuestra existencia está vinculada a roedores que roen 7×24, o sea, que pican cabezas como piojos, se reproducen y proliferan como conejos en covacheras. Todo muy rico: armiño, carpincho, cobayos, hurones, ardillas, ratones cola larga, ratones cola corta, ratones pirincho, lacio, filigramados o eslabonados, todos esos cávidos que viven en cavidades, grutas o cuevas.

Usamos el mismo método cazaperdiz pero, en vez de semillas tostadas, usamos zanahoria, caja del loro y cascotes puros separados

del cemento. Así, cuando nuestros animalitos están en época de apareamiento, nos vamos con el San Martín hasta el Zoológico-Botánico a cazar maras. Las maras cruzan del Zoológico al Botánico soberbiamente bellas y del Botánico al Zoológico, nobles. Los días que no abren se cagan de hambre y están todas pobrecitas mirando hacia afuera, que te da una lástima, Moira. Te explico algo: ni necesitás usar cascote con las vacas cotidianas. No, si te digo que acá, en las villas de emergencia, que se come bien se come bien, no pasamos ragú como los de afuera, los de Barrio Culo al Norte. Mucho Punta del Este, mucho Río y todo el año paty con salchichas. Esos, mucho hornito eléctrico; nosotros, mucho alto horno zapala de la quema, con lo que les ganamos por goleada.

Son pertinentes los asuntos del hambre, de la caza, de la no siembra y de las medias. Los pichicomes se dan vuelta las medias al mediodía. Aguantan de las 9 a las 11 de la mañana. Ya después se humedecen y el frío gela los tarsos, espolones, metatarsianos. La tela que estaba en la base del pie, llamada planta, pasa al empeine, y la tela que te cubría el empeine, el cabriolet y el juanete pasa a la base llamada planta madre del eje del todo humano: las patas, vale decir, extremidades inferiores externas, para diferenciarlas de las extremidades internas, la horqueta y demases anexos genitales masculinos, porque así lo explicaron en la clase que nos dieron en el Fiorito de higiene, venéreas, prevención, salubridad y natalidad controlable y responsable. Resumiendo, hay que darse vuelta las medias: anverso pasa a reverso, reverso pasa a anverso. Lo del curso es una anécdota aparte. No llegué al certificadito que te aptaba para cobrar los doscientos pesos, pero me quedó eso del doctor Tudeno. El hombre es el único ser con cuatro extremidades inferiores externas: dos piernas y dos bolas, si es que bajan a los cuatro años. Si no bajan, se atascan y se forma lo que en medicina se llama eunuco etrusco enano. Etrusco porque ellos lo descubrieron y enano porque con cada inviable e interna pelota sin crecer por año se pierden tres centímetros de eslora.

Don Mezcalino tiene un criadero ilegal de pitones de Longobardia. Empezó con una que compró en el mercado negro. Las pitones son asexuales, así que de una sacás dos, ya que una se divide en dos. Ojo, no pasan a ser dos medios, sino que en este caso $1 \times 2 = 2$. Luego estas partes se dividen y de dos sacás cuatro; de cuatro, ocho y así son múltiplos regulares constantes y no intermitentes ya que esto no se acaba. Cuando llegan al número 160, se detiene la división prótida y necesitan copular de a dos, aunque siguen asexuales y no en macho, hembra u unisex. Las crías de pitones solamente se sacan fuera de época de apareamiento.

Acá hay códigos. Don Mezcalino no hace pegatinas y pone un comedor subcuatro estrellas a base de las pitones. Se come de parado por eso se manya más barato. Aunque lo que te llevás a la boca sea un manjar de puta madre. Es así: tirás medio cuerpo a la bañadera y elegís al voleo la que venga. Son negras y arrebaradas arrabaleadas. Están superpuestas una sobre otra, en pirámide plana dentro del rectángulo con lados por los bordes curvados de la bañadera. Tirás medio cuerpo y tratás de manotear la más grandijuela. Te la comés ahí en vivo y en directo. En crudo, de parado. Es como meterte una morcilla vasca larga y parrillera. Todos se quedan con medio cuerpo afuera como vos antes, pero sobre el piletón yacuzzi encontrado y reciclado. Está bueno porque ves las bombachas de las morochazas, rasgadas seguramente por otros negros. Las pitones se mueven durante el primer bocado, pero ni bien despega el ácido base de la saliva, que siempre es hiperconcentrado acetónicamente por la falta de lastre, entran en shock, en desgarre, en gangrena y se les da una infección masiva que las lleva a paro cardíaco. Ahí es cuando te hacen como una descarga eléctrica de víbora de agua luminiscente, calamar linterna o pez linterna.

—No sé si sentir vergüenza o no sentir vergüenza. Es la primera vez que vengo a comer a un comedor.

—No se haga mucho problema —le dije—, ya la segunda no va a sentir.

—Pero algo tengo que sentir —exclamó.

—No sienta vergüenza, usted viene a comer y si no le alcanza con lo que le digo no se desgaste más. Solo una vez se siente una importante y pesada vergüenza, substancial vergüenza que no le va a importar a nadie tampoco porque acá lo único que nos importa es que se nos llene el táper, el fuelle que rezonga acá dentro de las entrañas, al lado de las coyunturas hepáticas, las que bajan la insulina y claman por hipersacáridos. Acá lo único que nos importa es que nuestro saco deje de ser un saco rasgado como un balde sin fondo que nunca rebalsa ni se llena y que solo clama como aquel fuelle que le nombrara. Si estuviera Pichuco, con su fuelle llenaría nuestro fuelle. También debe comerse cultura. No le voy a decir que no sería bueno que rebalse nuestro saco estomacal para no tener hambre, no digo para siempre que para eso te clavás anfetas, que por acá no se consiguen. Sí, si te vas caminando hasta el Bajo Flores. No seas gil para gastarte en bondi porque con una raya llegás re motivado en hora y cuarto. Si consiguiera esa joya 72, 48, 24 horas de sol a sol para no tener que ir a suplicar las cuatro comidas, tan lánguidas por la cantidad de comensales que aumentan y aumentan y a las dos horas ya tenés el riguroso ragú que no te abandona ni te abandonará por la no abonanzada vida que siempre llevarás y tratarás de apechugar a base de ruda macho.

Esto de la malaria es como un cuento maravilloso, pero sin los duendes costureros. Antes aparecía la solapa plástica descosida o roto el dedo gordo del pie. Ahora aparecen del gordo al meñique. Esto es porque la gente las usa tanto, tanto y más. Tanto. Hasta el final, hasta que se descuajeringan y llegan a nos. Por eso te llevás solo las plantillas del Regimiento de Salvación. Las plantillas de las zapatillas se rescatan, se reciclan, se pegan sobre una plataforma, pero por dentro. Es al revés de una plataforma, aunque plataforma de plantillas al fin y flor de aislante, otra que suela Febo. Somos gente de alma percudida, por eso no se las puse solamente a las zapatillas, con todo un devenir hacia nosotros percudidamente resquebrajadas. Marito tiene buenas zapatillas. Está jugando en las inferiores, de a poco va ascendiendo y ascendiendo por eso siempre le decimos: La vida no es

un barco mediterráneo, un yate de cuatro de eslora. La vida es una rosca de reyes aplastada, seca y áspera. Se lo decimos cada tanto, se lo decimos para que no se olvide, por si se pega un golpe. La vida del futbolista es muy plena pero muy corta, se está arriba y abajo, abajo y arriba, en el podio o en el porquero, según se le antoje a esa genial máquina inventada en el siglo XVIII, la rueda de la fortuna porque, aunque es una invención mágicamente fastuosa, no significa que no demuela, que no aplaste la rueda. Quién alguna vez no quiso dar la vuelta en la rueda de la fortuna del Interama, del Italpark o del parque Rodó. ¿Cómo qué Rodó? No va a ser *rodó* del verbo en primera conjugación, transitivo y denotativo *rodar*, hablo del montevideano parque Rodó.

Acá ni para cordones ni para migas te queda. Ni para migas, ni para terceros, ni para restos. Los restos sirven para ropa vieja, pero ni para ropa vieja queda. Para ropa vieja, porque todos le rajan, queda alguito de mecha de torcaza y filamento de zanahoria, mandioca o papa para puré si sos bueno en administración de empresas. Administración de empresas es administrar la ración de los pichicomes que te eligen como gerenciador para la obtención de calorías. Asimismo, como las viejas son desdentadas, se la procesás en machacadora de perejil, tomillo y ajo. Hay quien tiene procesadora. Nosotros la vendimos con las frazadas porque se nos fundió por moler alitas con pluma, cartílago, hueso, cogote, menudo y todo. No se las procesó a golpe de palo dentro de un abollado bidón como hubiese debido. A las frazadas las vendemos por peso o kilo. Todo se vende por eso, las afanadas plantillas número 43 van colgadas en cable a modo señal expendio. ¿Cómo de qué? De waffles de limón y queso crema no va a ser. Retomando, se las afanan porque dan calor. Las plantillas dan calor y los seres vivos como los termos tenemos mecanismos para conservar un ambiente interno estable en uno externo inestable. Los guantes son como los regalos de O Henry, los mejores regalos creados en Curitiba o La Salada. Las plantillas dan calor, los guantes mágicos dan calor, los cartones dan calor, los perros dan calor, por eso siempre dormimos con alguno a los pies. Son como estufa de pantalla, son como difusor energético, son como los reflectores de cine que dan calor al actor. Nosotros somos el actor. Algunos, para parapeto del calor. Además,

tenemos venta de pretal, collar, rienda. No escriben los pichis. No escriben las ideas propias ni las de nadie, a menos que sean frases célebres de Moria, Diego, los Redonditos, Bielsa, Libarona, Stinfale o el padre Grassi de la primera época, época de gracia hasta que se conoció lo vedado. Tienen cepillos, dos tipos de cepillos. Cepillos para la pelusa del esmoquin, cepillos gruesos para el lavado de la ropa, igual que en la Bolsa de Comercio. Después: cepillo de pelo, cepillo de cejas, cepillo de barba mostacho o quincho postizo Pozzi. De pisos, azulejos y terrazas. Cepillo para lavado de alcolchado, discos de pasta y el secuestrado DJ. Los de la recova del Plata. ¿Cómo qué del Plata? Boludo, no te vas a ir hasta allá, no tienen plata. Hablo de los que están bajo el techo de las arcadas de la recova del llamado Mercado del Plata. Y claro que toca el DJ, pone cumbia, electrónica, trap, rap y reguetón. Nunca falta algo de Cristian Castro o de la voz y el tono de Verónica Castro sampleados. Los de la recova también tienen libros de recetas. Hay una enciclopedia de pizza que se la pedimos prestada, pero nos la alquilaron. Vamos probándolas los primeros días de mes. Un día lo transcribo, tipo latinista copista del medioevo al cuaderno San Martín, como el del canon de nuestra literatura. Para fotocopia no da el mango. Ahora estamos haciendo una vaquita para comprarnos el *Libro del asado argentino*. ¡Ay, si alguien transcribiera mi vida hablaría de cocinar y de comprar! Pero el *comprar* sinónimo de *afanar*. Ningún seguridad de la Feria Internacional puede con nosotros. ¿Cómo qué internacional? No va a ser la marcha roja que cantaba Frida con sus amantes en la cama. En los campos de la Reserva practicamos pizza a la leña: armamos unos fueguitos con coquitos de palmera bárbaros.

Con relación al ragú, el apetito y el morfi, valga la pena decir que la comida, la cual nos dan discontinua porque no se ponen de acuerdo con las fechas de entrega, no nos relame porque es muy floja, sin aroma, sin gracia, perfume ni picor. Pero estallido de los cinco sentidos que solo el paladar concentra, el visual, el táctil, el bucal gustativo, el olfativo, el auditivo, no. Retiramos las viandas y se las vendemos prestos a los turistas de la plaza Dorrego. Los turistas chochos con la comida callejera. Adoran comer en la calle en Delhi, Bombay, Congo belga, Congo francés, Congo danés, Chipre, Katmandú, Saigón, Quito, Arequito o en cualquier lugar. Aparte de nuestra

comida, compran carros de mezcal, canastas de fruta caliente de Nazca para tifus. Los gringos buscan agarrárselo para que el seguro de viaje les pague más días, estadía cuatro estrellatos y cuatro comidas. También adoran los frutos rojos de las artesanales plazas o el charquiado de la feria de Chacabuco o de los salares de Cochabamba. Todo experimentan los turistas: la comida de Kioto, Nepal y no me vengan con que esos centros culturales son asiáticos. Ni un poco me discutan ya que son de las islas Baleares. Que escriban otros nuestra historia porque para nosotros es muy agotador. Escribimos con piedras ladrillo de tenis, ni ahí pagamos una luca por una birome si igual se te gastan o falladas las trafican. Te vienen como las hembras vaciadas, como las viejas te vienen úteroextirpadas. El útero no sirve para nada. Lo que sirve son trompas, vulva y vagina, así, en ese mismo orden de triada. Sirven para el goce y a las pobres las dejan desgozadas por el resto del resto de su vida. Resto del resto porque nos queda poco a todos, la nada de la nada.

Pero la escritura tapa toda nada. Recalculemos ahí: las notas del tipo "me fui con un yiro, hoy no regreso", "fui a bañarme, ya regreso", etc., que nos dejamos unos a otros para avisarnos diversos quehaceres, enseres o divertimentos, las hacemos sobre pizarra o caja de pizza. Las esquelas para familiares las hacemos en papel de carbón porque a todos les mandamos el mismo mensaje. Igual mensaje a la vieja que a la madrina que a la exsuegra que se portó de diez, aunque uno desbarrancó y nunca se corrigió, si para algo uno viene a esta vida es para rectificarse, para encauzarse por esta zona franca. No escribimos de más, sino que hablamos de más, hasta —válgase san Jorge Arcángel — los codos. Ellos dialogan sobre sus felices y alentadores preceptos y dogmas: hablan de complot y de consuelo. No son negativos porque muchos irán a casa de barro, a los remanentes con baño seco de Neuquén. Esos se salvan. Hasta conservas que les durarán años hacen de la fruta. Qué dicen esos gurúes, que se va a terminar. Esos negacionistas de lo coherente hipnotizados bajo las logias que dicen trabajar contra el orden mundial, iluminatis mediante, proclaman que cuando se termine el tomate no lo vamos a necesitar porque va a alcanzar el de sus conservas hasta que venga el Coloso entre los grandes, Juan el Bautista, el verdadero profeta por entre los

verdaderos profetas. Pareciera que el problema de la supervivencia cuando tiren la bomba se salva en minutos con la cuestión del tomate. Pero que cierren el orto esos piojosos porque todavía están sin boleto y acá.

Acá en la Costanera Norte como en la Costa cocinamos la misma calidad, el mismo justo punto de cocción en fritura. En vez de rabas fritas acá hacemos ranas fritas. Acá ningún sabor tapa otro porque no enchilamos nada. Eso de meta enchilar todo es para los mexicas, que en vez de admirar su teotihuacanense arte y gigantes de Pascua, meta enchilar todo perdiendo tiempo y cagadera. La verdad que la re cagan en sus elecciones. Yo preferiría tirarme en una de sus playas en vez de estar fertilizando y embolsando todo el panorama. Los mexicas meta enchilar, los mexicas meta currear. Los amarillentos y esperpénticos asiáticos meta comer en puestos o directamente sobre esas bicicletas de la época de *El amante*, de la Indochina. Comen, cagan, viven sobre sus entechadas bicicletas. Traen techo y capota las bicis siglo XIX, les falta volar como las bicis voladoras de Disney, pero no porque como son renacimiento con un corte de manierismo no pueden. Pablo Ramírez o algún otro, pero debería remozárselas. Acá en la costanera se almuerza igual que en la Costa, en donde se come directamente de lo que sacan los pescadores. Allá es agarrar una langosta, langostino o calamar, echarle jugo de limón y manducarlos. Acá es agarrar un pescado, limonarlo y comértelo directamente tipo ceviche, pero en vez de peruano, rioplatense, malevo y tanguero, como lo son hasta nuestros malevos peces no de fácilmente dejarse pescar.

Sin tener que apelar al Pablo Ramírez o al Mariano Toledo y aunque estamos todos re jugados y percudidos, no nos vestimos como la gente de los aguantaderos. Queremos marcar la diferencia. No queremos asustar ni ofender a nadie, siempre con el máximo respeto, que nadie al vernos se moleste ni se afrente por nuestros atabacados dedos. Que nadie se impacte, para ello, andar con pie de plomo recto sin ir por la porca existencia con la torcida junta de influencers de malos mensajes y destructivas y antifamiliares costumbres, andares, sentires.

Los días siete son los días de la familiera sopa solidaria que, en vez de rallado, ricota. Es por san Cayetano. Lo lindo de esa joda es que no te la dan solo en su basílica, sino en todas las iglesias que tengan su

tótem, su estatua, su icónica imagen vestida de bengalas contra el ragú, la apetencia y la falta de trabajo.

Esa sopa no es una sopa cualquiera, sino que trae tripa gorda, mandioca, coliflor, puerro y pechito de cerdo. Parece que no únicamente Knorr Quick es experto en sopas, san Cayeta también lo era. No solo te la dan pelando sino también te dan un kit para hacerte en tu casa. Eso sí, todo es vegano: todo disecado. Poroto, garbanzo triturado y el maíz más torraja: maíz blanco.

Yo no tuve la suerte de viajar por el mundo como los de la revista *Hecho en la calle*. Porque los llevaron como ejemplos junto con los de las infantiles de fútbol de la villa, ganadores de campeonatos, a dar workshops y charlas en Ámsterdam y el antro que vio crecer a los ABBA: Estocolmo. Yo no tuve la suerte de viajar por el mundo, pero sí de viajar por la nocturnidad de Buenos Aires. No todo, sino algo, no algo, sino solo un punto, un bar de moda regido por Dios de Loof. Me dejaban entrar porque pensaban que era un excéntrico hermano de un habitué de allí que solía ir con una frazada por poncho y unas anchas gafas pegoteados con yeso y gasa.

Como de un roperito milagroso me habían regalado zapatos con polainas blancas, un saco cuello esmoquin y un chambergo de fieltro marrón torcaza, pensaban que era un compadre compadrito compadrón y malevo. Me dejaban pasar por compadre, taita o dealer, lo que es lo mismo. No era ninguno de esos. Sí que era yo mismo. Yo no era de esos que andan muleteando o mercadeando charuto. El que va mercadeando cobra, el que la va de mulita no cobra porque introduce. A los dealers los conozco a todos. Hay un subgénero de caranchos que andan en dupla para pararse frente a los nuevos construidos ranchos. Se paran para taclear ni bien se despierten a las parejitas que cogieron toda la noche. Si empezaste comprándole a uno, el código es que tenés que seguir con ese toda tu vida de adicto sin cambiar de dealer. El teorema es un binomio de tres simple: misma merca igual a mismo adicto, igual a mismo dealer.

En el fútbol puede cambiar todo, una pelota que entra o una que sale. Maradona, lo que otro hacía en tres jugadas en un total de cuarenta minutos, él lo hacía en una de siete minutos y medio. Pensar que decían que si Maradona no se cuidaba iba a ser un gordito. Decían: El indicio está en mirarle el culito, que se le va ensanchando.

A los bichos y a los bosteros nos gustaba divertirnos con Maradona. Tenía todo para divertirnos, por eso a la gilada, ni cabida. Suenen claras bocinas de gloria y levanten un himno triunfal porque la luz del Diego se agiganta y se agiganta como la luz de un gran capitán. El gran sabio capitán que sabía. Sabía bien que un gol inesperado, un gol fuera de libreto, un gol fuera de marco, o sea, un gol fuera de lugar y tiempo, daba vuelta la taba. Primero, porque el otro no se lo esperaba, o sea, que había posibilidad cero de que alguien rebotara la pelota y le mandara un gol. Segundo, porque el que venía derrapado se venía a lo Maradona, o sea, a lo pechito inflado, resucita, se expande y de tanto que se expande, se agranda y gana por afano. Podrán imitarnos, pero no igualarnos. Hasta el día del jugador se cambió por Maradona. Él salía vestido con Benito Sport, la ropa más cara que se vendía a dos cuadras del Obelisco. Para el Dios, el único, ese era su segundo sueño ya que el primero era el rol de capitán de copa, bendiciones y advenecencias. Bendiciones y papisaciones eran para él esa cinta en el brazo. Esos tres colores eran sagrados: el azul y amarillo de la remera y el negro brazaletero en unas ocasiones, y en otras el blanquiceleste de la selección mundialista.

El común de la gente piensa que la carne de paloma es más dura que la de gallina. Por el contrario, a las palomas con el vuelo les entra aire en las fibras de los músculos. Su carne es tierna y dorada de perfección como perdiz recién casada por un Pontiac. Insisto, pechuga y muslo de paloma son más sublimes que pechuga y muslo de gallina orgánica, pero andá a hacerle entender a la gilada eso, porque cuando a la gilada se le pone algo en la cabeza nadie se lo saca. Pero algo positivo tiene esa gilada, es que a los únicos a quienes les permiten las avivadas, cualquier antro de bajo fondo nocturno, todo tipo de canchereadas y non sanctos rebusques, es a nosotros, al mendicante

como género y a cualquier pichicome o pichicomería por extensión.

Las pichicomerías se deslizan como lagartos por grutas y cavernas. Buenos Aires está lleno de cuevas y ellos las conocen todas: tienen que ser amplias, frescas y ventiladas si no no las toman, no las ocupan. La toma de cuevas es entre ellos una pelea desesperada, como de ocupación de camas sanitarias. La batalla por una cueva es la batalla por ser alguien. Ellos no dicen: No hay mejor defensa que un buen ataque. Ellos dicen: No hay mejor defensa que una buena gruta. En una gruta no te afanan ni te chamuyan porque si no te encuentran, cómo te van a chorear. Pensarán que soy un ciego como los de Sabato. No, nosotros no andamos por los túneles, somos respetuosos. Ahí viven los personajes imbéciles como subliteratura. Para cínicos estamos nosotros. Lo nuestro es más Medina, más
Las tumbas. Lo nuestro son las recovas, los domos, las tolderías vacías que dejaron como los ranqueles. Decía que lo nuestro son las redes subfluviales construidas a base de grutas cavernosas y cuevas. Cuevas densas en polvo pero libres de humo. La quema nunca se realiza adentro. Adentro santuario, relicario, pesebre, portal o retablo jovial. Hay toda una ruta que se desliza invisible a otras retinas. Hay una ruta invisible que se devela solo frente a nuestra excrecencia. Todos esos polígonos cavernosos, cuevasozas, grutales y grietales se unen en un área mínima donde se superponen lo blando y lo duro, lo fluido y los mosaicos. La ochava de un mosaico roto que sirve para cortarse, y si digo cortarse no hace falta que diga las fusiladas arterias. Los de la pichicomería vivimos de los anulados sueños, de las despreciadas ilusiones de los desechados deseos de la clase media. ¿Dónde están esos espacios que no son espacios? Están en los pozos de demolición donde luego no se construye. Se humedecen, se inundan o cortocircuitan los fondos de obra. Muchas veces cuando se levanta un edificio al lado del otro queda una gigante grieta que un arquitecto medio pelo sin saber dejó, desaprovechando el espacio. Esas galerías que se montan en pleno Palermo Acero o Palermo Metro Goldwyn son hermosas, más hermosas que las galerías Jardín o del Bajo porque son galerías netas, galerías de concreto sin neoclásico filinburlesco. Son las

primeras, las antiguas galerías artdeconeanas, galerías en laberintos intrincados no catastrados. No develan esos pasajes tan típicamente de la pichicomería, por el contrario, se los reservan per se y para me. Por su vanagloriosa excelsura bien querrían vivir los biempensantes. La pichicomería tiene todo un glamour que ha sabido captar en sus desfiles Jean Paul Gaultier. Hay grietas, pasadizos subalternos, redes, rendijas ambientales, fisuras ignotas, pasarelas, profundas hendeduras proliferosas para instalar su rancho carpa. Chupame la pija y rajá pronto de acá que te saco gas pimienta, te lo he dicho, hijo de la gran lora y su concha, una y mil veces. Eso le gritó a la Tori, adoptante de los cuatro nenes de su new chonguito, el Toribio Olimpo Olimpo, cuando estaba acomodando sus petates en un grietón que daba para tres familias más, las cuales ya estaban instaladísimas y viviendo. No daba para una cuarta, pero tampoco para sacar la cohetera, en vez del gas pimienta, y mandarlos a mudar a los cuetazos. Las bombas de implosión de edificios, solares decadentes, pensionados para provincianas señoritas de la alta crema, estudiantinas mansiones dejan huecos en forma de angosturas inconmensurables que si tirás la mampostería restante entre uno y otro, te quedan unos espacios para glorificarte: se abren unos monoambientes, monoambientes y medio, bi o triambientes bárbaros. Vas con gente salida de la escuela de oficios, instalan luz, gas y cloacas. ¿Cómo quiénes van a ser? El gasista da el gas, el electricista viene y te da luz, el sanitarista te da la agua potable, la agua corriente, la agua tibia, la agua fría, la agua caliente y la agua pa desagüeheces. ¿Viste cuando vas en bondi, levantás la vista y notás las demarcaciones de lo que fue una casa, piso de arriba con puertas, paredes de diferentes coloramas, dibujos de apoyadas ménsulas, sombras sucias de rieles, muebles o bibliotecones? Bueno, parecen vacías, pero ahí viven gentes que se han armado, detrás de ese decorado que queda de vodevil de cuarta, terribles excasonas hasta con jardín de otoño-invierno-invernadero, primavera-verano. Al ver no verás, pero hay todo un hormiguero de buena gente que se cuida entre sí porque abajo es la Tercera Guerra. Así como está la cultura mochilera, la cultura casa rodante, la cultura motor home, la cultura Harley-Davidson home, está la cultura “espacio vacío que se toma para hogar cálido, lleno de ollas y sopasazas chirriantes”. ¿Viste cuando vas

por autopista, bajás la vista y notás los dibujos, esos fantasmas storyboard sin humanos a la vista? Mirá bien: aunque no se dejen ver, hay todo un colmenar de seres nuevos, con aires nuevos, pensamientos nuevos, pero con pobres sentimientos, nuevos sentimientos y contratos conciliadores para los de ellos, no para los de terceros.

—Una amiga me dijo: Fumo porro pero jamás le diría a mi hijo che, venite a fumar conmigo. No, le respondí, yo sí le diría así de corta: Fumar te va a ayudar mucho en Navidad con la depresión de las fiestas porque son todas feas. Te va a ayudar con la Navidad, el Año Nuevo, el Carnaval, la Pascua y Resurrección. Te va a ayudar tanto y tanto que no vas a parar de reír —le dijo Toribio a la Tori Amos.

—Vos le decís esa barbaridad y salís de esta nuestra casa, en donde queremos estar —sentenció la Tori.

—La grieta en donde queremos estar, dirás.

Todo en nuestra vida no es tierra arrasada como se cree. Es tierra congelada a la espera del momento en que nos alcance el otro con su gaucho abrazo. Quienes esperamos, los de Consti, los de Barracas, los de La Boca, los del San Telmo que se cae a pedazos, los de Villa Riachuelo, Docke y Maciel, esperamos sabiendo que expiraremos sin extremaunción porque vamos todo derecho viejo hasta el pizarnikianamente fondo y sin el último sacramento. No, la factura no va a ser. Aunque somos muy católicos y seríamos incapaces de putear o hacer una gilada en una capilla, nadie nos extrema defuncionalmente porque nuestros deudos no tienen plata ni para pagarle al cura un café en casa. Porque eso sí, si no tenés para pagarle cien, ciento veinte, no te vienen, o te vienen si hay café, caña, pan con chicharrón y el boleto de regreso a la capilla palustremente montada por sus fieles emisarios de paz, esos acólitos giles que se mojaron las patas y se neumonizaron por el frío construyendo el palustre chiquero donde se levanta la capilla, que mejor debiera quemarse, porque los mercaderes no vienen a defuncionarte si no tenés pasta, cobre, mango, Viejo Gómez. De un capillero lo único bueno que recuerdo es que un

día vino uno para bendecirlo al otro, para que pasara a mejor vida, pero resulta que el viejo velado todavía estaba vivo, aunque agonizando. El cura sacó Kaletra, un antipalúdico que en la sala fioritense de VIH, al recorrerlas poniendo agua bendita en las almohadas, se afana del boticario. El Kaletra, antirretroviral para controlar la infección, parece ser que funciona como Lázaro, levántate y anda. No somos bárbaros de bruta brutedad en brutísimo, sino de bárbaros, el que balbucea.

Y es así nuestro mundo. Todo un mundo construido a base de cosas que no están. De muertos que no son, de sacramentos que no están, de preludios, palanganas, acolchados, acordes, alcantarillas, faros, hornallas tibias y paliativales arpegios que no están.

La Boca es todo Buenos Aires. Y todo Buenos Aires es así: caminar cuadras y toparte con el Riachuelo, caminar kilómetros y toparte con el Riachuelo, caminar hasta los cordones de pobreza y toparte con el Riachuelo y todo Garín, Villaguay, Chajarí. Es así: caminar cuadras y toparte con el Riachuelo, caminar kilómetros y toparte con el Riachuelo, caminar hectáreas de naranjal y toparte con el mochuelo y todo Entre Ríos. Es así: caminar unas cuadras y toparte y taparte y abrigarte con el Riachuelo. Caminar dos kilómetros y toparte con un riachuelo, caminar unas palmeras y toparte con la rivera calma o con la rivera revuelta. Es caminar un palmeral e inmediatamente toparte con un riachuelo y toda la cuna subfluvial acuífera. Es así: caminar algunos kilómetros y toparte con un arroyuelo, caminar unos cerros y toparte con un riachuelo, caminar unos siete colores y toparte con el Riachuelo y todo Santiago, Clodomira y Zárate Largo. Es así: caminar unos kilómetros y toparte con el rioplatense Riachuelo, una banda por La Banda y toparte con el Riachuelo. Caminar unos esteros y tocarte con el Riachuelo y toda la Argentina. Es así: caminar y caminarla y comerte el Riachuelo, beberte el Riachuelo. Es caminar al este y toparte con el Riachuelo, circular y engarzarte al Riachuelo. Recorrer hacia Magallanes y toparte con el sabroso riacho Riachuelo. Es ir hacia la cuenca Matanza, que lo mismo da ir hacia la amazónica cuenca, y toparte con el Riachuelo viejo. Es ir hacia el salar y colisionar con el

Riachuelo. Toparte con el Riachuelo al este, al oeste, al sudeste y al noroeste, siempre embestir con el Riachuelo, con nuestro real Riachuelo, el Riachuelo emplazado en una de estas calles. En una de estas calles, pasando las vías del tren Belgrano Cargas, camino a Maciel, perfilando las torres demolidas pero habitadas del Docke inundado. El Docke Sud, que fuera implosionado por peligro de derrumbe, pero vuelto a ocuparse con familias debajo de los pringosos y orinados canilmente cascotes. Todo está mojado porque todo está topado, merodeado y acechado por el Riachuelo de La Boca.

La pichicomería responde perfectamente al análisis FODA, ya que es una herramienta de planificación estratégica que estudia la situación de una empresa, sobrevivir dentro de una institución —la calle— hasta tanto se cumpla un proyecto que se llama Fonavi ATP Alcanzá tu Techo Propio, analizando nuestras características internas (debilidades y fortalezas, vale decir, nuestros agotamientos y energéticos deseos) y teniendo presente nuestra situación externa (amenazas y oportunidades, o sea, los chantajes y encrucijadas nuevas que aparezcan durante el mientras tanto). Nos sobran las estrategias de futuro: pedir para conseguir moneda, cazar para comer, caminar a los giles, chorear chapas y arena para improvisar un macanudo rancho. ¿Que no somos competitivos? ¿Cuándo? ¿Cuándo escuchaste eso? Somos competitivos porque dejamos que cada uno use la basura que le convenga en función de sus características propias y de las del mercado en que se mueve.

Las viejas soretes traen a airear y solear sus frazadas. Viejas miserables que se ahorran en Lave-Rap. Las frazadas son lo más caro del valet. Tampoco las cargan en sus lavarropas para que no se desfonde el tambor o se salga de eje el fleje. Traen las frazadas y las cuelgan sobre los techados de la cancha de bochas. Ahí nomás hay una casita de utilería. Viejas de mierda que ocupan nuestros pocos lugares. A pedir canje vamos a pedirles. Pedir es exigirles y cobrarles por usurpación de espacios públicos de la Ciudad Autónoma de Buenos

Aires. ¡Que se vayan al Buenos Aires del tercer, cuarto o quinto cordón matancero o del péstido arroyo Maldonado, adonde, en cambio, quieren que nosotros, los percudidos, nos vayamos.

II. Cómo emerge una hija

Hoy que te tengo, Moira, vas a definir el futuro que ahora está anillado a mí: recién, cuando me acomodaste los lentes y tu cabello esponjoso rozó mi cara mugrienta. Pero es mi misión explicarte la contraparte de ello. Sería así: todo lo que no tengas hasta los cinco años te va a definir toda la vida. Un individuo es su forma de despotismo, despotenciación y humillación en el libre mercado. Existe como ser no individuado en dominación y degradación. Como sujeto humano es un mendigo, un pichicome. Como hombre es despojo, desvalijamiento y usurpación. Eso es el Garca Pérsico. Cuando me enteré de la muerte de la vieja del Chupindanga, fui a despedirla. El Garca Pérsico empezó a hacer chistes en el velatorio. Chistes oscuros tipo: Se fue, pero está en otro lado, debe de haber pedazos de la persona en otros sitios. Andá a fijarte rápido al fondo de tu casa, al tinglado, ese chaperío que usan como corralón para aberturas viejas, puertas descompuestas por el mal del bicho del machimbre, ventanas deslijadas, astillados parquets de remates, perfiles en falsa escuadra, insalvables vitrós y estalladas puertas corredizas esmeriladas. La ley de los cinco carenciales tiene sus excepciones a veces y otras se cumple estricta y sobradamente a rajatabla. Citaré estos casos. La vendedora ambulante tiene todo colgado y hace un ocho de tango sobre su baldosa. Más cosas no le entran en los brazos. De un brazo cuelgan medias pantys, medias flúor de pibes, medibachas, medias de caballero hasta la rodilla, calzones de algodón largos relucientemente blancos. Del cuello cuelgan collares charleston, gargantillas de cuero Hitachi, pañuelos de seda en los que sobresalen los estampados truchos de Versace, Gucci, Donna Karan, Balenciaga, Yves Saint Laurent. Mientras tanto, del otro brazo cuelgan remeras batik con stamping de Batman, Aquaman o Los Cuatro Fantásticos de los sesenta. De su vasta cintura se subastan prendidos a cinturones delantales de cocina, sábanas,

toallas y toallones. No tiene puesto ni carro. Siempre debe estar moviéndose: transitando constitucionalmente no le incautan las cosas. La vendedora ambulante tiene todo colgado como el indigente tiene colgado desde un usurpado balcón a la calle una cortina de baño. Puso una soga por donde pasan los aranceles. Se hace una carpita. Se la hace y se la deshacen porque la vieja, su vecina, le vive cortando el ténder por donde pasan los aros plásticos. ¿Quién es quién en esta proescena si pensamos que las telas y las cortinas son parte de este urbanístico teatro? La vendedora y el Cortina son la ley, mientras la vecina, quien pasó más frío y más hambre con su padre carbonero en su primera infancia, es la excepción.

Tengo todo un protocolo preparado para que ella pueda vivir en situación de calle, penurias y emergencia y para que no le falten morfi, sueño, caña, cama y manta. Los martes, miércoles y viernes la llevaré a almorzar al comedor de Cáritas Unidas. Los lunes y jueves al comedor de Las Madres del Dolor. La merienda la consigo siempre de los curas villeros. La cena la haremos en nuestro rancho con mate y cremona en las buenas y con mate, mate y mate en las malas. Sábado y domingo, ahí ya no te da de comer nadie. Es cuestión de animarse, subirse las galochas o ponerse tamangos e ir hasta el Rotary Club de San Fernando. La cena es complicada. Muchos no te la dan porque mantienen la teoría macarthurana, goebbeleana, que dice que justo cuando cae la luz, salta el afano, el hurto, el delito. Es entonces ahí que te mandás al Sindicato de Trabajadores Gráficos en Offset, que te da los días pares, o a la prensa de los Mitre, que te da los días impares raciones mínimas, pero que te permiten caminar un poco más de lo que caminarías gracias a sus aristocráticas calorías.

Este es un momento en que si te distraés matás a tu familia de hambre. Tenés que estar de una pieza, concentrado, midiendo y especulando cómo llegar según cómo se muevan la ardilla, el ardillón o las ardillitas porque es tu familia o la de ella. Acá no hacemos jarra loca como los instigajóvenes. Acá trabajamos todo el día para llevar a

la noche una olla loca que rebalse de carne, arroz, morrón y fiambre, todo mezclado, todo menjunje, todo mixturado, todo patchwork, todo pastiche para calentar nuestra carne y no para justamente fornicar con nuestras mujeres, sino para dormir con ellas y con nuestros pendejos con la carne caliente, para no amanecer fiambres, morados con la nocturna baja de temperatura.

—Una cosa son los negocios y lo otro, los hinchas —le dice el Alirio —. Ustedes tampoco tuvieron la Copa del Mundo. Además, la Copa del Mundo, la Copa del Mundo posta, chabón, es la del Mundial. Paragua, no me vengas con eso de la Copa Intercontinental. Copa de leche habrán ganado. Una cosa es la política y lo otro, las hinchadas que se matan. ¿Ya tienen la lista de los que van?

—Viajan los de la de Jorge a Madrid —dice gangoso el Chupindanga, recientemente abandónico de mujer e hijos.

—A mí no me gusta que me metan la nariz por eso la fobia que les tengo a los narigudos. A tal o cual, que no importa que sea barra, le gusta que le metan naringotazos por el desparramado orto roto que les cuelga. Será por eso que para salir a alentar en viajes diplomáticos de hinchada no me eligen desde la anteantepenúltima subveinte. Por eso, para mí el Diego es lo máximo: fue el primero en salir a denunciar a la AFA con olor a bosta y a desgracia humana y a pedir la instauración de un Sindicato de Futbolistas Unidos por la corta vida útil de los deportistas o por los que por irreversibles lesiones se retiran —ni bien entran en primera, cuando empezaron a los seis— sin derecho alguno. Eso que el Diego jamás iba a necesitar de síndico alguno porque siempre jugó en las primeras ligas y fue el capitán del mejor equipo de los últimos cuarenta años.

Para no tener hambre no hay que tener frío. En nuestro caso, Moira, mi diamantosa alma, hay que abrigarse para entrar. Afuera por lo menos siempre hay sol, luz. Hasta la luz más débil transporta centígrados de vapor caliente. La claridad se descompone en colores. Los fríos perecen en el intento de llegada, los cálidos avanzan,

compiten por llegar primero, te alcanzan, te invaden, te vibran y entibian. Y con toda su vibración, como la música en una cuerda de guitarra, en maderosa tecla de ficto órgano o negruno parche hay calor. Si hay calor es porque llegaron los pigmentos tibios y pastosos que logran difuminar, difusar hasta sudorisarte. El cian es frío. El naranja es cálido. El ocre, el rojo, el barro y el ladrillo difunden calor como en los ranchos. Que ni te roce un azul, un verde seco o un verde petróleo. Tal vez sí un violeta porque trae un dejo de su anterior amarillo y el amarillo es sabido que es submarino y psicodélico como todo lo lisérgico y eso sí que te quema en el lomo como horno de barro. Te calcinan el espinazo en su anverso y en su reverso en su lado dorsoescapulario. Te queman el torso, liberan el cuerpo, te dan frenesí, fricación, ardor y hervor, porque eso es lo que uno quiere cuando está congelado: que le tiren un latón de aceite hirviente como en las invasiones granbretañescas. El amarillo es el amapólico fuego y eso lo saben los junkers. Preguntáselo entonces a Bukowski, Julian Lennon, Joni Mitchell, la Nico, la Basquiat o la Kuropatwa. Plan dos. Para no tener frío hay que mantener siempre el cuello tapado, con polera o polerón. Si el pescuezo está caliente, estará caliente todo el cuerpo. Del plexo solar emana calor hacia dentro en forma de ondas sonoras que resuenan en el esternón con estertores. No hay que dejar enfriar ese centro, esa cópula innata y vital del cuerpo alineado con el plexo frontal, el plexo oral, el plexo ventral, anal, tercer ojeral, plural y putal. Todo abrigo, desde la tráquea hacia el mentón umbral, es un relax para los sentidos. El calor que derrapa un cuello alto, un buzo, un pasamontaña, una bufanda, un cuellón, un buche de pavo, un mantón, que si es de Manila, mucho mejor, es aglutinador, acogedor. Los pichicomes fuimos los primeros en sostener que no hay ropa para hombre y ropa para mujer, ni temporadas, ya que todo es diversidad y diversión. Una mañanita, un voladito al crochet, una puntilleadita bien almidonada porque el cartón, para el picor del viento y el mal humor, resuelve la congeladera. Un recorte de frazada, un ponchozuelo, un pañuelo de cuello —no te digo Luis Vuitton, Chanel, Gucci o Prada—, en todo caso con un triángulo Palette o de la funda del colchón Piero o con gargantillas pectorales y collages va a estar bien. Tené presente que del plexo solar es el principal para solapas y este secreto lo tienen

bien guardado los sastres en sus quiméricas colmenas. Los renombrados sastres en sus panales de seda viven en conspiración directa con los iluminatis, no con los pobres, desvaídos, remendados y desechables de la sociedad. Las modistas y los costureros son buena gente. Se esmeran en las solapas porque levantadas en un pichicome o mendigo —no confundir: son estados muy distintos el de pichicomear y el de mendigar— reparan la helada, el viento y el polvo. Así como en el cuello, debe ser en tobillos con descartadas canilleras de clubes sociales o sociedad de fomento. Van además vendas, polainas, yesos, brazos de suéter cortados, muletas. Sumar las pantorrilleras y las canilleras. Así como en el cuello y en los tobillos, debe ser en las palmas de las manos. Para ellas han de servir las vendas, las bolsas, los guantes de basureros o arqueros, los bolsillones o los mitones.

Para no tener frío: chaleco, gamulán, pulóver o polerón u overol. No tener frío es bolsa de consorcio, cartoneada, frazada de pañolenci, retazo de polar, loneta raída, media sombra desflecada como estrenó en las selectas pasarelas Jean Paul Galeano, que en realidad es Jean Paul Gaultier, que en realidad somos nosotros porque vinieron a filmar una película y el de costume nos bocetó, nos robó la imagen sin mediar un mísero centavo, solo nos valió para saber que estamos de moda y que lo indecoroso fue su inspiración. Una cosa es desfilarlo y otra, vivir dentro de lo escabroso, sucio e indecente abruptal. Está bien que el frío se mate con lo abrupto, pero no es para tanto. Ya se lo vengo diciendo a los muchachos. Se van a broncoaspirar el vómito, el propio vómito se van a broncoaspirar. Casualmente, hace días se lo dije al Chupindanga, también llamado el pichicome II, porque anda por ahí copiando mi sistema cerrado prosupervivencia. Dejá el querosén, el alcohol o el vino malo. Mejor un buen abrigo porque te vas a broncoaspirar, una vomitiva madrugada de invierno te vas a broncoaspirar. No vaya a ser cosa que por buscar calor con el tinto para tu cuerpo te autobroncoaspires como Neil Peart, el baterista de Rush, considerado por el Festival de Jazz de Montreal el mejor baterista del mundo, porque por vos nadie va a hacer una semana de oficios fúnebres. Ni media llorona te vamos a pagar si te nos vas así, tan desvergonzado, mal agradecido y suelto de gentil cuerpo.

Soñé con el 33. Después apareció el 30. Eso fue los tres primeros días impares de este mes. El 33 es la Papisa, la rectora, como la que rige todas. ¿Cómo qué todas? Todo el resto de las cartas. El 30 es la Fuerza, la vitalidad del Eternauta, los años que estuvo casada con Cristo la María Mozila. El 33 también es el anterior al Maestro, o sea, una entidad que le enseñó al Maestro. Mirá cuánto sabrá el fulano ese. Soñé que esperaba el 39 por Patricios. Tardaba y tardaba así que me cacé al 33. El 30 apareció con tu hija, me dijo el Garca Pérsico. La soñé de treinta inconmensurablemente bella como ahora con sus dieciséis, pero más altanera y palo de secador. Imaginate el 33 y el 30, qué poder me confieren. A la pucha, sentencia. Sí, esta semana en que cerré el boliche y saqué cosas en casa me generó espacio para soñar y para traer sus recuerdos para acá. Hace mucho que no recordaba los sueños. Bueno, eso lo hizo posible despejar cosas en casa y ponerles tierra a las plantas. Me dio tiempo para conocer a tu hija en un futuro, para tirar el palo de agua que tenía hacía una década y estaba muy alto, insulso y finito hasta el techo del hall. Esas cosas. Además, me recordó que soy fuerte y más, reforzó la fuerza. Imaginate el poder y las leyes de la invencibilidad que te dan esos dos números juntos en una semana, dije, lástima que de soñarlos yo, no funcionaría. Apostarías solamente imbecilidad.

A otras personas —y no como a mí o al Garca Pérsico— por lo menos se les dan ciertas cosas. Mi hermana vive en un chalecito que hizo el General en Ciudad Evita. Ese barrio, la Ciudad de los Niños y la Ciudad Deportiva de La Boca son de la misma época de valores, glorias y edificaciones peronchas. Fui a almorzar con la ambulancia. El Ambulancia te la alquila por kilómetro. ¿Qué no sirve mi hermana a las visitas? Lo que te sirve es como un almuerzo cena. El tema es que estaba enojadísima. No le dio el color. Esperaba un caoba penumbra, vale decir, penumbra como oscuro medio y caoba como madera, el color le dio para cualquier lado. La tonalidad medio para cualquier cosa. En vez de caoba penumbra se le impuso en el marulo un rojizo coral profundo con algo de vetas de algas marinas, o sea, rubio

verdoso en trazos como trazos vangotianos. El color dura cuarenta días por fijación y resalte en ampolla abrecana. El abrecana va aparte. El bol que usa siempre es el mismo lacónico abollado. La tonalidad tiene vida útil, vale decir, sin lavarse, ni apagarse por un mes y días. No puede hacerse un barrido de color porque su pelo es la chaucha sobrehervida y pelada no da. Tendrá que mandar un nuevo mensaje al fulano diciéndole que no estará en el caoba, sino en el rojo tendencia Rita Hache, con lo cual se deschavará que se da la biaba y que ya con treinta y dos está llena de plateadas raíces y un horror: frígidas canas, canas ríspidas, canasteras. Con más ganas tendón de Aquiles, sogas de ténder, tendido de Cablevisión. Y esa es tu tía: alambres duros y queratinosos. Y no da para pararse ella en Belgrano y Entre Ríos frente a la Fundación Favaloro.

El tipo caería en la clínica Favaloro, que está enfrente, y no da para una cita a ciegas ahí de cara a la morgue, no da, el tipo caería desmayado, le dice el Alirio a San Mateo.

Es que quiero una bragueta más alta que la de Ginóbili y más larga que Zárate Brazo Largo-Campana, gemía mi hermana. Y si no es mucho pedir, que me den el empalme del puente Pueyrredón con el recorrido Bombas y Bombinhas o Pipinas-Claromecó. Tampoco me den un nabo gomoso. No es lo mismo morder un durazno que comerlo cortado. Rasgar la pulpa a deglutirlo pelado. Ella querrá un puntero número uno de pasillo o un lateral adentro, pero no le da la traza. Es muy infulera mi hermana. Y en eso yo no la puedo ayudar, San Mateo, pero ¿viste cómo entiendo de romanticismo, de sentimentalismo, de amiccense corazón? Cuchá, cuchá, antes de mamao dormirte, esta noche hay tantas cosas por decir... Decir que un diseñador es más que un armador de libros. El armador es como aquel que compra un placar, una repisa e instructivo mediante los ensambla, sigue prescriptivas secuencias, diría Bajtin, como imbéciles pasos de conexiones y encastraciones de tendidos eléctricos o de aeromodelismo armable, el tipo se compra un arco y un arpa y se los arma. Decía el editor como contrapartida. El corrector está en el medio mero apliqué de reglas normáticas y ortográficas de puntuación o adecuación. El

editor, flor de responsabilidad, mediar entre el autor y el lector, pavada de laburito, ¿no? Por eso tiene injerencia directa sobre el estilo del autor y hasta le es permitido corregirlo al cien por cien. Por acá anda uno que con el recorte quedó afuera y se da con nosotros al chupín, Dani. Tiene una desafortunada frase: Este libro de Tizón se lo escribí yo. No podés ser tan soberbio como para enrostrarles a los grandes que si no metías mano en la novela no salía, ni hubiera llegado a galeras, vale decir, pruebas de imprenta. Tampoco arribo en galeras o bienales de arte, modernos museos perfumantes o acciones señalético diseñáticas. Acá si pegás la oreja y escuchás no hacia el exoesqueleto o muda sino bien hacia adentro, hacia el endoesqueleto del ser, aprendés cada cosa, circunstancia y puntillosidad, cada quid de la forma y la materia, el carozo del pelón. Parlan que te parlan y nunca llegaron a diseñar la perfección de una pera ni la de una corola para las grandes capitales de privilegio. Solo les alcanzó para hacer serigrafía, stampings de reglas y carteles de tránsito; qué hambre, se hacen de la Bauhaus y son unos pelandrunes en pose Regazzoni, aquí en su magíster ciudad. Nadie debe discutirles. Acá en la Argentina no se dará un Basquiat, pero sí una Lola Mora, que vive acá muy cerca, como viniendo desde la costanera, cruzando el puente de la Mujer, para este lado del Centro Kirchner, pero siguiendo por Cecilia Grierson hasta las cuatros esquinas: Moreau, Manso, Ezcurra y Macacha, que dan justo en un punto de Las Nereidas, la casa de la escultora. Podés tocar el timbre lo más campante que te abren esas tipas únicas en bolas de Carrara, que te dicen con una sonrisa escultórica: Pase, siéntese un rato en el regazo, pase.

Pero, volviendo al tema “fraternales lazos”, San Mateo, ¿vos podrás hacerle el favor a mi hermana? No me vengas a decir que sos socio vitalicio o retirado recluta. Che, no me vengas con ese chamuyo que te sobra tela.

Con un flete hacés de todo. Te llevás la casilla montada si te cae la cana, por los mierdas de vecinos, o los del catastro, o sea, los de la muni. ¿Cómo qué muni? No va a ser municiones, Cortina, aunque te caen con todo los del municipio, la intendencia o el distrital. La

levantás al toque, en un abrir y cerrar de babeada boca, en un chasquido de dura mandibular área. Te cae la UCEP. La montás toda entera porque debajo siempre hay una lona para que no suba la humedad maldita que te delira, abate y maltrata lo que venga: huesos, callos, hernias, urdimbres, y no te digo cómo se te arruga la faca, así de chiquita te la deja, y ya no podés decirle ¡buen día, hermano!, sino ¡buena retirada, hermanito! La cosa es tener un flete para todo, un amigo fletero que te empale la casilla.

Esos fleteros a los que les chiflás y aparecen con sus chatas, con onda, que te ayudan más que una grúa de construcción Palermo Hollywood. La imbécil creatividad porteña en los infinitos Palermos: tanta creatividad al cuete para el barrio más extenso de Buenos Aires con ese sinfín de subdivisiones. Cuánta creatividad para ellos y ni se les ocurre crear un sistema de cloacas para los nuestros. Ni cloacas, ni calles, ni pavimento. Ni cableado, gas, electricidad y motricidad. Motricidad fabril. Dar laburo. Laburo genuino. Cuánta creatividad y descriptividad tilinguera: Palermo Vivo, Palermo Joven, Palermo Jardín Japonés, Palermo Cañitas, Palermo Creativo, Palermo Rosedal. Puedo seguir: Palermo Hípico, Palermo Soho, Palermo Pacífico, Palermo Nuevo. Te podés cansar nombrando lo renombrado: Palermo Viejo, Palermo Botánico, Palermo Chico, Palermo Alto Palermo y etcétera al cuantium vicium. Nuestros fleteros amigos jamás hacen mudanzas por esos lares. Ni de lejos los quieren a nuestros laburantes transportistas cabezas, y qué corazón tienen. Más cuore que cabeza. Me dijeron que me cuidara. La otra vez me avisaron los hermanos Flete que los de la montada con los pesados cascos de las patas, meta rebenque, rebencazo aquí, rebencazo allá, le estaban tirando al Chitrulo escabio todo el chaperío levantado en arduos meses bajo el torrentoso sol o la irrespetuosa esa, la lluvia, que no contempla si sos pobre, media o ricachón de *Caras*. Claro que si sos el ricachón de *Caras*, te metés en el quincho de tu mansión.

La vieja ya levantó todo, le escuché al Zamoreta decir al Barreta. El colchón, las toallas, las All Stars, las lonas, la cacharrería, la chatarrería, las muletas y las raquetas, o sea, todo el gimnasio que montaste con fierros en tu climatizado departamento y las cajas de imperecederos. Levantó la bacha, la pelela, el palo, los trastos que

pueden servir por las dudas, los tarros grasulientos, los táperes grasosamente amarillentados, las espumaderas, los hornillos, las balanzas y los latones de quema. Se olvidó de algunos santos porque andan desparramados por la rinconería. No se lo perdona por su psicosis paranoide. Eso me dijo el Verón, quien también vivía con su prima, su pareja diecisiete. La vieja Deambula ya levantó todo, quedate tranquilo, dobló las pesadas mantas en perfectos rectángulos, se pasó la vieja. Partamos de la premisa que si sos pobre, no te pueden faltar las estampitas ni el detergente. Compralo suelto en bidones de nafta. El detergente te sirve para tres cosas: para la vagina o la cabeza como shampoo, para la vajilla y los cacharros que te afanás del comedor comunitario y para lavar los pisos y la basura que revendés: discos, muñecas, pelucas, condones, pisapapeles, inflables.

Retomo, Cortina, un flete es un flete. Un flete es un golazo de caño o de chilena o ambos, a lo Diego. El flete te salva la vida, te arranca la huerta orgánica que levantaste, el baño seco, los ladrillos y los macetones, los acopios que acopiaste, la papelería para microemprendimientos, Recicladores Unidos Zavaleta y Adyacencias. Te levanta la pileta que montaste piola, de querusa, que tenés a dos cuadras de tu rancho para que la disfruten solo tus pibes. La tenés techada, camuflada, para que no la usen los piojosos pendejos que están todo el día en la calle y que no son como los tuyos: doble jornada, catequesis y clases de apoyo en la unidad que dirigen los Putos Peronistas.

Por eso algunos prefieren las tomas. Por falta de amigo fletero que te salga cero peso. Pero no sé para qué le explico esto si usted vende ambulante, piensa en modo ambulante y vive ambulante y errante como marítima tromba, como trompo sin manija, tuerca, brújula o guía Filcar.

Los que estamos en la toma no estamos en contra de que vengan a construir, sino de que vengan a reprimir con los gigantotes hidrantotes. ¿A dónde quieren que vayamos? Abajo de los puentes no vamos a ir. Si no se nos ubica a los tomadores de tierra, no nos vengan a decir que somos usurpadores, ocupas, narcotraficantes, delincuentes,

avivados, malvivientes, inmigrantes ilegales, vagos y disruptivos. Ninguno de los nuestros, a pesar de que son albañiles, se cargó las casas que ayudaron a construir y a remodelar. Después vienen y nos gritan todos enculados que somos gente que nos metemos impunemente en cualquier pedazo de tierra. No tenemos ganas de seguirnos expandiendo y expandiendo en sus espacios chetos, sino en los espacios verdes públicos que sirven de pulmón.

Nosotros vivimos la toma de la Bastilla diariamente, la recreamos una y otra vez. Es mentira que se terminó en el siglo XVIII la toma de banderas inconclusasienses. Nosotros tomamos la Bastilla cada vez que ocupamos a los gritos, pidiendo algo que sería tan dable de dar como la libertad, la igualdad y la justicia. Fraternidad no pedimos porque fraternidad es lo que nos desborda. No somos organizaciones criminales, como se dice, que tomamos y después sacamos provecho vendiendo o subalquilando. No somos organizaciones punguilísticas tampoco. Somos de clase baja, víctimas de la policía criminal que nos grita: Ustedes vienen a lo pavota, las fronteras no existen por eso pueden venir. Los bastillanos, todos los sudacas, los bajitos, los morochitos y los andantes de conventillos, seguiremos enrostrándoles la estirpe de nuestro rostro, a la vez que endilgándoles las palabras de Abraham: Extranjero y habitante soy ante ustedes. Debieran saberlo, ustedes en calidad de seres humanos lo único que habitan es la extranjería. ¿Y qué mierda acusan al extranjero de su condición de extranjero? Acúsense ustedes mismos de “seres humanos”.

Vos me inquirirás, hija, cuándo comenzó todo. Cuando empezás a ver la basura con cariño y los balcones con más cariño aún. En el segundo término, un paso te lleva a la gran Olmedo, Mendoza o a la gran Juan Castro. El primero, en la calle, es mejor y más responsable que el segundo, no tenés la culpa de la falta de changas. El hambre viene por falta de changas, de rebusques o jardinería porque te diste al ras. ¿Cómo qué ras? Aguarrás. Es el ser y la nada sartreanamente hablando. El segundo te salva del primero: si no existís no tenés hambre. El primero te salva del segundo porque en la yeca te hacés amigos y un amigo es un consejero, un hermano que te lleva a la

ortodoxia sala, a la capilla parque Pereyra o a la mejor húmeda penumbra, a la mejor sombra que hay entre las sombras: la cárcel es igual a comida, cama, techo y médico. Claro que previamente tenés que salir a trabajar algunas noches para que luego venga la sombra. No, gilastrum, del latín *vulgae*, *gil*, *gillis*, *gilae*, no es sombra de árbol, que mal no estaría. La sombra es el penitenciario correcional, que de correccionalidad, rectificación o alineación no tiene nada. Esas son las pichicomianas o la esperanza, que es la dulce fruta, el mango que es albergue, estación de servicio abandonada, alerón de techo, reparo, rescate, guitarra. ¿Para qué va a ser la guitarra? Para guitarrearle al fulano que se te cruce que no alcanza, no alimentos, sí pañales, sí leche en polvo porque sí hijos, sí necesidad y vos no vicio. Mientras todos piensan que vos te hamacás, hay todo un rito de cuna para buscar dónde dormir y cómo cargar el tacho de pintura seca para la vianda de tu hipocloritado rancho y tu ranchada. Es como la salida de la barra de equilibrios. Con un pequeño delicado truco que a veces sale y otras no: una doble mortal atrás con dos giros que te obliga, cual gimnasta, a hacer una rotación en el aire de setecientos veinte grados. Es por estos trucos completamente difíciles como rayos rápidos que rápido quedás en la calle que la puta que la remil parió. Sin ofender a las madres en proximidad a su día. Por ejemplo, aquel tipo. El tipo queda colgado en cueros. Ya pasaron al trote los pingos de la montada. Tomó cartones, alguien le trajo whisky, ocasional la amistad sellada entre extumberos que se reconocen como extumberos. Ensambles, abrazos fraternos, una mujer partida y públicamente compartida: sin ruidos, ni balbuceos, ni gemidos, sin permiso, sin otorgue, sin retorno ni cambio. Una mujer sin otra proyección que eyectarle semen eyectando lo eyectable, eyectar en todas sus formas verbales y verboidales: gerundio, infinitivo, auxiliar y participio. Una mujer situada entre dos capitanías, dos o cien, miles. Una mujer a la que le decís después nos vemos para sacártela de encima porque sabés que se abrocharía como garrapata y te seguiría como la Difunta de las Correas, no por hambre sino en pos de abandonar esto de la disponibilidad de piernas abiertas a otros, a terceros, pero con tu entrepierna es lo más parecido al amor mientras que para vos solo es una mujer a la que le deseás que le garúe finito, bien finito, como fue

tu santa leche, por yirado, por descansado mal entre durmientes, por cansado bien entre destile casero de liposolubles cristales para reventa. Ella se dio como una media. Los sábados, domingos y feriados no se realizan cambios. Pero hoy es lunes, los chicos empiezan a caer en la plaza y el tipo quedó colgado en el arenero dando vueltas como ceniza de algún libro románticamente maldito en el que está cifrado ese mismo microsegundo donde al igual que ella es despreciado porque quedó dando vueltas y detrás de los niños llegan padres, bomberos y maldicen, lo arrastran un tramo, lo tiran afuera y el tipo queda colgado en cueros, pero ahora dando vueltas en el pasto, rascándose el lomo como un felino porque le pica la germinada costra de un cobani cinchazo para sacarlo del ombú. El tipo sigue colgado, pero en un plano rebatido a lo arte ponja, filipino, taiwanés o chino, que es todo lo mismo. El tipo sigue colgado, pero en un plano invertido hacia el pasto, con perspectiva brunelleschiana, en el que gira y se rasca el pellejo como sarnoso perro anunciando la llegada de la tormenta. Ahora no hay más tipo ni más mujer con ese cliente, pero seguimos acá a Dios gracias, vos y yo, el Alirio, un sujeto NN, un tipo aún no colgado como el colgado. Ahora lo que me parece imposible es que quieras pertenecer a la Asociación María Santísima de los Inánimes Mártires porque pasaste en bondi y viste la cartelera. No, no es una virgen para cualquier muerto de hambre, sino para aquellos a los que los romanos a la arena ungían. Parece que los tenían sin morfar para que estuvieran débiles frente al félido. No, no es felliar. Vos siempre con esas fijaciones de paspado verde. Paspadas por tener las pelotas ancianas dentro de las bocas que tienen membranas, que en las membranas tienen saliva y no talco. Esa humedad se encarna como cayo de pie e irrita y paspea de tanto hacértelas por minusas chupar. Pero empecé hablándote de la mugre. No solo hay en las esquinas y son tentativos tesoros. La mugre está en todos. Estuvo en su ex, está en ella. Yo ahora estoy en la mía y no jodo a nadie. A vos por nada del mundo te daría mugre.

—Vos tenías once y el marido de tu mamá se enamoró de vos.

—Eso es ser mujer.

—No, eso es ser niña.

—¿Niña de quién, de él o de vos, que no estabas?

—Siempre mía. El fulano se enamoró de vos y de esa ostentosa mugre me di cuenta en una visita cuando lo vi otearte. Saltaba a la vista, para todos menos para el juez. El tipo te llevó a Londres, a una escuela de arte y diseño, y como adorabas vestir a tus Barbies te sedujo con la zanahoria del curso que te iba a pagar en la Stella Nina McCartney's Academy Fashion Pop and Art, donde se entra a los dieciséis.

"Después que me separé de tu madre pasó mucha tela bajo la Singer. Vos tenés el relato bastante trastocado. Todo empeoró en 2007, cuando tu vieja estaba en una espiral de depresión, alcohol y estupefacientes tras divorciarse. Estuvo en un centro de desintoxicación mientras un juez le entregó a su exmarido tu custodia. Pasaron tantos años y yo sin poder recuperarte hasta que surgió esta alternativa. ¿Cómo cuál? Yo puedo ser una alternativa. ¿Pensás que no? Yo pensé que ya la considerabas. Ella, como yo, siguió manteniendo contacto y visitas programadas con vos. Amaría tu tutela. Que me expliquen cómo alguien con una salud mental frágil puede hacer cosas tan maravillosas como sus cuadros cubiquianos, una técnica pospicassiana. Ella podría haberte tenido, pero los jueces olían a bosta. Lo sentí cuando me acerqué a hablarle a uno para ver cómo las ayudaba. Me acerqué en vano: el olor venía de la cloaca burocrática toda débil, maltrecha y comprada. En cambio, a los pichicomes no nos compra nada ni nadie. Tal vez y digo solamente tal vez, el hambre.

Los almacenes son shoppings de lujo hoy. Se come salteado. Te esperanzás en las puertas de las fiambrerías. Te regalan culitos de salchichones, quesillos y embutidos varios. Por ejemplo, desde el jamón Torgenlón con pimienta roja hasta el salchichón requecho o puchitos aplastados de todo. Desde el jamón español al salame picado fino o picado grueso, lo que mande, desde la paleta sandwichera al matambre prensado en hilo, corte y confección. Podés elegir entre el matambre de pollo o el matambre de carne. Zanahoria, huevo y

morrones traen ambos. Lo vi en las pantallas del patio de comidas del Spinetto, donde recogemos despojos fríos o mosqueados. Ayer nacía el General y hoy moría el Comandante. En cambio, yo sigo a la bartola, a la dejadez, a la zan fansón, a lo décontracté, a lo negligé, a lo desastre parado acá esperando la tergopelada bandejita, la bandeja con recortes que sueño. Pero se avanza hasta donde te dejan y a mí no me dejaron mucho. Y lo pongo en otro ejemplo para tener didactez: vos nunca levantás una mina, la mina potra es la que te levanta. La potranca hace todo. Sí es sí, es sí, y si es no sé o no, no. Salís de levante, pero regresás levantado, el típico tropo en literatura del perseguidor-perseguido, sinonimia del cazador-cazado. Lo mismo que en las cuitas pasa con la fiambrería: salís a pedir cien gramos, pero ya te esperaban, te engancharon antes para asear los grasosos vidrios con alcohol y papel de diario. Pero a no confundir, no te ofrecen una changa formal, te ofrecen una changa chatarra, aleatoria, discontinua, alternada e irregular a cambio de tu hambre y eso los del parador número trece no te lo entienden. Hija, el Estado nada te lo entiende, nada se lo entienden, nada nos lo entienden.

Si el Estado entendiese que con que te regalen un departamentito en un suburbio lejano, tercer, cuarto cordón de pobreza, te arreglás. Hay ejemplos. Un pollo te rinde para siete comidas. Hace tiempo eso me lo dijo mi hermana y eso lo apliqué a las palomas buche de pavo. Siete, número cabalístico, pero aplicado a seres de pico: paloma buchón, palomón, gaviota costera, aguilucha, buitre, canario; pavo, pavón; carancho, caranchón. Ídem llevado a canario macho, tero, flamenco, gallo perdido, anciana perdiz porque está ensanchada y rinde. Lo mismo sucede con la gigante lechuza preñada, porque con las hormonas su carne está más abultada y rinde por dos. Ni hablar de los huevos al poché o crudos que te mandás de estas aves. Pero dejemos la albúmina líquida y pasemos a lo sólido. De una pechugona paloma, márquenselo a fuego, salen siete platillos. Con la piel hacés un arrollado al horno: zanahoria rallada, menta y albahaca. Caliente, se come crocante; frío, cual fiambre. Siempre les digo a mis discípulos: Con los menudos de paloma cocinás sabroso risotto; con la pechuga,

suprema; con pata y muslo salteados en perejil y ajo, una suburbana receta provenzal. Las alitas, que dejaron de ser celestiales, pasan al paraíso terrenal en fritanga y riojana: morrón, cebolla y jardinera de lata. El cogote rehogado y los músculos intercostales, pigmentados a la caña en un disco sustancioso, portentoso y almibarado con pimentón dulce. Los ojos y los menudos dan para tuco y pesto. Claro que todo va suplementado con guarniciones: fritas, puré, arroz, fideos o timbales de polenta. Y, por último, con la pelada carcasa, bruta sopa y hasta caldito con capa de grasa para fritar. Tres porciones de postres con los huesos molidos y fruta picada en una mágica gelatina.

Los abrojos del arroz son diferentes a los abrojos de la polenta. Los de la polenta son fáciles de disimular. Un pobre te hierve una cacerola con el kilo de polenta pasada, es decir, vencida en fecha y lugar, o sea, fecha trasvasada en un año y lugar húmedo por lluvias y agujeros de chapa. Te las donan con fechas vencidas o cercanas a esa data. La polenta se hierve y hierve y al final le echás orégano para disimular el bicho negro. Así parece que algunos palillos de la mezcla de pizza, orégano, locoto molido y ajo disecado, saliéronse con la molienda resecos, maximizado todo por el sol a la parrilla donde van las hojas hechas puré. Hay pobres que deciden dejarlos porque dicen que potencian el arroz con las proteínas de las patas del bicho. El pobre te afirma que la proteína es vital en la dieta de los africanos, ya que incluso comen cucarachas fritas porque entre el caparazón y las atrofiadas patas hay una proteína vital que alimentó al negro allá en Botsuana, aunque la teoría de ese origen fue escondida durante años por el puto etnocentrismo del orto. Hay pobres que no se bancan comer ni la carcasa, ni las antenas, ni las alas. Esos pichicomes muy firififís sacan uno a uno el bichito maléfico negro como piojo de china en rancho de machos, no solo con Chagas, sino con masa.

Ahí vienen las limoneras, hija. Desde chico que no las veo. Todo lo que no tuve hasta los cinco años me definió toda la vida y todo lo que tuve también. Tuve las limoneras. Antes reconocíamos a todas

nosotros. Las habíamos bautizado juntos. Estaban las alerón, las tigresas, las cofrecitos del aire, las mariposas tiburinas y las serpentinas. Ahora que lo pienso a ninguna le habíamos puesto nombres de pájaros. Era algo muy fácil, berreta asociarlas a otros seres que vuelan. Éramos muy creativos, lo nuestro no era la metáfora directa sino la compleja, la cruzada a lo oxímoron, la indirecta, la combinada con metonimia o parte por el todo. Siempre había un viejo que nos corregía y te las enumeraba como eran. Cuando comenzaba con esa denominación taxológica nosotros salíamos corriendo a los santos pedos. Al carajo con el darwinismo. Los pibes siempre detrás del limonero. Corriendo detrás cual barrilete armado al sol, los pastizales y las rocas. Y allí, bajo el sol en picada, descubríamos por qué si eran amarillas les decían así, limoneras, y con eso, con ese descubrimiento del amarrillo alumbrado cual tela al sol virando al limonesense flúor, comprendíamos el significado y la pertinencia al resto de las cosas del mundo cual vaticinio, anuncio u oráculo cifrado en esa que fue larva, oruga, plaga. Nos venían esos saberes que no compartías ni contabas al mundo adulteril. No, no los repetías, ni los soplabas a nadie para que te quedaran solamente a vos, aunque un día se te tapasen totalmente, se te obturasen, no borrarse porque quedan latentes como esta limonera que quedó enganchada a la corteza del Lezama sobre el pino. Todas las otras siguieron su camino. La intento desprender, pero solo logro desprenderle el ala izquierda, evidentemente su talón aniquilante, como aquellas fibras largas que portaba Aquiles. Tu madre no fue Aquiles, ni Circe, ni Penélope. Estuvo pasando un mal momento demasiado tiempo. Su medicación dejó de funcionar y sus médicos no consiguieron encontrar la combinación que le permitiera mejorar. Fue más bien una axolotl, cortazeanamente hablando, resistente a fármacos de última generación.

Dije *dinastía* porque toda una institución nos amadrina. Ninguno es socio, pero todos entramos a la cancha y a sus instalaciones. Estamos habilitados para entrar a la pileta, a la pista de atletismo, al polvo de ladrillo, al tenis de césped y al sauna, a los dos saunas porque está el

sauna familiar y el sauna eyacular con chica, premios y barra libre. El que más la pone se lleva una pelota firmada por dos o tres costosos jugadores vendidos al extranjero. Nuestros pibes hacen kungfú y hasta les entregan el lazo violeta, negro o mango. ¡Guarda que les den el cinturón blanco! Todos parten del cinturón amarillo, rojo o negro. Sin saber ni una toma o patada, ya están con el avanzado cinturón, el cinturón posta. Todas las estrategias y las coreografías las van a aprender, no tengan la menor duda. Tenemos sumo a disposición de los padres y té canasta a piaccere de las madres. Llevamos hasta a nuestras abuelas a los talleres de folklore, ajedrez y nemotécnica, que les sacan los mortales pánicos típicos de su edad, y si están ahí a todos nos rompen menos las bolas. Hasta hay talleres de acertijos, probabilidad y cálculo, que les agilizan la memoria, la retención y la lógica.

No, miedo a que nos echen de las instalaciones de Boca no tenemos porque eso no va a suceder. Si a algo le tenemos miedo es a quedar echados como guachos hijos pródigos por su padre: un club y una insignia.

Así como el Walter Segundo vino a mí, a nosotros —porque más bien no es una primera singular sino una primera plural—, así como nos vino desclasado, desgraciado y descraciado, no impulsado por el dolor sino por el miedo, así igual nos movemos nosotros. Lo supe cuando lo vi por las vías en la Florida, donde me habían enviado para la comercialización, luego de haber pasado por la Rodrigo para la fiscalización de lo que entregaba a lo ventero del Quijote. Así me di cuenta de que él, a medias como estaba en su especie, era un símbolo. Nosotros, al igual que el Walter, no nos movemos por dolor, sino más bien por miedo. Sí, también la 12 se mueve por temeridad. De esas dos voces, el dolor, el primer significante, te tira para atrás, te retrotrae, te embolsa, te ensimisma. Los que sienten dolor se quedan ahí padeciendo, esperando la cura, y de ahí el binomio perfecto: dolor-paciente o paciente-dolor, una sociedad no y sí, vale decir, distinta pero idéntica. El dolor te hace de amianto y dentro de esa cofia, armadura, escafandra, levantás una muralla que te separa, te divide, te

carcome hasta el devore. Si el dolor va para atrás, si te impulsa al pasado por autoconmiseración, el miedo te saca, te propulsa, te expulsa, te enrabia y no como el otro término que te aconeja, te abatata. El miedo te adelanta, te propulsa hacia delante. Mira hacia fuera, hacia lo externo. Esto boomeranizó al Walter, que para zafarse del verdugo en perfecto cadalso, previa la sala de tortura por donde lo trapeó, corrió y corrió. El perro es como nosotros, nosotros somos como el perro. Ambos somos capaces de sentir miedo como el que te pivota, epíteto. Pero el dolor es lo que te atrasa, te revolotea los pelos y te tira hacia abajo, onda hacia el manto terráqueo sagrado: el magma. No es miedo hacia la papa o la cana, porque ese sí que no lo tenemos. Tampoco el miedo a que nos separen, nos aíslen uno de otro, ya que sabemos que eso es imposible porque siempre lo nuestro es groso como el LGTNIQ. Somos un colectivo, somos corporación, una multiplicación dramática en pavloskianas palabras. No es miedo al hambre, es miedo a otra cosa. El hambre nos acompaña. Si a los de arriba los voltea la malaria, a nosotros, que siempre estamos volteados, nos hace mierda. Los bosteros a veces se mueren de hambre de veras y necesitan un plus de código: una revolución social. No como los que cabalgan la crisis sobre anchos bifes de chorizo cubiertos de jamón, queso y huevo a caballo en cantinas repletas hasta reventar cual repletas están las panzas de los que declaran padecer crisis y media. La Boca es el barrio más bajo de Buenos Aires y sus bares están fantasmagóricamente siempre vacíos, son como hangares o galpones contemplativos. Se comparte yotivenco adentro y no porque nos dé miedo el hambre. Se comparte a veces a puertas cerradas porque la fiesta perpetua es para nuestros miembros. Si hay mendrugo, hay y si no hay, no hay. Por eso, después de atravesar todo eso, el miedo es otra cosa. Sabemos cómo es, pero no sabemos a qué y eso en sí es un atentado que quiebra. Desconocemos qué es, pero que se siente, se siente. Nadie se porfíe que un hincha no tiene miedos. A veces percibimos que ese resquemoldeado temor es el miedo a que nos expulsen del paraíso del club: el tablón, nuestro lugar de pertenencia, que es código secreto, veterinario, perro, parante, banco de suplentes, balcón, matienzos, perro que no corrió por instinto de autopreservación sino por sinapsis, dendrita, código. Sabía que en

nosotros iba a encontrar los receptores del código de su emisión. Iba al fin a hallar el código que buscaba en nosotros, ya como emisores entre esos roles intercambiables y como enunciadores. Lo que quieras ponerle en la vida de Dios o con la niña de la reina de la vendimia, enunciadores, destinatarios. Al Walter Segundo qué lotería completa le salió: encontró lo que nosotros preservamos como fuego sagrado. Tememos que nos descarten. Tememos que nos expulse la gran hinchada del Barba, que está allá arriba junto con lo perro, es decir, lo perruno, desnutrido y arruinado. Nosotros también tenemos miedo a que se nos saque el código, que se nos quite la ganzúa o la llave electrónica, eso que es la clave de la puerta de entrada. Que nadie se atreva a robar eso que nos aglutina, nos alimenta, nos imanta, superioriza y salva. Ley taliónica para ellos. Los códigos nos separan de la monstruosidad de la indigencia. Los códigos exorcizan nuestras turbaciones, las amortizan, aunque siempre quede un resto, un pucho, un ramillete como de perejil por allí suelto. Suelto. El pobre que no sale por sus propios medios; sin eufemismos, nosotros pobres, como seres primitivos, hacemos lo que podemos, lo cual no es poco. Pero los códigos, dije, se ablandan fuera del radio de querencia. Así fue que un germen brutal tan violento como payasesco lo dictó un día de clásico en Vélez. Para el aguante todos habíamos ido en caravana. El Walter Segundo, medio fulminante, medio fulería, o sea, medio yeta, quedó en la casilla de mi hermano. Pasaron dos chabones de Chicago, unos muertos de hambre, para llevar faso, merca, catinga, pico y pala, algo, qué sé yo, algo, y nadie les pudo preguntar si habían comido antes de iniciar su rito porque no había quedado ni el loro en el rioba. De pendejos o de enojados y mal agradecidos por las veces que se les convidó y contuvo, así al toque manotearon al bicho, que andaba alzado por los pastizales de Casa Amarilla, y con lo poco que les quedaba de la común por motor que derrama se montaron en un auto que tenía pedido de captura. La secuencia fue así: el antiguo camping de los sesenta, setenta, clase proletaria, venido en decadencia; la secuencia fue camping río Luján. La secuencia fue cartón mangueado y parrilla de azulejos hongueados por invernales vientos o quebrados por intento de afano para armar cajas de 10×24 rectángulos para forrar cocinas y vender al mayoreo o minoreo por Alberdi. La

secuencia fue un revoloteo de ojos buscando algún mono de la 12 codificado con lo nuestro. Lo que vino al final de la secuencia fue un animal tiernizado, morfado ahí de parado sobre la parrillita que se derrumbara al lado del río y frente al feliz lanchón de paseo.

Qué importa el después, qué importa el ayer si nada se demora en opacas y desenvainadas experiencias dentro de la siderante 12. Se lo llora, se lo duela, se lo sufre y se lo fue. Fue y nadie, nadie le va a echar la culpa de los trágicos hechos a Boca en su tercer partido del Campeonato Apertura.

No fue magia, fue Román. Y si no fue Román, fue Palermo, el optimista del gol. Más que meter goles metió optimismo Y eso es lo que cuenta para nosotros, los de Olavarría y Caboto; para ellos, los de El Jagüel de la Loma Verde; para los del trencito que llega al páramo de Garnica y para nuestros vecinos detrás del puente en Sarandí. Va cayendo gente al baile en lo de Hernán. En lo de Hernán se hace la previa de Irala. De la previa de Irala, se pasa a la previa de la cancha y de la previa de la cancha, a la previa de Boca y de la previa de Boca, a la previa de Juniors y de la previa de Juniors, a la previa del mundo campeón, chapeau, reverencia. Quién va a entender lo que sentimos por el color. Boca nos tiene a sus pies. Quién va a entender lo que sentimos por el Diego. Solo Sixter Piler, quien le dijo: Diego, el mundo a tus pies. Agarrátelo, quedátelo, metételo dentro del tuje y a apretar orificio para que como a buen gladiador no se te escape. De allí el Diego con sus trapisondas verbales sacó la multicélebre frase, pero a la inversa, para la insatisfacción: La tenés adentro, Pasman, la tenés bien pronunciada adentro. Bancátela. ¿No te la bancás? Aguantátela por sorete, por basura, por mierda, por anorgásmico del ano que sos, al igual, pero de concha que eran las viejas menopáusicas vecinas de mi vieja en Fiorito, que ni cien gramos de pan rallado le prestaban por envidia, igual que vos, porque ellas, allá por los setenta, prefiguraban que con mi espacial barrilete la iba a forrar de vento, de yenes, porque en esa época nadie compraba dólares. Se compraban yenes y monedas de oro mexicanas para invertir las tarascas.

Hija, hoy que me voy a tramitar un crédito que salió para los que tenemos planes sociales, te dejo en lo de San Mateo. San Mateo no cambia de look. Cambia de esquina, con eso le basta. Se ubica cada noche en una esquina diferente y hace un llamado desde su celular. Ahí vienen entonces los del programa 0-800 y le dejan frazadas. Las frazadas son de algodón apelmazado, hilo de descarte, poliéster y nylon. Son duras, pinchudas, indignas y despreciables. Tienen naftalínico olor y resinoso sopor. Son de un color no color, de una tonalidad de muerto, gris arratonado o marrón desteñido.

La cuestión es que con cada llamado le dejan dos por el frío y la tempestuosidad de convivir con canteros de jazmines silvestres, palmeras y bancos al aire libre. Los lunes y miércoles, sobre Brasil, las pide de dos plazas porque dice que duerme con su mujer desde las 2 y 30 a. m. Los martes y jueves, en la autopista Constitución-La Plata, las solicita de una plaza. Los viernes, de una plaza y media, ranchando dentro de un carro amarillo de la feria municipal. Sábado y domingo lo vas a ver vendiéndolas en la Feria de Mataderos a turistas. Los chamuya diciéndoles que son las verdaderas frazadas criollas y los tipos se las compran a lo loco para llevarles de suvenir a sus amigos gringos las cobijas de la gente que vive feliz y contenta en nuestras calles. Amazing, se dirán. Apuesto uno en mil que antes las usan de abrigo en el viaje, las noches a cielo abierto con chamanes contratados en Cuzco. San Mateo tiene dos mercados. Ese y la venta a los pocos indigentes que quedan sin celular. Los otros, re chetos. Un llamado y listo con la entrega exprés. La donación de frazadas resulta más barata que pagar la luz y el agua que gastan los pichicomes en los paradores. San Mateo también hace cosas muy lindas que vende para reventa. Tiene una señora que las corta en cuadros y las une con crochet de laña teñida. Reverberantes rebordes coloridos. Toda una artesanía psicodélica, un patchwork re canchero, reciclado, que se vende en Soho y vale fortuna. Sí, te digo fortuna, le comentaba mientras la llevaba del brazo. Algunos miraban mal. Es un fato o es su novia, pensarían los retorcidos de mierda cuando quien colgaba con su carota inflamada de hongueada almohada era lo más preciado que tenía. La llevaba a Moira como a una cartera, o sea, colgando del hombro. Eran

las cuatro cuando la despertó y la tipa virgen e inmaculada se desmayaba de pesado y endurecido sueño. Con su padre había que caminar demasiado alteradamente todo el día y hoy a la lloviznosa madrugada 4 a. m.

Su milanesa está lavada. No tiene ni rallado, ni perejil, ni huevo. Se la dieron en el dispensario junto con un medidor de glucosa, para que lo venda. Curte con la enfermera. Paradigmático es que San Mateo tenga tanto vigor viviendo en situación de calle, pareciera que vivir en la calle le funciona más que Viagra. Y cuando hablo de situación de calle, hablo de callejera situación que se siente más con esa milanesa lavada, pura miga y mechas de amarronada mustia lechuga de sándwich. No está predeterminado o sí, un destino trágico a pura aguachenta lechuga.

Este pichicome es una especie de patriarca de los pichicomes. Hacen fila para consultarlo como para festejar a Cayetano. Tu padre, el Alirio, le dijo San Mateo, no es un santo, pero sí un patriarca dirigente de su patronato. El patronato de los pichicomes no funciona sin él. Por eso las procesiones de verdosos excluidos, verdosos porque no ven la luz del sol y si se asoman es para salir desde todas las plazas hacia el patronato de Lezama. El ancestral Lezama en el que vivieron Ángela Álzaga de Lezama y su largo corrillo de la mansión, desde donde si veían venir indeseables buques, los cañonaban. Su casco es hoy un museo histórico, no sé para qué histórico si nadie en este país recuerda nada o recuerdan algo tergiversado a su conveniencia de clase. Si la historia la escriben los que ganan, esa es la verdadera historia, dixit Lito Nebbia. El problema es cuando salís con el boleto picado. No creas que siempre viví en esa toldería como los ranqueles. En mi caso, ella en tres meses me comió el mercadito. Era vieja, pero tenía buen rebusque para los encantos y entusiasmos. Con pañuelito al cuello tapaba su cogote filigrameado, fileteado y desfibrilado. Pero eso ya es rémora, lo cierto es que la historia los triunfadores la narran. ¿Y quién por eso va a querer narrar la historia de estos NN inundables y sin

nombre, pero con algo muy grande, muy gigante, que de tan gigante no deja de expandirse: su anonimato? El histórico Lezama desde donde se veían acercar los naufragios, hilos de los náufragos, los naufragados: los cazados y los cazadores en un equilibrio piramidal humano a lo Sísifo. Una piedra, una soga y una montaña eternamente entronada, donde el villero siempre es Sísifo y Sísifo siempre es el villero. La montaña claramente es la villa y si no es la villa, es el alerón de un edificio, el pórtico de una casa, la entrada de un banco, un cajero, una plazal banqueta, un árbol, un parador, un callejón, una calle cortada, una autopista, una avenida o una seca plazoleta. Todo sirve de morada, dice tu padre, un monumento enlonado y con cajas se convierte en una confortable y envidiable morada para otro pichicome. También se los suele ver en pasajes de Buenos Aires. Pasajes que no son pasajes, como los pasajes donde sus moradores viven sin ruido, pero nunca pasajes que para ellos sean pasajes de un Estado a otro, qué sé yo, de un país a otro, de una comarca edénica a otra, de un reinado a otro, de un pontificio a otro, de un paraíso a otro, porque para los desposeídos no hay país, comarca, añaden, pórtico, portal, pontificio, paraíso, ni estado confortable, amigable y esperanzable porque todo es un negro fundido en negro, en negro azabache, pero no como el negro brillante de los briosos zainos sino negro opaquesido como alquitrán de terraza de bajo barrio en verano de treinta y seis grados. Sí, negro plomo pesado de llevar, toda una bocanada de humo espeso dentro de una bocanada que está dentro de unas fauces de un leónico señor con galera que pareciera que espera, pero que no espera y que si las deudas no se pagan, no hay más deuda porque caput, no hay más prendario que la tenga. Y así que en cuanto se supo del poderío del pichi grande fue cómo la gente del BAP quiso acercarse a él porque esta gentuzasa les generaba mucho gasto y con el gasto, deuda y con la deuda, desequilibrio fiscal. Todo tiene un precio en las fauces de este capitalismo y seguramente el pichicome grande lo tendría si se comprase la unidad funcional que habitaría con toda una humanidad de zaparrastrosas presencias, de quien viviría con los intereses obscenos del crédito que le dieron. Muerto el perro se acabó la rabia. A dónde iría el mendrugo a encontrar refugio, a dónde iría a consultar, a quién consultarle, porque se enteraría de que hubo alguien

sabio por sobreviviente a quien consultarle y que la mugre se lo sopló. Comprando el silencio del pichicome, negocio redondo: se compraría el exterminio de esta clase execrable, indeseable y onerosa para un Estado neo meo de no sé qué, porque, que yo sepa, el neoliberalismo nunca trajo algo nuevo más que más exhalación, más linyera exudación, más transpiración del trabajador, más exhumación de entes. Pero aceptará pagar a sus amigos, no fallarles a quienes le traen una almohada, un teflonero ollón o unos morrones rellenos como trueque y compensación, como puede a uno pasarle, a los de su clase, por un sucio contrato de silencio. Porque sí, el pichicome debía desaparecer con sus consejos, con sus lentitudes, con sus reflexiones, con sus ilustraciones y pedagogismos. Extirpado el cáncer, suben los leucocitos y si se extirpan los grandes plenarios de la pobreza que se dan en las plazas, vuelven a aparecer las banquetas, aunque deberán desinfectarse al máximo, y vuelven los caminos de piedra molida de tenista para pasear por ellos. Suben los niños rubios a columpiarse. Sube el sol bien entendido como sol, un sol límpido, traslúcido, pulido como limpia, traslúcida y pulida quedará la plaza luego del paso de gigantes camiones sanitizantes a base de vapor con cepillos Scannia. Y aquí no es cuestión de clases, aquí es cuestión de quién es el más poronga en los espacios públicos, quién se arroga la posesión legítima y legal de ellos, quién se encarama en este lustroso y esplendoroso poder ciudadano, que es solamente para los ciudadanos y no para los negros garrincha, los negros tragasables, los negros taimadamente resentidos y de una tonelada de fuerza indoblegable. Moira, si lo conoceré a tu padre que puedo parafrasearlo. Por aquí dio cátedra. A todas las personas que se encuentran en situación de calle, la ciudad les ofrece el traslado a alguno de los hogares para hombres y para mujeres solas o con hijos o al primer centro de inclusión social para familias, pasaba arengando con un micrófono cual candidato provincial en plena campaña.

Recuerdo el día en que me enseñó a leer con un cartel que decía: Tenemos para ustedes refugios; vale decir, espacios que brindan atención social y acompañamiento profesional, elementos de higiene personal, ducha y ropa. Además, el Gobierno de la Ciudad ofrece comida caliente y cama para dormir, ambos servicios desarancelados.

Todo lo que leas es bueno y da lo verdadero, recuerdo que sentenció. Creé en todo lo que leas, hasta en las comillas, paréntesis, espacios, guiones y demás signos de puntuación. Recuerdo que le pregunté: ¿También hay que creerles a los espacios? Si un espacio es como un cheque en blanco que se puede rellenar con cualquier cosa. Sí, porque nuestra lengua es espacio en blanco. Pero la escritura es espacio escrito, le refuté. Esas no son reflexiones para alguien que recién aprende a leer: desconfiá de quien se inicia en la lectoescritura, o sea, en vos, pero no en los gráficos signos, retrucó.

Después agregó: No cuestiones la clave de lo escrito, vos seguí leyendo. Tanto me hizo leer ese cartel enmohecido que me lo acuerdo como al "Yo confieso". Y sí, Moira, desde aquella vez no dejé de creerle ni a un guion, ni a un punto y coma, aunque siempre sospecharé de los tres puntos porque son lo que vendrá y de lo que vendrá nunca nadie se hará cargo con relación a todo el gentío en situación de calle.

Como usanza romana, el Cuidabañeras, Pináculo de la Ola, alquila baños. Allá se los ve juntos, van caminando alegres a recibir un verdadero baño, no como esos baños de arena que suelen darse en las plazas, que absorben la catinga. Te frotás el sobaco y es como si te lijaras la costra de transpiration. Como estuviste en la mugre de San Mateo, te llevo a bañar a lo de él. También siempre sirve hacerse baños de asiento con arena de las 2 de la tarde. No quiero eso para vos, aunque es como todo lavado en seco. El procedimiento es fácil. Consiste en bajarse los lompas y sentarse sobre la arena caliente en posición buda. Es como enharinarse, pero con arena. La arena mata el ácido del amoníaco orinal, lo neutraliza y lo lleva a un tipo de pH transmutable, viable y pacífico para terceros e inodoro para cuartos. Otra beatitud de la arena a treinta grados es que mata todo tipo de ladilla. Las de larga, corta o media data. También, el arenal asesina las lombrices parasitarias que se asoman por el redondel del ojete. Higiene, pura higiene y desinsectación acárica de zapatillas plásticas, plantillas que por superposición de celulosa ya se volvieron papel maché. La arena absorbe la humedad olorienta de medias, cuerinas,

pústulas, ampollas raídas y catervas de pus. La arena es mil veces mejor que el talco de lilas Veritas. Sí, con arena cualquiera queda invitable a una casa. Pero es verdad, mejor es el agua. Las patas al agua —y ese será tu caso— te acercan a la gente y estar cerca de la gente te aleja más tiempo de la sepultura. A la gente le podés pedir lo que sea que te da. Lo que sea: sombrilla o tinta china para la culebrilla. Rolitos, café, hamburguesas, sábanas, espumaderas, mamaderas, sonajeros, escarbadientes, camiseta de algodón, lo que sea, te lo darán más afanosamente que a un hijo. Probá. Pediles una fuente de ensalada y te la mandan llena. Rabanito, tomate y apio. Siempre te ponen ajo porque suponen que tenés estomacales tenias. Aunque la ensalada llega babosa y chamuscada porque fue condimentada antes, igual es ensalada y ensalada siempre es mejor que pasto seco. Pedir yerba también ayuda. No tenés que secarla al sol como dice el gotán de Canaro y Discépolo.

Como a ahijado en bautismo, lo que sea te obsequian a menos que mangueés pesos. Ahí te empiezan a mirar feo y si te iban a dar, por ejemplo, un ténder, unas pantuflas o un macetero con perejil orgánico, ñaca, minga que te dan. Por eso, para que no se caiga el bagayo que te iban a regalar, no nombres el obsceno sustantivo común, concreto, individual, masculino, singular *dinero*. Pináculo pide poco, pero se surte mucho. Pináculo de la Ola se curtió un baño Ecosan de la feria de artesanos de Balcarce. Se lo hizo un martes a la noche. Al toque se lo afanó. Se lo llevó en carrito para esconderlo un tiempo y despistar hasta la casa de Leonardo Favio. Generoso era el tipo con los pesados y confianzudos. Leo, sin divismos, se fumaba a todos los moplos de la calle. Dos semanas después lo sacó a la briosa luz del Lezama. Lo tuneó sopleteando ranuras y agujeros. La fibra de vidrio presente en jeeps, meharis, casas rodantes o piletas de quinta es el plástico más duro que existe. La cuestión es que el muñeco lo logró derritiendo, meta y meta soplete, con lo cual fundió el material a modo de clausura. Por último, arrancó la puerta del resto del rectángulo. Lo tumbó y agrandó la abertura, que llena asiduamente con agua de lluvia. Las viejas sin jubilación, los mendigos, los estampiteros, las madres solteras y los críos sin techo van a bañarse. Vos serás diadema en esa caterva. También se enganchan los putos recién garchados en

los baños de Retiro y las trolas de fracasada tarde con el deseo de tener el cabello más brillante con esa agua sin sales, ni metales pesados, dilatado arsénico y demases procesos químicos a base de hipoclorito lavandínico. ¡Quién iba a pensar adónde llegó Pináculo de la Ola! Empezó como cuidacoches, pero en versión bañeras, luego pasó a ser estacionabañeras hasta que compró las llaves. No, no, no. Ni lo sueñes, vos también vas a necesitar bautizarte en agua de alibour y lavandina como esa caterva áspera y sarmentosa, porque venís del escarnioso hogar de San Mateo.

Agarre todo lo que quiera, reza el cartel escrito a la carbonilla, elemento con que aprendiera primero para luego enseñar a dibujar a nuestros Juanitos Laguna, nuestro mentado Quinquela. Todos han empezado escribiendo a la carbonilla. Aprendés a escribir a la carbonilla y no te olvidás más. Es como que el alfabeto se te clava. Hasta el griego, el árabe, los sinogramas o los budistas kanjis podrían aprehenderse con facilidad con este método. La carbonilla resiste al más burro paquidermo topo. Ahora el tema que nos concita es la leyenda “Agarre todo lo que quiera” sobre una cajonera abierta con ropa, revistas, diarios, enseres, sogas, lonas y parantes junto con un miniinstructivo que decía: “Arme usted mismo su propia carpa, toldera o refugio para la tempestad del Río de la Plata, tanto temporada invierno como verano, porque sépalo: su zona siempre es inundable. Vea el vaso lleno: inundable pero no inflamable o de rápido corte de fueguina inflamación por cercanía a los baldazos del río”. Generosos, los tipos no daban lo que les sobraba, sino que daban lo que sabían que los poligrillos enmendadores y piojosos necesitaban. Esos microminiemprendedores de la enmendación e incluso de armado de huerta en la plaza. Rastrillan la parcela y le vuelcan humus y bosta de caballo de la montada. Así, por lo menos, cebollín, lechuga, ajillo, quinoto y verdeo no les falta.

Los que caigan en la calle con huerta, quintal y roperito gentil como bueyes van tirando el carro de su vida deshilachada.

Yo había nacido para grandes cosas. No sé cuáles, pero yo había nacido. Yo había nacido para el reinado, la lencería para los majos y su galantería. Había nacido para ser artista, devota, ilustre, consagrada y no esta marmota, pero por suerte la vida me hizo boquense. Nacer aquí compensó, equilibró y me redimió porque en La Boca el río se puede admirar desde cualquier bache, plazoleta, avenida, ronda, rinconera o calzada. También desde nuestros hogares, porque nuestras casas están alzadas sobre sus majestuosas, sinuosas y cimosas veredas. Aunque siempre estemos poniéndole adelante el palito al auto para que se enfríe, siempre yéndonos en llanta porque repuestos no hay, siempre canastita de mimbre y heladerita, mimbre y tergopol, está el río. Aunque siempre alguno esté violando una perimetral o vendiendo un pibe, está el río. Aunque siempre alguno esté re de papota salvando caseramente a un herido de 38; armando juego ilegal para crear ilusiones, espejitos de colores o carnavalesca serpentina; donando tafeta para banderas o vendiendo rifas para la murga, está el río. Siempre los bosteros en un lugar donde a nadie lo salvó un parripollo pero sí un río, pero sí una vista hacia Colonia los días prístinos, una bandera y los pasos de nuestros mayores, ninguno tilingo.

Por eso, si no fui artista ni maquilladora escenógrafica y solamente maquilladora barrial de novias, está bien. Por eso, si no fui musa del cine argentino, ilustre, consagrada, ni la reina de la lencería para los majos y su galantería, no hay tampoco mucho drama dado que ello es para el teatro schespereano y yo prefiero la comedí franchute moliereana.

Por eso me vine a vivir a la calle, explica la Tori Amos. Transité por varias primarias y siempre me separaban de mis compañeros para hacerme las mismas preguntas: ¿te regalan autito o muñeca?, ¿te vestían de color celeste o rosa?, ¿por qué llorás con tanta facilidad cuando tus amiguitos solamente te invitan a jugar?, ¿te da vergüenza cuando corresponde que te inundes el guardapolvo con lágrimas?, ¿por qué no vienen ni tu papá ni tu mamá a las reuniones?, ¿por qué desde tan chiquito te depilás las piernas? En la secundaria apareció un engendro: la figura del gabinete psicopedagógico. Ahí se lanzaban con preguntas del tipo: ¿por qué elegiste vóley y no fútbol?, ¿en tu casa hacés plomería y electricidad o lavás la ropa, limpiás cerámicos y usás

la plancha?, ¿por qué les decís a tus compañeros que no podés ir a las reuniones de trabajos en equipo porque tenés que hacer las compras de tu casa? Por agotador me echaron de todo: de la escuela, del club y de los scouts de la parroquia. Mi mamá empezó a mandarme al departamento de salud mental de la salita anexa al Argerich. Las preguntas no fueron más dignas que las anteriores: ¿querías juguetes que no te correspondían porque los que te ofrecían eran para nenes o para nenas?, ¿vas a la peluquería o te hacés vos solo el color de las crenchas?, ¿ves videos de Kylie o de Poison?, ¿mirás telenovelas o cuidás familiares enfermos?, ¿estás conforme con tu cuerpo?, ¿sentís que tu cuerpo se ajusta al ideal de belleza que la sociedad exige?

En una sola línea teatral debiera haber respondido todo junto. Siempre lloré externa o internamente. Si me traían autos, los despedazaba. Si eran muñecas las disfrazaba, en realidad, la acurrucaba porque me regalaron una sola cuando la tuvieron más claro. ¿Rosa o celeste? Supongo que covariaban o que me ponían hasta donde sus limitaciones les daban. No vienen porque son alcohólicos. Me depilo desde los siete la pelusa negra, ahora laburo en la yeca para la definitiva. Lo elegí porque somos todas mujeres. Y si plomería es ser plomo, sí, hago plomería y si albañilería es maquillarte con revoque, hago albañilería. Me cago en los TP con compañeritos si no dejan de vejarme. ¿Trabajos en equipo? Prefiero ir a ver a los carboneros del mercado Dorrego, flor de corpachos. ¿Telenovelas o cuidado de familiares enfermos? Hago todo junto, miro telenovelas y le saco la chata a la abuela. Claro que estoy completamente conforme con las medidas de mi cuerpo, con las que no tengo en el busto y con las que me invento arquitectónicamente.

Ya te hablé de la materialidad y la forma, la supervivencia en improvisados ranchos alero para amainar la lluvia y el trópico solar. Te enseñé peluquería, eso sí, nunca llegué a manicuría. Te enseñé sobre diseñador y diseño, plantador y editor, arte, perspectiva, arquitectura, romanticismo, fraternidad, devoción y emoción. Lo que no te enseñé es de religión israelita, ni cómo saldar las mataduras, esas lastimaduras viejas, irrecuperables, pero invalorables porque lo que no

te mata te hace más fuerte y si te fortalece, te alimentás para lo que viene, y no te viene el hambre. Como que el hambre es simbólico, invisible y perforable. Te enseñé sobre cultura, sociedad y amarillismo, deporte, trampa y comisión. ¿Cómo qué comisión? La no comisión que te pagan por ser indiferentes a nuestro sobrevivir fuera del circuito primario, secundario y terciario, lo que se traduciría en existir fuera de la producción, la transformación y la distribución.

De la cachengue yeca a la vianda hay todo un divino misterio o esotérico brujal que, aunque intente, no te puedo expresar. Eva hubiera podido, Eva, la santa de los hambrientos, sedientos y devorantes. La Eva era antivianda de capillas, de la Asociación de Patricias Donantes Ancianas y de la Sociedad de Damas de Beneficencia porque ella traía por lema los derechos. Sacabollos, el ayudante de la pizzería Podestá, nos trae las pizzas calentitas. ¿Ves?, eso a la Eva no le hubiera molestado porque no es dadivosa caridad, ya que las afana. Su oficio más que de ayudante segundo de pizzeros y panaderos es el de chorro.

Sí, usamos seudónimo, pero es al revés porque seudónimo es un fantasy nombre que no debe hacer referencia a la verdadera identidad del artista, en cambio, el seudónimo es nuestro nombre y nuestro nombre es nada, una suma de fonemas que se llevó el viento o derritió el ascochimbre verano caluroso como a nuestros muñecos de cera. El seudónimo no debe ser la identidad, pero acá la identidad es igual a tu nombre, que es el seudónimo. Y así funcionan las lógicas por estas tierras. Por ejemplo, el oficio con que te definen en el rioba es el contrario a ese digno. Por ejemplo, si te dicen lo vi al repartidor de bolsones de orgánica, si te dicen llevale esto al barreda, asomate a lo del corchero o acaba de pasar el mensajero de Oca, no se trata del bolsero, el barrendero, el amurador en corcho o el mensajero, sino del chorro, el chorro, el chorro y el chorro, que en realidad es el chorro mayor, el chorro alfa, el chorro beta y el chorro beta 1, que conforman una sociedad con fines de lucro. Y que no vengan con que es una organización ilícita y que bla, bla, bla, acá todo lo licitamos, todo lo autorizamos y no por miedo, sino porque el trío medio que te ayuda, a

modo desinteresado onda comedor comunitario popular y nacional.

Acá no es difícil, es fácil. Todo es fácil y claro por definición. Si te dicen: El sacabollos se fracturó y pasó con muletas, no es que te dicen la aposición definitoria el sacabollos, la persona encargada de sacar los bollos, en la primera fase de la pizza, o sea, antes de pintarla con tomate, y paso tres enmuzzarearla, te están diciendo: El sacabollos afanó, corrió y se fracturó. Tampoco se hace evocación a esa mención bien construida, sino a sacabollos igual a ladero y, a la vez, ladronzuelo, o sea, chorizo del dueño de la pizzería. Además, a quién le sirven las definiciones por estos lares, los barrios más bajos de la Capi, bajos doblemente, porque Constitución y La Boca son los barrios más subterráneos a nivel del mar y más bajos porque acá todos andamos a las piñerías y a los tiroteos.

Desde la mirada que te aporta la lógica, una definición debería ser una determinación o demarcación conceptual de lo que es esencial en un cosa. Acá no necesitamos definiciones, acá necesitamos seudónimos. A vos quise ponerte uno al nacer. La historia es así: el mismo fonema en otro lugar del término cambia el significado. En el caso que cito fue una *i* que en vez de aparecer delante de la *ere* apareció detrás y eso hizo la diferencia porque los vocablos se definen por su contrario, por la negatividad y oposición, vale decir, por lo que no son en esa alteridad. Tu mamá te anotó como Moira y yo firmé el acta porque leí Moria, la mujer argentina por excelencia de las gomas y la frases célebres del mundo. Es difícil ser raza Moria, pero sabía que vos tenías tela de sobra para emularla, homenajearla y superarla. Firmé en el Registro Civil de las Personas —oh, error: vos no eras persona, sino hada— como un gil sin anteojos y ahí ganó tu madre. Tu madre siempre fue muy pospunk, o sea, dark y como toda darky te llamó Moira con relación a la parca que determina la muerte, cortando el hilo de cada una de las vidas humanas. Quise imponer un apodo de luz: Rita como Rita Turdero, la tigresa de Mataderos, personaje celebérrimo de nuestra gran étoile y dramaturga la Moria Casán, pero ganó por goleada Moira, nombre sin el cual hoy en día no podría significarte. Vos no necesitaste lo que los de acá. Acá no necesitamos definiciones, acá necesitamos seudónimos. Y fue así, te quedó burlesqueanamente Moria —con solo intercalar una letra para atrás—,

la mujer icónica argentina por antonomasia, destinataria de las epifánicas pajas que le dedicábamos a semejante diosa venusátil todos los de mi época en sus juvenales estancias, recintos, sucuchos o antesalas compartidas con tías y primadas. Y perdón que te hable de estas cosas, pero también tenés que saber de la biografía no autorizada del rampante vulgo, pero ¡cómo nos calentábamos desde los murales de la vía pública arrancados o de los garajes y talleres de Warnes!, porque desde ellos Moria pasó a ser Moira.

Acá no necesitamos una comprobación empírica como en la definición porque todo es antiempírico, pero es y ser bastan. Sos choreador o choreado. Con ser basta y sobra y no a lo Sastre, a lo mucho más que Sastre, a lo Beauvoir y Nina Simone. Todo eso de la demostración y la procedimentación es para las ciencias duras y acá no califican porque todo es ciencia humanísticamente blanda, o sea, mágica. Todo es magia, como cuando el escobillero sale con seis escobas para vender y a su regreso le preguntás: Eh, ¿cómo te fue, escobillero?, y te dice que re bien, que vendió todo y lo ves con la media docena colgando otra vez, igual que al salir de la barriada. Ahí caés de un hondazo: el tipo se las vendió a las viejas de Villa Ortúzar y después fue y se las arrebató de un tirón dejándolas todas despatarradas, medibacha arriba, por las ortuzianas plazoletas vacías de la siesta en cuarenta. ¿Cómo qué cuarenta? No va a ser ocho cuarenta, no, cuarenta grados. Y ahí viene otra vez el tema de la desconfianza que les debés tener a las definiciones. Una definición es una proposición que da de manera unívoca y con precisión la comprensión clara y exacta alcanzada por una locución o dicción y si digo dicción, digo conjunto de distintivos que definen el modo y el motivo de hablar y escribir de cada men. Acá, ¿para qué carajo sirven las definiciones?, si es al pan, pan y al Toro, Toro. Si acá todo es cuestión de jaquear el arte de sobrevivir, de mantenerse superviviendo en el sentido de poder dormir, comer y joder ocho horas en cada una de las tres categorías. Y no me vengan con disquisiciones sobre qué es una categoría, porque parto del hecho que todos lo saben, o dejo de hablar por un momento, qué digo por un momento, por siempre, por

lo eterno. Si son todos unos imbéciles que por más que me esfuerce y esfuerce no entienden nada, no te digo pitagoreano, sino regla simple. Y si digo esto, va a haber alguno que me pregunte: ¿Qué, la regla que le viene a la mina? No, bolas secas, regla de tres simple. Es algo para volverse loco. No existe una definición, por ejemplo, para los términos "lo remató en el piso" o "el ojo por ojo" de acá, que tanto usamos, pero que solo se aplica a los que entran de afuera y perturban el orden de los límites y de las bandas. Sé que para otro rioba el ojo por ojo nuestro es diferente al lugareño de ellos. Cada zona tiene que estar bien encasillada y en eso no hay una palabra que concrete ese concepto, y ya sé que *concrete* y *concepto* son antagónicos porque *concepto* es algo abstracto y *concrete* es un verbo que deviene del sustantivo común individual y concreto *concreto*. ¡Otra que piedras menudas, no, piedras de cemento, cal, arena y agua!

Por otro lado, cómo definir nuestro barrio que no está hecho de concreto, sino que atlánticamente se hunde y se hunde. Si hubiese estado construido sobre pura y polenta argamasa, ni ahí que sucede.

Los británicos trazaron el ferrocarril de La Boca, Barracas y Ensenada, margen derecha del Río de la Plata. Aunque para operar esa trocha ancha tuvieron que solidificar a puro concreto esa zona. Y entonces, ¿cómo definirte Casa Amarilla? Es imposible porque te debiera decir que se hunde y hunde tectónica y tartariamente, pero no, resulta que los anglos la hicieran sobre lo más duro en roca existente. Así, Casa Amarilla escapa a toda la definición de La Boca inundable. Por esos, los terrenos que revenden los ocupas son tan caros. Se quieren mudar los de Villa Inundable, los de Villa Condenable y los de Villa Inflamable, a los que no les da el vento porque quieren cagar más alto que lo que les da el culo a esas sirvientas que soñaban dormir sobre el lapacho y no sobre sus palustres chocerías. Funcionaron en ese predio una terminal de Tranvías Carga y el Mercado de Papas y Cebollas de Casa. De todo ese progreso, quedaron en la Amarilla las ollas populares que arma el Movimiento Evita, que llena las ollas de batata, papa y verdeo. Las ollas llenan los táperes que se llevan. Las ollas se vacían para desinflar las panzas. Panzas vacías, panzas hinchadas.

—Maestro, ¿le digo qué se nos olvidó? —dijo el ayudante.

—¿Qué?

—¿Dónde está la puerta? Nomás dejamos ventana de dos manos de ancho para ventilar.

—Fijate bien por ahí —respondió el maestro mayor de obras que había estudiado online.

—Ya revisé, recorrí alrededor y el cuarto construido no tiene ninguna puerta por la que se pueda acceder a él.

En esa caigo y grito:

—Maestro mayor, ¿por dónde anda?

—Nos quedamos adentro del cubitáculo.

—Bestia, habitáculo.

—Empiece con una maza a tirar portland desde afuera. Adentro solamente nos quedamos con la pala, el material y el balde.

—Hijos de puta, ya les hice dos entregas de guita contante. Apuren la pieza, Moira ya está conmigo y la necesito pronto.

—En choreadores y choreados se divide una subzona del barrio, por eso tenemos un problema. Nos chorearon la puerta, los marcos y los perfiles.

—¡Delincuentes! Construyen para el orto como los tanos que trajeron el mismo modelo de casa con estiércol de vaca y caballo de la Baja Italia, donde no se hacían ventanas sino agujeros. Acá le pusieron ventanas pero chiquitas, muy pequeñas, diminutas ventanas que dan poca luz, acumulan olores, hongos, humedad. Pero su idiosincrasia era esa: piezas atiborradas de materiales como atiborrados conventillos y casas chorizo. El ladrillo siempre es más barato que poner perfiles, vidrios, aberturas y cortinas. Más barato y más fácil. Se necesita saber menos para levantar una pared que para estructurar una abertura iluminaria, y eso los tanos lo sabían. Y aparece justo en mi vida este negro bolita mimetizado con este barrio de tanos inmigrantes, miserables, brutos, poco creativos, nada parecidos a sus abuelos grecorromanos.

El indigente no se hace acopiador porque establezca diferencias.

Acopia, acopla, acumula porque así se siente que siente que se siente menos leve, más portentoso. Se siente solvente de cachivaches, diarios, posters, palos de escoba, caños de ducha, conos de rollos, bolsas, humedad, mesas descuajeringadas, calefones gigantes como molinos, rectangulares chapas, vacías garrafas, lonetas a rayas al sol de otro como él o más pobre. Se siente dueño de los cachivaches de otros. Visto de otro modo, las manías del indigente son análogas a las de todo pequeño burgués. Quién no cerró la puerta del horno con una silla o tapó una olla alta guisera con una pizzera, sobre la cual posa una pava con agua para evitar que se corra y termine el perro engullendo la carnaza mechada al pesto o el cuero de gallo embutido en lo de Maidana. Quién no puso un vacío al oleonato y cerró con un palo cruzado de durmiente cual barrera el horno. Quién no coló con la tapa o con pinchado a cigarro envase de gaseosa. Quién no inventó el fleje de una heladera con la traba al costado, inversa de la manija de la puerta. Traba que se oxida con la humedad y adquiere más clausura, más presurización y más vacío en el fondo de los cajones de la Siam del 64 o de la Aurorita de los setenta. Pero volviendo al tema del horno, el Flamenco lo guarda en la calle. Cierra la puerta del horno con un mocasín, mitad adentro mitad afuera.

—Con una media se hace eso —le había dicho su madre.

—No jodas, vieja, las medias se queman —le retrucaba.

Le dicen el Flamenco porque es fanático de blanquear la ropa hasta llevarla al blancuzco rosa como esos patorruchos.

—No las medibachas nylon que yo uso, sino las que te llevó la madrina.

—Vieja, esas de tan viejas fueron a parar de patines de los largos listones del porche y el vestíbulo revestido en machimbre. Cuántas veces te dije que con el paso de los años no tengo los pies de los treinta, sino agigantados mosaicos. Estos mocasines de abogado ya me quedan chicos, y el cuero con el calor se estira, se enchancla como chala de choclo, se hace más liviana napa, se hace no un calzado, sino guantes suaves y elongados Audrey Hepburn.

—Callate —le decía la vieja—, *Desayuno en Tiffany* es para putos del ortongo.

—Salí, mamá, que esa rosa comedia de enredos es universal como el

control remoto que nos trajo el Pandelmo del Loco por el Remoto. Ese paso de comedia no tiene género, raza, ni religión porque es unisex, ¿entendés? Un clásico como Miguel Bosé, como Miguel Ángel, no, no él ni los ninjas, Miguel Ángel Buonarroti de la capilla Sixtina. Clásico como *Ellos las prefieren rubias*, como River-Boca, Chicago-Newell's, en fin, como todo lo que describe Gombrich de Taurus. No, Taurus no es un autor, es el nombre en segunda latinización del minotauro en griego. Era *minotaurus*, *minotaurae*, *minotauri*, *minotauro*. Vieja, ¿por qué no ponés esa polenta vieja en cubitos con vainilla y la espolvoreás con azúcar negra? Así aprovechás el gas del horno porque lo voy a encender para que las alpargatas de lona estén calientes cuando salga de la ducha a termotanque. Quiero quemarme vivo con el agua. Eso sí, ¿no habrá algo que funcione en esta casa?

—Pero, nene, a ese termotanque Luxe no hay con qué darle.

—Verdad, noble vieja, ya te lo dicen desde el nombre: Luxe, esplendor, luces y lujo a lo pato. No me equivoqué al comprárselo al gitano Galtieri. Todos los Galtieri no son semicagadores, son cagadores de oficio, profesión, universidad y ateneo de capacitación, vale decir, de oficina a guantes blancos. No, no me vendió espuma ni copos de crocante. Me vendió algo posta, no es todo como lo que tira al río, porque lo consigue para él. Si no botonea algo útil, lo descarta en el riacho, que, desde arriba, satélite en alto, se percibe como estanque de mortandad infantil y mierda. Los setenta parangonados en los 2001.

Y así soliqueaba, divina Moira, no solo, sino con su madre, como cuando vivía en aquella casa con despacho de pan al frente, ese hogar de Sarandí al fondo, Sarandí adentro, hacia la entraña, hacia lo profundo y más profundo, hacia lo cálido y más cálido que había sido su natal barrio.

La llaman la Isla por esos dos volcanes polulosos y ornamentales que tiene al frente de su fachada torcida. Tiene un hombro más alto que otro, o sea, uno más arriba, como si quisiera trepar a la terraza, esa sesera vacía que lleva sobre la jetuda barbilla por exceso de hormonas masculinas. Por eso no se entiende la abundancia de las tetotas con ese pico de testosterona que le aflora siempre en sangre. Yo creo que es la

Isla porque se aísla en rímel y rouge. Demora en maquillarse hasta quedar explotada en llamas, al rojo vivo de su lava. Ella es la Isla, e isla no es un predicativo subjetivo obligatorio atravesado por un verbo cognitivo copulatorio en segunda declinación del sufijo -ar y en el medio de amar y partir y esos transitivos flojos de transmitir en un tránsito delgado. No son mañas: se aísla luego de tres días de giras, se recata quedándose a lo morsa con el camisón amarillento que comparte con la nona. El camisón rotativo. De lunes a miércoles es de la Isla; el resto es de la abuela ciega, la Parche, así le dicen por el parche del ojo izquierdo. Todo por culpa de un paraguas, la puta que lo parió. Un alambre le hizo saltar la córnea. Cortó el orbicular al medio y se cargó la córnea. Eso fue con la Santa Rosa del 94, cuando volaron hasta las tapas de hierro y cemento de los sumideros. A la mierda con la córnea. Se soltó de la capucha con una velocidad Volkswagen.

La Isla se queda chirusa dos, tres días hasta hidratarse y componerse un poco, como picassiano collage. A la que no le toca el camisón, duerme con lo viejo puesto de dos meses, dos y medio o en pelotas. Olvidaba algo: el Carmelito también entra en la rotación, no digo en la rotación como en el vóley. Cuando Carmelito caza por el aire el camisón, se pone un turquesa toallón a lo Carmen Miranda devenida en Cardi B. Le entremezcla plásticas y afanadas flores del cementerio de Zamora. Ella trolea mucho, unas; pocas, otras, pero todo sirve para completar el puchereo de hortalizas y paloma, una paloma o cualquier silvestre volador que hinche el buche hasta alcanzar el tamaño del cuerpo, porque la carne se hace más rendidora para la flor de rabona que siempre a los desposeídos atraca.

Un día tal vez no solo le alcance para el puchero con achicoria y batata, sino también para un deshabillé de voile al bies. Un día tal vez no solo le alcance para carne low cost como la de ella, sino para un liviano salto de cama plisado desde la cintura a la rodilla. Ya lo tiene medido en la última y gloriosa galería que se sostiene sobre Patricios. Los moishes se instalaron hace años entre Barracas y La Boca. Toda buena gente, pero que ni por puta te dan en cuotas: lo bien que hacen con la traza mugrientosa que los merodea. Daban gozosos cuotas en los setenta, pero hartos de robos pusieron ellos mismos ese castigo

inconsulto al tribunal de sumos sacerdotes de Abraham, Isaac, Moisés y Josué. El cartel que reza “No fiarás ni lo pedirás, no cuetearás ni las solicitarás” es afanado cada dos por tres y cuando no llueve. Todos en casa cuando llueve por dos razones: porque la ropa mojada no se puede mudar por tela seca y porque La Boca es toda inundable, los negros se quedan a amortizar sus casas con trancas y topes. Y en la misma línea para elevar su poligrilla mueblería, retirada en la primera cuota y el resto todas impagas porque Dios, o sea, san Diego algún día pagará porque le sobra lengua y palabra. Lengua suelta, pero siempre genuina y santa.

El día en que el Barcelona vendió al Diego al Napoli, justo ese día, pusimos fecha para casarnos con tu madre. Dos años habían transcurrido del pase, pero cada fecha del Diego era digna de ser recordada y por qué olvidarnos nosotros. Con la familia pusimos en homenaje ese día en el que los barceloneses se sintieron contentos porque querían sacárselo de encima. Sacárselo de encima por un motivo tripartito: no había buena onda, no les había rendido por todo lo invertido en su compra y porque lo tuvieron frenado por fractura durante un largo tiempo. Como familia ya nos había angustiado mucho a todos antes, porque había preferido seguir afuera, pero en conclusión: olvidamos todo y pusimos la fecha.

¿Qué experiencias más majestuosas puede pedirle Moira a la vida? Conoce lo líquido, conoce lo sólido, conoce ambos cara a cara ahora.

En cuanto a lo primero, le gotea el horno, le gotea la pileta y el bidet del baño, le gotea el calefón, le gotea la pava para matienzos y le gotea la mesada de mármol. Ahí ya no es gotera, sino infiltración de la canilla colindante. Desde la chapa le gotea la ochava y la palangana que le pone también le gotea. Goteras en donde miren, goteras en donde poquito a poquito también le gotea el alma, el vencido jugo que se toma y por ahí, alguna que otra seca esperanza. Desde que el maestro mayor terminó su departamentito en la Rodrigo Bueno, conoce lo líquido.

En vinculación al segundo estado, el sólido, también de memoria y sin chistar sabe. Sabe de ausencia de costra de pan, de ausencia de vigilante de queso y batata, sabe pero ya desconoce el chicharrón caliente o el puré con aceite y calabaza. De todo sabe. De todo se puede saber, aunque algunos saberes se padecen más que por sobre otros. De todo se puede saber, pero algunos cómo molestan, cuánto molestan y las preguntas retóricas infaltablemente capciosas, para qué molestan si ya se está jodido, si jamás citamos ni invocamos la desgracia plena. La pobreza es capaz de cambiar cualquier sabor, cualquier aroma, textura, paleta, imbricación, gramaje, confite o delectación. Todo lo desluce. Todo, al tiempo que se abre, lo concluye, insensiblemente lo finiquita. Puede prepararse la mejor ensalada y quedar apio chamuscado y podrido. Puede ahumarse faisán y saborearse gaviota vieja, abichada torcaza o palometa.

Lo importante es tomar un estado del cuerpo, no abandonarlo, no ablandarlo a lo largo del tiempo cuando se quiere hacer pasar uno por discapacitado y enfermo. Si tomás la convicción, no hay sendero para atrás, todo te lleva para adelante, a lo divino, a lo que podés lograr con un cuerpo hábil y maleable, manteniendo la lógica del destartalamiento cada microsegundo de tu vida. Simular no es moco de pavo. Simular ser distópico, disfuncional, invisible al sistema es todo un trabajo que requerirá al principio esmero y dedicación, luego brillo, pulido y perfección del físico a conciliar con uno, hasta creerse moliermente uno mismo todo lo patrañado. La apoteosis hacia el antisystem es todo un esfuerzo, no solo físico sino también mental, pero una vez que se enquista en la esencia de uno, se introyecta y ya. Sin más, todo el mundo te trata de discapacitado, de antisystem, de disfuncional y lo que es mejor, de improductivo igual a habilitado para el certificado por depresión o discapacidad, que es lo mismo que parásito, vago, inoperante e idiota, aunque un poco más elegante en consonancia con los tiempos que corren y que vos mismo supiste captar, como medio hombre de época, como tullido y maltrecho de época, como lábil, imbécil, inservible cero a la derecha de época, como un don nadie e inútil a la enésima potencialidad. Es todo un esfuerzo

porque igual que se hace en la calle, en público, se debe prolongar a puerta cerrada, en el interior privé de la humedad y escombro de la zapie.

Todo depende del lugar corpóreo que uno elija. Si uno elige, qué sé yo, una pata, será cuestión de bambolearse, de mover el punto de equilibrio o eje, de acechar al otro como si uno fuera a caérsele cual poste de luz sobre su cabeza por desmedro del miembro derecho o del izquierdo, dígase gamba zurda. Por ejemplo, ya si uno se decide por un codo, una locación llamada brazo, el mambo es otro. Se tiene que pendular el hueso largo desde el hombro al estómago para demostrar que uno no lo domina por tumoración cerebral, incompetencia iónica o falta de llegada de ondas mentales indicadoras dirigibles hacia la acción que uno quiere elaborar, como correrle una silla a una mina en una fecha, agarrar fasos en un quiosco, extender la manopla para recibir el cambio del choricero o salir a tirar la basura. Y así y así hasta que los vecinos comiencen a creer que de repente caíste en enfermedad, víctima de un virus que debilita los tendones braceros y el codo imbricado y coordinador de todo peso óseo, porque es sabido que el peso de las partes huesales no áreas, no como los agujeros del cráneo, sino como las partes blandas, no reconocen la información que llega al cerebro mediante el músculo radio. Lo importante es trabajar una compostura, adoptarla, alinearla. Sí, la capa del yo tiene que quedar verdaderamente aplastada, hundida y denostada por la etapa del no yo, lo que es el ello, pero al revés, o sea, la anomia.

Si elegiste la mudez, elegiste bailar con la más fácil, la hiciste corta. Te agarrás la pantalla auricular, que es cartílago puro, y la vas acomodando según locutor, ilocutor o perlocutor. Les movés a los espectadores el tejido de la parte exterior de la oreja como si fueras una antena con papa que se acomoda a la onda sonora o un Dumbo que flamea las orejotas blandengues. Ahora si elegiste la ceguera, es una cosa ni muy difícil ni muy fácil de lograr. Paso uno: algunos tembleques de párpados y decidir si vas a hacer de ciego de ojos extrávigos, ciego de ojos cerrados o abiertos. Si es de abiertos, apuntás con la vista a un punto fijo, pero no decís qué apuntar, porque si no te deschavás. Aquí van algunas consideraciones que es mejor saberlas. Cada uno es distintito a otro, cada uno es cada quien, cada quien es

cada cual y así extensivamente ad infinitum. Por ejemplo, yo tengo pensamientos obesos. Ojalá tuviese obsesiones obscenas. Las personas ciegas sueñan con imágenes. Acordate, algunas sensaciones y delicatesens no vas a tener. En los videntes no predominan las sensaciones táctiles, olfativas, gustativas y auditivas, sino las visuales. Por eso me pregunto ¿y el que miti y miti, que vio y perdió o vio y solo tiene excrementos, restos visuales? Eso te lo dejo para que lo averigües. Otra, también considerá los percheros solidarios. Si podés, dejá ropa y si de verdad la necesitás, agarrala. Agarrala pero tanteando y sobre todo titubeando, con tembleque y con espantosa, horrenda inseguridad, mostrando fobia y bradicardia.

Lo siguiente a considerar. El más fulero es sin lugar a duda el que elige la mudez porque una puteada quién no se manda. ¿Quién no carajeó, vituperó o envió a alguien hacia la concha de la lora? Esto ya lo saben los galenos y por eso ahora se puso de moda dar con un martillazo en el dedo índice. No pises ese palito. Te dicen distraídamente: Ponga el dedo sobre el escritorio para sacarle una huella o una muestra de consanguinidad, entonces, vos, boludo, apoyás el dedo como quien toca un pezón o un botón a la tiro balanceado y te cagan a garrotazos el carpo y el metacarpo. Si no aparece epifánicamente puteada, valés oro. No es que sea tampoco imposible. Si lo practicás muchas veces, llegás a anular el umbral del dolor, tenés que realizarlo mucho mucho y vas a ver que te sale solo y esto no te lo quita nadie. Esa bendición de haberte discapacitado vos mismo no te la quita nadie. No hace falta como en *Tiempo de revancha* cortarse la lengua, ni nada semejante. Todo es cuestión de capacitarse y perfeccionarse tomando nuevos recaudos y desafíos. Quererte, quererte mucho, quererte bien para que todo el teatro sea puro teatro, para que la dramatización no sea falazmente errónea, viciosa o afectada. Y ya la práctica hace al monje. Si ensayás el fisic du rol y practicás y practicás anonadadamente hasta el límpido hartazgo y lo acompañás con esta humilde ayuda, pero no por eso menos menor, para lograr la caída en desgracia, todo va a ir para adelante a vela extendida, a tifón o huracanada. Todo se ajustará a la perfección de la joya cual relojería, y llegará el día en el que vas a recibir una pequeña asignación mensual pero merecida: viajes libres al interior del país,

una caja rellena de todo: cuatro litros de aceite, dos de puré salsa, kilo y medio de polenta, kilo y medio de arroz, dos ramitos de cibouleta, tres kilos de papa negra y un paquete de tallarines largos, semolados y deleitosos, ganados a pura equivocación, desliz, despiste y desorientación provocada hacia otro, y eso se llama poder y genialidad. Andá y dormite tranquilo. Sos poderoso, sos un genio y no un actorsullo de reparto, sino un Peter O'Toole en *Laurence de Arabia*, un Malkovich, un Arturo de Córdova, un señor actor de esos de primer cartel, marquesina y línea, merecedores de ser acompañados únicamente por divas de la talla de Audrey, Betiana Blum, Andrews, Bacall, Dora Baret, Fonda o Zully Moreno, parangonadas al diamante encastrado a la perla y el platino, ese noble y atemporal metal.

Englobando todo, va a ser lindo tu lugar porque vas a estar fuera y dentro del sistema y no hay nada más vivificante que sentirse Dios, que sentirse capaz de estar en todas las sinécdoques, en el todo y en las partes. Fuera porque dejás de ser productivo, decisivo para el capitalismo y dentro porque el mismo sistema es el que te va a abonar ni bien muestres tu carnet en la ventanilla de pagos de pensión discapacitoria.

Paso a paso, entre mis prioridades jamás está pedir el alta, por el contrario, seguir pidiendo a mi psiquiatra recetas para provocarme nuevos síntomas, nuevas perjudicaciones, nuevas patologías y nuevas catástrofes mentales.

Su casa está para la demolición. Si la deseara vender, le pagarían por el terreno. Yo le digo que así está buena, mientras ella, la Isla, la siga recubriendo con sus propios pellejos, feromonas y sensitinovas.

—Dame un estibador, uno de esos grandotes cadeneros que amarran los barcos areneros. Llevo dos, me da el cuero para dos, tres, cuatro. Un tejedor de red dame al menos. Un portuario, un capataz, un güinchero —me decía la Isla.

—Vos me venís a pedir que te dé trabajo cuando carezco hasta para mí. Me estás jodiendo.

—Esto es La Boca —decía—, convidame unos asalariados de carga y descarga de embarcaciones, gigantes como los miembros que poseen

de día y de noche cuando duermen sobre las bolsas de arpillera, lona, tiento. No solo les arranco el miembro, sino todo su vento.

—No te conviene ese vulgo sardinado, esa mugrienta plebe portuaria. Apillate, tenés que ser más pilla… Te lo digo como si fuese tu viejo y sin ningún interés por tu carne. Te convienen los marinos mercantes. Esos andan con monedas de oro, euros, dólares, pesetas, yenes, y con esos viles metales reciclás toda tu casa.

En La Boca nunca hay toque de queda, las hambrientas jovencitas trabajan tan duro que envejecen mucho antes. En las esquinas, los pastores vendiéndote a Dios para salvarte la pecaminosa cabeza, mientras que a la misma altura de la vereda de enfrente está el dealer que te salva la sangre. Por oraculez, magia o designio, nada deja que cambie tu equilibrio en la calle, nada muta por alineamiento ancestral de astros, que tu interno, por más añosa yeta que acarrees semestralmente, te venza, te extirpe de la comparsa a contramano donde fuiste asignado.

En La Boca nunca se pelea por fútbol. Se podrá pelear por cualquier otra cosa y con cualquier otra cosa: alambre, tapa de lata, navaja, faca o facón. No, ya cayó la 38, se dejó de usar, está en baja, demodé, lo que se dice pasada de moda, chapada a la antigua. Con las blancas te comés menos que con balas o fusiles, pero quedate mesurado y tranquilo que en La Boca nunca se pelea por fútbol. Es regla, canon, dogma, doxa o precepto. Sé tranquilo de River que nunca te vamos a cargar a palos ni a dártela suavecito como crema de enjuague. Gritá a tus anchas un gallinense golazo que nadie te jode, ni siquiera te va a estar mirando taimado. En La Boca todo es joda, todo lo tomamos a la joda, a la dolce far niente.

Acá jamás vamos a darnos los de Boca con los de River, tal vez en Spegazzini se arma para que tengan, pero acá ni un cachito. Como te enuncié, jamás en La Boca barrio ni en la Bombonera nos peleamos con otros. Eso es para la gilada de dos o tres desubicados que al toque los ubicamos, los dejamos tembleques, les ponemos los puntos y los desterramos, para que no se ande hablando por ahí que La Boca es un camposanto con el Argerich como tienda de guerra de los cuarteados,

ensangrentados por los cuatreros de la parte de Casa Amarilla abandonada, allá por Espora. No, acá se cuida la figura y el fondo, acá cuidamos el contenido, la forma, el cubismo y el surrealismo de cualquier loco. Acá cuidamos que cualquiera pueda sacarse una toma bonita, una foto a contrapique, plano medio americano o plano largo total, general, frontal o fugaz. Acá queremos preservar a todos y no solo a los turistas porque la mitad más uno comemos de ellos. Por ahí alguno atraca a un gringo, pero esos no son de los nuestros, esas son bandas que hacen inteligencia con el contingente holandés, suizo o noruego. Los siguen y los agarran a lo grande y despilfarrante, tipo película de Hollywood de gran montaje, edición, producción y posproducción. Esas bandas no son giles como los locos lindos nuestros, son más cerebrales, organizadas en los chalets de Pinamar o en los ranchos de Arizona. Cualquiera no puede trabajar así. Nosotros no tenemos logística, investigación ni planeamiento, solo saneamiento trucho del Riachuelo, que hace cada tanto el ge, ce, be, a. ¿Cómo qué es? Es el gobierno de CABA. ¿Cómo qué es CABA? Es Ciudad Autónoma de los Buenos Aires al Sur. ¿Que no está la ese? Nosotros se la ponemos porque el sur es lo más, es el mejor barrio que pueda pensarse porque es el único que tiene el río. En el río no pasa nada hasta que pasa y cómo. En el río pasa lo mismo que en tierra. Cualquier cosa puede pasar y si cualquier cosa puede pasar, por qué no ha de ser fulgurante, esplendente, incandescente, cremosa. Sí, muy cremosa, porque lo descremado acá no entra ni a placeé.

Privatizaron el río, pero nosotros se lo desprivatizamos. Privatizaron nuestra ribera con Madero, torres de acero quirúrgico, edificios con nombres, fundaciones prestigiosísimas, galerías de arte, que como siempre es lujoso y elitista, y construcciones funcionalistas y lecorbucísticas. Privatizaron nuestra mirada al río, pero nosotros les rompemos todo aquello que ellos creen que simboliza un cerco. Para nosotros nada simboliza un cerco, enmarque o atrincheración. No hay trincheras o, en todo caso, nosotros las establecemos y decidimos a quiénes declararles la guerra y darles masa para que guarden y tengan. Y con relación a los símbolos que quieren enmarcarnos, nada

simboliza, solo nuestras dos banderas: la de ceremonia nacional y la de soberanía bostera junierse barrial. Privatizaron las plazas, pero nosotros se las rompemos todas. Las madres son las peores, ellas por sus hijos cualquier espacio desmontan. Aunque ellos no quieran, nosotros, los de la Rodrigo Bueno, llegamos con el agua hasta la nuca como nuestros antepasados, los abuelos. Llegamos con agua helada en botellas, porque para que no se junte mugre, mersada y negrada tienen anulados los bebederos. Alerto: privatizaron nuestra fuente juvenal, el río, pero nosotros se lo desprivatizamos con nuestras patas al agua, con nuestras patas tanto en las fuentes y los monumentos como en la brisa de la orilla. Llegamos, sí, aterrizamos con nuestras patas esquivando los culos de las botellas o caminando directamente a lo *Kung-fu* por sobre vidrios, latas oxidadas o astillas viejas. Sí, aterrizamos, sí, desembarcamos, sí, arrasamos desde Pinzón hasta la Moreau de Justo, la Dellepiane o la Marie Curie argentina, la Cecilia Grierson. Sí, arribamos pero no invadimos, ellos invadieron, nosotros no plumeteamos ni corremos a nadie porque ellos nos penetraron y deben replegarse o ser arrasados, muertos o incautados, y no al verre como intentan ellos secuestrar lo que nos fue dado aunque seamos todos coyas ignorantes, brutos y obscenos por ir en cuero y con el pecho abierto.

—A mí no me fue mucho mejor que a vos —le dijo al Alirio la Partida al Medio cuando se acercó para pedirle que la ampare, apadrine y acoja en su Patronato de Desquiciados y Trastornados por el Hambre.

—Eschuchá, Moira, y cobijá a cualquiera que caiga así tan vapuleado.

—A los doce el pediatra descubrió que era una XXY.

—¿Qué edad tenés, piba?

—Diecisiete.

—¿Oíste, Moira? Como vos, hija.

—Cuchá, por Dios, cuchá.

—Eschuchá, se dice, Partida. ¿Qué nacer XY, naciste sorda y no escuchás las sílabas iniciáticas? ¡Por favor, jovencitas, hablen bien que

es como la escuela: libre, gratis y de dominio público!

—Papito, dejala proseguir.

—¡Tampoco la hipercorrección manierista!

—Prosigo, como me enseñó recién Moira. Mi psicóloga le dice a la mami que me contenga y que me acompañe a comprar ropa, y la mamita qué responde: "¿Qué quiere que le diga? Yo no puedo aceptar eso de hablar en inclusivo con ees y equis, con todes y cuerpes, con gente y puebla. Si yo no sé dónde estoy parada, imagínese ella". Y la psicóloga de los pobres y desavenidos dice: "Sí, su hijo sabe dónde está parado". Y mamita: "Pero si tiene un poco y un poco, ¿por qué no se inclina para el lado en que venía inclinándose, el de los nenes?". Y la psicóloga: "Ese era el lado que usted elegía porque le convenía a usted, pero ahora es hora de pensar en ella, en una metamorfoseada ella. Y le adelanto, porque ya se lo leo en la cara de despavorida, tampoco su hijo es un varón travesti, es un ser, una entelequia, un humane". Y mamita sacada pasa al voseo: "Vos me estás jodiendo, yo no te pago para esto". Y la licenciada proclamando a los cuatro vientos: "Pero yo no le cobro como a otros, le cobro aranceles hospitalarios y desdoblados en Ahora 12 y ya no nos joda más, ni a ese humane que parió, si no quiere que termine suicidado, ni a mí, egresada de Yrigoyen 3242, cúspide de la UBA". Y mamita ya a lo trava sentencia: "Reservorio UBA de cada fauna y personajes que mama mía, querrá decir".

—Che, ahora que dijiste a los cuatro quesos, ¿nos vamos los tres a clavar una que se me disparó el hambre?

—Genial, pero seguimos hablando, porque ya te quiero, ¡ya te adoré para mí! —remató Moira.

—Hija, tomate tu tiempo, ahora ser trans está de moda —bromeó el padre para hacer reír a las chiquilinas.

—El lunes a la mañana me comí un sopapo. Con este inicio dan ganas de levantarse un cuartito en el fondo, mandarse a mudar de la casa de adelante, pasar tanto al fondo como para arriba. También ese lugar puede ser, el que queda arriba del patio. Esto no es piripipí. El grosero faja. Tiene un máster en palizas paternales y sabe que con

diecisiete ni un mango para ladrillear una piecita en los altos, altos porque sería arriba de la de mi hermana y mi cuñado, que está arriba de las piezas bajas del fondo. Nada, me dije me rajo para lo del Alirio y me vine nomás para acá con usted, que es una especie de botón antipánico, ragú y despojo. Me da pavura el hambre y me voy a tener que aliar con ella gracias a las técnicas por usted patentadas, para cuando mi cuerpo estropeado de décadas de taconear enredado en medias red me espante los clientes frente a las chicas nuevas que van apareciendo, siempre competidoras y despiadadas. Así como en la tele se renueva, la calle se renueva de mostras ofrecidas, ofertadas —concluyó en la Banchero de Brown la Partida al Medio.

—Señorita, no llegan a décadas, lo de ustedes es cuestión de años. ¡Qué oferta ni qué oferta! Usted no se debiera enroscar con la oferta, sino con su paupérrimo promedio de vida. ¡No se hable más, Partida al Medio! Acá no vas a tener que ladrillear y pronto ni petear más en las calles sudestadas porteñas. Con que pagues esta pizza, vamo y vamo.

—Una mano lava la otra —Moira pizzicatea.

—Sí y con esa limpia un día vamos y el sopapeador pasa a ser sopapeado. Sopapeado y empapado en su sangre por púgiles va a quedar el que la maltrate. Una mano lava la otra y seis le lavan la cara, con katenses karatecas, tomas y patadas, al que se le vaya a hacer el vivito.

Cuando conseguí el certificado de invalidez, me agarré una curda de la santa madre en la Reserva, dos semanas en pedo por la bendición, a la salud del médico que puso el gancho, la exmujer del Alirio horadaba todos los roñosos tímpanos por lo gritona. Cuando conseguí el certificado, con La gotita me pegué al pecho la escarapela habilitante para disfrutar de mi invalidez. Me senté en los bancos de Constitución a mirarlo, a besarlo, a santificarlo porque me costó tanto o más que embarazo de lisiada. Me lancé a los bondis, a los trenes y subtes; a los telepeajes, a los micros de corta, media y larga distancia. Corrí a decírselo a Moira y a todos. Forré mi cartera Luis Vuitton Senegal con fotocopias de mi título nobiliario ganado a fuerza de pastillas y pastillas, de haberme hecho la loquita con todos los médicos de

laboral, por las garchadas de mi psiquiatra, por las bucales a mi acompañante terapéutico, que era un buchón y le decía a la ART: Yo la veo bien, reincorpórenla, yo la veo bien. Qué mierda de bien, hijo de la gran puta, a su madre le gustaría más coger que el dulce de leche. Meta tomarme las pastillas de la Rímolo para estar bien a tope. En el almanaque del Moyanito estaba en la lista de prioridades, urgentes y pendientes. Nunca lograban sacarme de encima. Le llevé sorrentinos a un enfermero que me hizo la gauchada de inyectarme un convulsionante antes de la junta médica.

—¿A qué se dedica? —me preguntó un doctor.

—Soy docente y en mis horas libres salgo, por oficio, de volantera de un puticlub, dado que hay que separar lo privado de lo público.

—¡Qué buen sentido de realidad, señora! ¿Y qué más le anda aconteciendo? —dijo.

—En primer lugar, me arde el cuerpo. Todo, en llagas, rojo, me incendio, me baño, me unto, me duermo y así, se me enciende la espalda, el resto, me broto, me rasco, furiosamente me raspo, me incendio, me ahúmo, me baño, me unto, me duermo. Un verdadero ciclo no del agua, sino del fuego, sin terminarme de incendiar ni de encontrarle paz a mi cuerpo. En segundo lugar, las papas me resecan los talones.

—¿Los talones o la boca?

—Tomo uno o dos papines semanales. Papines bien de chacarero boliviano. A desrivotrilizar, a desrivotrilizar, que el mundo es un Orión —proseguí—. A rivotrilizar, pero a rohipnolizar, a lexotanilizar, que la mente es tuya, de Rosa, de Pedro o de Juan.

Eso fue lo que estaba diciendo cuando el galeno me extendió el flamante certificado y esputó:

—Calle, por favor, es más de lo que puedo soportar.

Cedió porque en estas cuestiones todo y nada son incomprobables. Yo, seria, muy pero muy responsablemente, las acato a modo loco, loca, locos. Hay cinco momentos que he alcanzado, lo que muy pocos logran en alza. En el primero el loco es todos, en el segundo es otro, en el tercero es él, en el cuarto es otra vez todos, pero esta vez con vastedad, plenario, desmedida, ambición y desgarro. El quinto es excelso ya que es la última versión de todas las terceras del plural en

pronominalización personal, vale decir, los ellos más el agregado de todo, las cosas legibles e ilegibles, nombrables e innombrables, los elementos catables e intangibles, orgánicos e inorgánicos, protozoarios y eucariotozoarios, trashumantes y estables, captables y labilables. No se sale del podio de dominar lo citable y lo no citable, de pervertir lo acatable, lo honorable, lo moral, lo normal. Y andá a sacar de allí, de ese escalafón, de esa tarima jerárquica y ajedrística posición, al loco en su estadio de todos todo. Andá, sacalo, si sos tan guapo, de esa archimbalesca y carnavalesca plenitud, complexión, exceso y totalidad. Andá a correr a un anormal un milímetro de su abundancia, saciedad y plenitud complementaria, alternante, comprimente y plexaria.

Los anormales, los huérfanos, los desplazados, los que van camino a facinerosos, los dinamitables a punto de reventar, los deformes de rostros por puñales, palos y gases. ¡A desocupar, a desocupar!, que la tierra es de Benetton, de Lewis, cerca de los mapuches, lagos allá. ¡A desocupar, a desocupar!

Y si digo por acá, por el millonario negocio inmobiliario que nosotros con nuestros asentamientos detenemos de mercadear. ¿Cómo qué barrio? El de la 31, el barrio más copetudo de los fundados desde el Kavanagh al Bajo hasta acá, hasta donde con bosta sembramos todo lo pensado y lo sin pensar, que, si lo piensan, también hacen negocios gracias al laburo en ladrillo que nos costó concretar. Recuperamos la Costanera Norte, no fue la Cámara de Diputados con la ley de inconstitucionalidad. Querían vender el predio, pero no nos fuimos de Costa Salguero, al revés, llegamos a más, dimos la vida por defender que la costanera sea pública, de acceso libre, irrestricto de saneamiento, de construcción, libre e irrestricto para nosotros y de construcción nula y restrictiva para ellos.

Y fue entonces que pregonando ¡ocupar, ocupar!, después que logré desocupar, se vinieron todos los monos a ocupar la Costanera Sud, Sud con d, con la misma d que los españoles nos pusieron como yerro al fundar.

La empleada esta no es estándar ni lúcida. Dice proposiciones que son anormales. Se le nota, ¿no? ¿Cómo va a ser como todos? Otros dirán: ¿Qué es ser normal, que no cante o coma paranormal? ¿Qué es lo anormal, que no prejuzgue, que le dé el valor justo a las palabras, que adore como prisma al sol?

No, no, no. Todo es claro en el *aquí y ahora* del *para nosotros*, tercera persona gramatical del plural, pero no en el *allá y ahora* del *ello de ella*, primera persona del género femenino de la voz singular. Insisto. Corretea paranormal hasta anormal. Piensa ilógicamente, paranoide afuncional a la realidad que inventa. No tiene sensibilidad por la realidad porque no tiene percepción ni sentido por el principio de entorno. La tomé equivocadamente y ahora la conservo de lástima, a lo Evita, de pura caridad, como ella pregonaba. La dejo porque la muy turra, a pesar de ser tan zonza, vive en Costanera Madero Costanera y le declaró muy contenta a mi escribano que una parte se la dábamos en negro.

—¿Y sabés, pimpollo de hija mía, quién vino a ser la mucamita que se autodenomina la Madero porque dice que vive en Madero, piensa como en Madero y asciende en la escala social como en Madero? La madre de la Isla misma, que cansada de la corte del terror esa —el Carmelito, la Isla y la Parche, su madre— prefirió ser de la liga cama adentro o cama caliente, porque siempre está ocupada: cuando se levanta la empleada, se acuesta la planchadora de noche o el jardinero o el chofer o la niñera o la cocinera segunda. Un desconche. Pero la Madero va a seguir remándola. Ella es una mujer desdentada por el desgaste y el desbarajuste de estar achacada y desflecada, destejida y desmembrada, que deshila y deshilacha más y más su nobleza, su voz, sus peregrinajes, sus sombras y sus cofradías, pero va a seguir adelante.

Parece que sin pala no pueden trabajar las empleadas. La última señora, la Madero esa, me dio la significante declaración de derechos.

—Señora —dijo—, yo sin limpiador líquido de cocina, formol antigrasiento, Cif crema ultrablanco, lavandina concentrada, limpiador

de vidrios, resaltador de azulejos, embellecedor de mosaicos y el héroe que limpia, aromatiza y desengrasa, triple acción, no puedo empezar a limpiar.

—Antes —acusé—, antiguamente mis abuelas aseaban de maravilla con un trapo y un pan de jabón, además te recuerdo que el pan de jabón blanco se hace con saponificada grasa de pella desmenuzada, acá y en la China.

La despedí diciéndole:

—Vos sos tan buena mucama como yo primera actriz de los premios Globo Rojo. Pareciera —concluí antes de sacarle la vianda que le había entregado— que estos tips subliman tu pobreza, next.

Ah, enfaticé:

—Qué tanta pala ni qué tanta pala. La mugre levanta la mugre con la mano, vale decir con esos garrotes con sucias garras que tenés por manos en este país generoso que te recoge. ¡Rata, mugre, rajá rajando de mi vista!

Tu madre me dejó la cabeza así de limada. Está en la misma clínica que estuvo Charly. Fue en la visita en que decía, decía y decía. Comentaba al aire, al santo vicio:

No hay más que decir, sin el clown solo hallás el infierno tan pavorido. Hay clonazepam de dos y medio, de cinco. Anticonvulsionante, una mierda, a mí todo me convulsiona, me contusiona, me entumece, me contracta, me descontenta. Mierda, efecto inhibitorio. ¿Inhibitorio de qué, de querer una tras otra anfeta? Hay fluoxetina de veinte en comprimidos, de cuarenta y sesenta. Que yo sepa, ni mierda me aumentan los neurotransmisores. ¡Serotonina, serotonina!, le grito a mi psi, no es mi prima, ni mi sis, mi hermana, es mi psicóloga. Psiquiatra, mi pito catalán. Pero la cosa viene por otro lado. Ponele que llega un momento en que luego de la transferencia, de la empatía, del feedback logró estabilizarme por significante y mendicante, o sea, el diván del consultorio y el mostrador de la farmacia. Por ejemplo, un día equis en mi opalescente vida. Aplacasse no es solamente lorazepam de diez miligramos. Lo que necesito es una placa, un aplazamiento que deleite. El farmacéutico no lo tiene. Me

quiere obligar a que lleve otro que tiene la misma fórmula. Me dice silabeando: “Señora, es la misma fór-mu-la, ¿qué no entiende? Los mismos miligramos”. Casi lo mató, casi me le tiro encima exigiéndole mi Aplacasse. Eso fue una vez arriba, bien high, cuando estás sentada en la cima de la frenética manía.

Entonces, así como llega ese momento de escolasticidad, de calma revelación y reposado equilibrio, se viene el otro: la meseta, la inoculación en tu cuerpo, en fácil, ya no te hace efecto. Despelote al llegar el cambio de dosis. Te suben, te incrementan, te aceleran el proceso porque te hacés resistente al agua, como esos pintapestañas. Me incorporan Lamirax de cincuenta. El envase viene de cien y hay que fraccionar la mitad. El genérico que me compro es igual en formato a la fluoxe. Entonces, me tomo medio de fluoxe y uno de Lamirax juntos. Al aumentar de día hay que aumentar de noche. Al Rivo se suma un Lami. Me dice: “Cuidado con el Lami porque es un barbitúrico, es muy fuerte”. Me importa todo un cuerno, pienso. Démelo sin tanta advertencia que yo me lo manejo, le pongo moño y marco. El Lami viene de cien y doscientos. De cincuenta paso a cien y entonces me doy cuenta de la inversión que había hecho esos días. Tomo los doscientos agradecida, pero ese desestabilizador opaca el antideprete, se incrementa la fluoxe, de una pastilla paso a una y media. Las compro verdes porque soy declarada del aborto y para no confundirme ahora. Están las verdes fluoxe y las cremas Lami, imposible distraerse. Me bajan ambas, pero me quedan envases de doscientos. Tengo que cortarla, me olvido y la manduco entera. El fluoxe lo manejó bien, lo bajo, pero no resiste la metamorfosis en sangre dado que el equilibrio entre eslabones de ADN no está logrado. Subir bien es más fácil que bajar bien, subir mal es más difícil que bajar peor. Se sube bien, gostosa. Pero ya al bajar te despelotás porque tu inconsciente quiere permanencia en el páramo de la seguridad psicológica, dixit lacanianos pseudofreudianos. ¿Qué inconsciente ni inconsciente? Lo mío es pastera de corazón y me hago cargo desde el consciente y la viva razón. Ya nada se acomoda, mi sueño se desboca. Me bajan de la moto y el escitalopram. Me suben el zolpidem, vale decir, el Somit porque hay todo un tratado sobre el descanso. Todos habrán escuchado que un buen reposo disipa toda pulsión al suicidio

de primer grado. Dormir al cien por cien es un intento al cero sobre cero. Todo lo anterior se baja, y la droga madre y su metabolito principal activo te enloquece en esta lenta eliminación. La droga madre te da convulsionismo, nerviosismo y turbulencias concomitantes. Arriba de nuevo, toque de Diana. Urgente, hay que reprogramar la máquina psicocognitiva motora en el organismo. Sos una papa caliente, una bomba en un bolsillo del guardapolvo. Al psiquiatra le urge porque tu familia dice que te quedás horas, días, semanas aplastado en el sillón como si fueras parte del sillón, de la pata de la provenzal silla, de la esterilla del banco y con más desplome muscular por el colchón Cannon. Te agregan rápido como neuronínica escupida el Irazem, cuyo nombre está entre los prestigiosos galenos, entre los jergueros es aripiprazol y chau, loco. No te lo explican, pero lo incorporás al toque porque ya estás ablandadita y aceptás como cordero la terapia combinada con los medicamentos para enfermedades mentales que ya traías supuestamente de base. Para mí que las de base son las que te crearon ellos cuando te recibieron allá hace tiempo, tanto que no recordás o más vale no recordar porque para qué recordar, con quién recordar si te dejaron solo y cómo recordar si sos un casete que se borró, un pendrive que se desmagnetizó todo. Se desconoce el mecanismo de acción, como muchos otros medicamentos para los esquizos, reza el prospecto. Y yo me pregunto: si se desconoce, ¿para qué mierda te lo dan? Ah, ¿vieron que era cierto? Te lo dan como a rata de laboratorio. Después está todo lo otro: adelanto de hora, las tomas salteadas, desfasadas. Ingerir una parte ya que la otra no te la entregó la farmacia. Se te acaba la paciencia al tiempo que se te acaba la que tenés y podés pasar a buscar la que te faltaba, pero al entregar la nueva receta de la otra faltante te enterás que la droguería no la está enviando. Es ahí cuando le tirás de la lengua al farmacéutico para enterarte escandalizadamente que la están descontinuando, que hay dos versiones: alternan las entregas o dejan de fabricarla. Pensás, por Dios, que sea la primera. Entonces, así porque sí, vos por vos misma, te tirás al bondi. Así es que calculás y tomás de lo que haya en casa todo doble, todo exactamente el doble, la parte por el doble. El doble y a la potencia por ocho porque ya entendiste que la lógica de los psiquiatras

es aumentar y aumentar, posicionarte en un lugar alto, siempre subir la vara y más, siempre juntar uno con otro y ese producto crecido a lo Mary Shelley juntarlo con otro, mezclarlo con otro, sumar otro, apelmazar con uno, dos, tres, hasta desafiar la dosis y ultrajarla. Siempre todo a piaccere. Esto te seda, te deja bosque, confusa, somnolienta. Lenta pero irritada con nerviosismo, aletargada, con ansiedad, pero domada. Tu cuerpo se va domando cada vez más y te amplifican y amplifican, pero vos, salvavidas, ya las habías acentuado. Así que las agrandás, las tomás más o las tomás a cualquier hora y listo, que no jodan. Lo tuyo es rescatismo, guardavidismo, rescataje, mejor dicho, autorrescatismo, autoguardavidismo, autorrescataje, sin consulta médica mediante porque quién mejor que vos se conoce. Por eso, de todo en la farmacopea argentina y en la de los grandes centros de prestigio e influencia, sabés que el Irazem se toma con una jeringa dosificadora por boca. Eso está bueno, no hay vez en que mientras lo estés preparando no flashees con que vas a inyectártelo. Jugás con eso como haciendo un acting, pero al pedo porque después de todo lo que te pasó ves una aguja y salís cagando como cuando los comisarios descubrieron a los gauchos maleantes, temidos y vagabundos señalados en los códigos contravencionales desde el romanticismo echeverriano y el naturalismo de cambaceriana procedencia hasta la vigente norma, pero con las travestis en contravención: “Vagancia con portación de ropa contraria al sexo que hay entre gambas”. Cuando llegás a tomarlo a modo de loción tónica, te lo cambian para que no te mates de un bobazo si tenés antecedentes y ese es mi caso. La cardiopatía me viene de madre y de la madre de mi madre, de chozna y de sobre y suprachozna. Además, te revienta el hígado, que ya lo traías reventado porque todo se filtra por el hígado y aunque te suene a joda, el hígado es más importante que el corazón. De náuseas, aftas y broncoaspirar alimentos pasás a precirrosis, cirrosis e hígado acumuladamente graso. Es el momento de tomar otras opciones para que del costo beneficio gane el entrecomillado beneficio. Entonces, ahí van los comprimidos ranurados. Viene el rito de apoyar el comprimido en marmolada superficie seca, rígida y plana para ejercer presión con las yemas de los dedos de ambas manos, simultáneamente, mientras te salta el corazón de gula por tomarlo. Apoyar las manos sobre los

laterales de la ranura hasta partirlo y como no se parte porque te comés las uñas, te lo tomás entero, total es mejor sentir el incremento, el musical síncope, la visión borrosa y las hojas de otoño vueltas joyas magnánimamente magnetizadas. Y todo lo que pensaste que evaporarías de tu alto grado paranoide de dificultad asimilatoria dando un giro completo sobre la salida, cual gimnasta del Cenard, no fue, solo fue transformarte en una acopiadora de cajas, blísteres y pastillas de ranuradas amapolas y magnolias.

Maduré en una ciudad escenario de películas extranjeras. Te los conozco a todos: De Niro, Hugh Grant, Norton, Susan Sarandon, Cristina Aguilera, Banderas, Penélope Cruz. ¿Viste cómo son esos tipos, que para una escena en exteriores se vienen a filmar hasta acá? Acá se filmó *Siete años en el Tíbet*, con Brad Pitt. También el gran film de culto *Highlander*, con Christopher Lambert, que transcurre en las oscuras calles de La Boca y debajo de las autopistas de Barracas, Buenos Aires-Quilmes-La Plata. Hay una inmortal escena más al sur, en la que camina la mole de dos metros de Lambert, agotado y con su vestuario raído, cual Ulises de la porquera, después de la épica batalla por la enmohecida avenida de los Hornos. Hasta al Robert Duvall, para *Perfume de mujer*, lo vi estudiando tango en el Club Bohemios, que sigue haciendo, como hace ochenta años, los típicos bailes de carnaval con mascaritas. Me quedé de piedra cuando lo vi a Duvall traspirando su camisa obispo 100% cotton y secándose el sudor con su pañuelo Vuitton de seda allá por Necochea 900. ¿Cómo se va a mudar Bohemios? En otros lares será, pero, que yo sepa, no hay abducciones galácticas ni por Patricios, Galdós, García o Brin. No el queso, sino Ministro Brin. Soy un pichicome, pero me gusta definirme más como un observador citadino.

Los pica-pica cordones mascullan siempre fuerte. Hay alcantarillas tapadas, nidos de ratas, calles rotas, avenidas arruinadas, sirenas de cana, pero también sirenas de los próceres Bomberos Unidos de La Boca. Próceres superlativos después de Iron Mountain, por la Azara que quedó derrumbada cargándose varios tomuers. Sí, nosotros somos siempre los que ponemos los muertos. Tanto acá como cuando hay

avalancha, arribando para piquetear, de los trenes bajan los movimientos sociales que vienen del sur a Constitución, vale decir, de la pichicomería a la otra pichicomería, la de los hoteles de cuarta, por la que viene derechito de Rivadavia para acá, Bernardo de Irigoyen.

Miro mi cara en las vitrinas y me digo: Si pude hacerlo aquí, con Moira, puedo hacerlo en cualquier lugar, por eso tengo un montón de sueños por realizar, cual jugador de la primera, pero en mi rubro de mendiginaje, linyería y pichigomonía.

Pichicomería dentro de la pichicomería dentro de una monumental casba. Jungla de cemento donde los sueños están a medias hechos.

No soy profeta pero les digo: No hay nada que no puedas hacer, podés llegar a la cumbre de dominio de las fuerzas negativas de la pobreza e invertir sus lógicas para tener una pilcha mejor, una colchoneta más seca y que la lluvia ni te toque. Que la tormenta no te impida escuchar tu radio y cada tanto pescar un par de zapatillas que se le fueron por el torrente de agua a otro, porque sí que esa es la gran mentira que se dice de nosotros, que con los planes hacemos cualquier pija como comprarnos zapatillas. Nosotros jamás vamos a un negocio a probar número o marcas. Usamos zapatillas que encontramos en las bolsas de la gente piadosa que las deja limpias, apartadas de la basura con yerba, tomate o carcasas descompuestas. Las toallitas menstruadas se las morfan las ratas y a las ratas, los gatos y a los gatos, nosotros en una perfecta cadena metereolítica que comenzó con una tormenta y un par de zapatillas para ir de cacería de gatos. Llevamos gomeras y palos. Con la gomera le das en un ojo, preferentemente el derecho porque la córnea se desprende más rápido y la ulcera ocular le causa inminente desmayo, y ahí entra nuestra parte, justo en esa tercera escena del segundo acto de la cuarta didascalia. La primera fue cacería y herida; la segunda, matanza felinesca a palo, y la tercera ya no tiene líneas ni parlamentos porque todos estamos morfando y nadie habla desesperadamente mangullando, matando el hambre no con cualquier cosa sino con exquisita carroña de gato.

A los recién llegados como mi hija les digo: Ahora están en Buenos Aires. Estas calles los harán sentir como nuevos grandes. Las luces los

inspirarán, los conquistarán como Gardel conquistó Nueva York. En la avenida nunca hay toque de queda, las mujeres se prostituyen duro hasta las llagas.

Tal crisol, en la esquina vendiendo cocain, los predicadores orando a Jehová. Salve, Buenos Aires, la Reina del Plata; del Plata, la reina, mi reina querida. Les pido que sueñen como soñó el Diego por las calles de Paternal con su bolsito fuera de moda cuando iba a entrenar. Caminaba por Chorroarín porque se tomaba para ahorrar un solo bondi y bajaba en el escoriado y embachado puente Maldonado-avenida San Martín.

Las calles porteñas te hacen sentir como nuevo aunque sus grandes luces a veces te desgarran.

El Diego antes de desgarrarse por la Copa se desgarró por estas luces, porque allá, en Villa Fiorito, todo cerraba tempranito. En la Fiorito y aledaños no era apagar el calentador de querosén, el brasero que mató a tantos, era apagar lo poco que hay para apagar: un fogón, una vela, correr las frazadas de las ventanas y poner diario debajo de las puertas. Apagar y apagar y apagar lo que no hay para apagar: estufas, climatizadores, caloventores, splits, tiros balanceados. Todos maravillados y solo el Diego. Aquí encanto, postal plena y escabullante. Por ejemplo, cuando bajan las luces de artificio y marcan las nueve de la mañana, te vas a desayunar a la terraza de la costanera. Desde arriba, tremendas ollas porque todo lo que recojas va hacia una unívoca dirección: la olla, el juego de cacerolas, la lata o latón, donde con brasas se guisa. Un buen desayuno es paloma o palometa, pata y muslo, todito a la provenzal, siempre ajo en los bolsillos, comino barato y condimento para pollo más barato todavía. Pata y muslo con los huevos a la sartén, bien gringo. Encontrar zambullidores ya es un quilombo. Cachar las plumas, despiplumar, se te complica todo porque no tenés agua a cien grados. Lo hirviendo te ayuda a pelar. Recordar: todo lo hirviendo, todo lo quenchi, se pela solo, automáticamente, como entre patines, qué patines, como entre rieles. La H2O en estado bullicioso te pela garza o gallareta, marta o martineta, terutero, lechuzón o lechuceta. Nada falla con el agua un

pelito antes de que pase a estado gaseoso. Si te vas desayunado, ya no volvés hasta la cena. Sí, tarado, de noche, a la luna llena, tenés flor de caza. Ratas, muchas ratas. Ratas detrás de ratones. Excedente de roedores, zaparrastrosos roedores. Laucha, lauchita y lauchón. Por la noche, a la luz de las estrellas, salen víboras y culebras, murciélagos e iguanas. ¡Qué festín! Mulitas y hurones. Parecés el de *El resplandor* o el minotauro de Minos que andaba siempre con las mejillas llenas. Sos una fiera que se come otra fiera, como comadrejas coloradas u overos lagartos. Cualesquiera de estos bichos rehogados a la criolla te hacen chupar los dedos, las manos, los puños y los muñones. Te relamés, te relajás, les agregás un aperitivo y chau. Te vas de vuelta a tu casa, a tu morada, entre basura, velones nocturnos, colillas y diarios, a integrarte con lo coso. Sí, porque todo el día fuiste cuerpo en cacería, solo cuerpo y te olvidaste del alma. Con el sueño tu cuerpo se vuelve a enlazar al alma, dos caras de la misma moneda, significado y significante dentro de un signo, que es a su vez insignificado e insignificante. Dormís más tranquilo si te llevaste un cuis de humedal, una nutria o un ratón de campo. Te vas al chino de lo más orondo, de lo más campante. Te los friza y además te guarda los elementos culinarios como un depósito de muebles, pero no es de muebles, es depósito de cocina y un depósito de cocina te garantiza el no hambre, la no mala estadía, las no pesadillas, las enzimas y los jugos gástricos cantando como sapos en tu estomacal bolsa. Los ruidos de panza y del mondongo no te dejan dormitar, ni quinelear, ni vagar, ni divagar. Los ruidos solo te atormentan y se escuchan como graznidos de insatisfecha vecina en pos de su orgasmo. Pero dejando de lado las cantinelas del vientre y volviendo al tema de la incertidumbre que te da el hambre, te digo que te instales, te acuerdes de la reserva y te improvises una choza. Dentro de una choza todo es hogareño, agradable, tibio, dulcificante como palacio espartano cercado de muros impertechables y centinelas abominables. Nadie te jode porque nadie quiere entrar a un rancho lumpelandia. Jaime se hizo uno palustre en la Costanera Norte porque hay más lugar y tortugas. Poné una tortuga y tendrás una contundente sopa de tortuga. Contundente porque imaginate que si sobreviven desde el Triásico están llenas de nutrientes y algas marinas que se manducaron. Ya a las algas desde el siglo XII antes de Cristo las

conocían los chinos. Las intuyeron como fuente de fósforo, almidón y calcio, o sea, te digo, fuente gigante contra la anemia. Intuyeron y no le pifiaron. Lo mismo con el conejo del arrozal acá traspolado a nuestro ratón maicero, que te elimina el asbesto que absorbés de lugares, cañerías y calderas contaminantes donde a veces dormís. En nuestra ribera tenés que reemplazar conejo por rata, a menos que se lo robes al enclenque Matías que tiene un corral criadero Maciel adentro. Tenemos escuelita callejera, pero sin embargo todo es pirueta, vaivén, oleaje, surfaje en nuestra vida. Todo es complejo, es arte. Si le encontrás una lógica, vas en la senda correcta. Y como en el arte, si hacés que responda a un sistema, te procedimentás hacia la salvación, que no es otra cosa que el epifánico redentimiento y chau, pichi.

Yo había visto en las road movies que en las gasolinerías de Texas se acercaban los canguros. Cada tanto en la Shell de una durmiente avenida vacía te encontrás un animal bastante parecido a esos. Será que les gusta drogarse con gasoleínidos. El marsupial es una infraclase, es idiota, pero sirve porque vienen dos por uno. Podés invitar a comer a una señorita con una sola pieza de animal porque vos no la ves, pero dentro de la bolsa lleva una cría. A veces son más y hasta podés agasajar joya a tu suegra y a tus cuñadas. Aunque eso sería anecdotario. Acá el tema es que esos animales te mantienen vivo, sostienen de forma pareja y relajante los valores de tu tullido cuerpo equequeano de tanto acarrear bultos de esquina a esquina, de mudanzas de petates, de palizas y traslados a viciados paradores los días de plena tormenta. La iguana es antiestrés dado que te mantiene lento y acompasado, como lo es su paso, el ritmo cardíaco. El sapo te aleja del estreñimiento y el bolo fecal gracias a las moscas sapotróficas que lleva en su panza. El conejo te aleja de los movimientos involuntarios pos pasta base. La mara mejora tus reflejos de pique cuando afanaste. El canario es antitusivo. La vizcacha contiene el vómito para que al caer mamao no te broncoaspires. La lechuza lubrica los ojos, facilita el parpadeo. Son completitas, completitas esas bestias, cual rameras: además de dilatar tu pupila para estar en guardia las pesuquis noches al acecho, te traen suerte y arranque para tu vida toda. Deglución o tragar muy caliente porque te apuran en los comedores, te dan las preñadas gatas, por maternales y futuras

lechosas de ordeñe. Frecuencia respiratoria, el teruteru. Calor humano y temperatura corporal regular, el petiribí gemelo. No transpiración, no deshidratación, las comadrejas bizcas y jorobaditas por el más duro pelambre. Y si el tiempo es la unidad de la desmemoria, la niebla y el olvido, cada animal es la unidad de la memoria, la luz y el desolvido porque siempre te vas a acordar de sus ojos vidriosos por más necesidad de comerlos que hubieses tenido.

El tráfico de animales no existe en los pichicomes. Jamás caeríamos en eso con las especies. Usamos solamente el bichaje como comida para aplacar esa mugre de hambre que no se desprende ni borra como no se borraba la cruz de brea cuando te marcaban la casa los nazis. El hambre te sigue como el perseguidor de Cortázar. Te acecha como acecha Hammett a sus personajes oscuros de los negros policiales. El hambre es un crimen, es un decadente móvil, es un suburbio, es un bajo fondo. El hambre es un lugar de violentos relatos en una ciudad llena de anonimatos. El hambre se parangona con un detective negriento, como un relato grone, porque el hambre no es pulcra ni célibe, sino que se mueve con las mismas sórdidas manías de los que matan, y el hambre, como un detective, también mata a fuerza de puños y de fidelidad en su puntería. El hambre es una ficción paranoica donde un espía que te persigue tiene la certeza de que tu punto débil, tu kilómetro cero, es un esófago latigado y hambriento. Nos sentimos fugitivos que viajamos en un expreso para cruzar la frontera y, aun pensando estar a salvo, el vecino de asiento es nuestro enemigo, es nuestro oponente Propp, es un adversario mucho más activo que nosotros porque no padece hambre. Las personas de bien dicen preocuparse por nuestras carencias y desnutriciensas. Mierda, esos son meros narradores orales que le cuentan a otro narratario una historia escuchada pero nunca vivida. Nosotros no somos el lector sino el mensaje y tampoco somos el mensaje sino nuestra lengua materna, donde de pequeños se instaló el sintagma fónico *hambre* y toda su familia de palabras, a saber: hambruna, hambriento, hambrucón, hambresidad, hambriensucho. El cajetilla es el que tira, el que baja precios en la bolsa para financieras. El gatillero es el que tira, el que

baja de la moto de otro pendejo para afanancio en joyerías, anticuarios o estación de remisero. El pichicome es el que tira, el que baja torcaza, cotorra o cotorrita para olla de menudeos. Eso sí, no nos pidan que sembremos, eso sí no lo hacemos. No sembramos ni una papa, ni una batata, ni zanahoria, cebolla, cogollo o achicoria. Sabemos que con los tubérculos una rusa te podés confeccionar y hasta una ropa vieja si te quedaron requechos de otra comida con menudos torcazianos. No nos pidan sembrar, pero sí desalambrar porque todo terreno podemos tomar. No nos pidan que sembremos, eso se lo dejamos a los quintales bolivianos, a los cuales respetamos, a pesar de que se los conozca como el sorete de la tierra, de esta tierra que mejor se la metan en el orto porque es de los terratenientes, los grandes adueñados de nuestros incumplidos sueños y de toda la infancia argentina a la que no permiten alimentar. El Diez nos alimentó de diez. Nos alimentó a sueños, a utopías, Galeano.

El Diego ese Mundial lo jugó con cuatro pelotas: la de cuero, esa de Inglaterra-Argentina, con toda la pica; la de su tobillo infiltrado, hecho bola, círculo de dolor y fuego, y las dos que llevaba bien puestas en cada histórica fecha, que fueron todas, porque todas las fechas en que pisó la cancha se tornaron épicas.

El Diego me salvó de tantas viéndolo en la blanco y negro... Me gusta mi estado de enfermo y la enfermedad que me da la significación de enfermo, es decir, el tipo de patología que me tocó en suerte. Amo ser psiquiátrico porque ello me permite recordar, por ejemplo, efemérides inigualables como el día en que el padre de la Claudia le sentó en la nariz al Diego un pasaporte. Fue el primer pase que le pegaron sobre la cabeza del mastoideo: su hija en casamiento. Amo ser psiquiátrico, tanto como el día en que ganó la fórmula. ¿Cómo qué fórmula? La única que aceptó el viejo: Cámpora al frente, Perón al poder. Porque todo me embelesa: la política, el fútbol, la difteria, los cajones de madera del verdulero y la farmacopea aplicada a la psiquiatría en su justa medida. ¡Qué viva la psiquiatría, la pichicatería, eso de pichicatearte y endorfinarte siempre, de enlentecerte y apocalipsarte en coma farmacológico para saneo y planificación

mental! Un día el médico me dijo: Te voy a dormir, y fue entonces que aparecí sin saber qué había pasado durante esos once días. ¿Ven?, por eso me gusta este estado. En los hospitales hay que vivir un tiempo, pero solo un tiempo en coma. Un tiempo en coma y otro sin coma. Allí no hay hambre, hay caldos sin sal, puré lavado, polenta sin rallado y compota de pera y amarga ciruela. Ni sueñen con los orejones. También no pasar hambre tiene dos costos: uno, la lentejidad; el otro, tener que oír al personal de salud, dinosaurios, escuchar demonionidades, como ¡qué invasión de negros hay! ¡A dinamitar, a dinamitar, que el negro es negro mugre por convicción! El negro no es de Luca, ni de María, ni de Juan, porque el negro es un número, un gasto para el gobierno, un peso que se tira en la quiniela ilegal, donde siempre se pierde. En la 1-11-14 hay mercado de droga, por eso al negro hay que cocinarlo vivo, dinamitarlo y quemarlo a lo Arco, Ptolomeo y Galilei.

La enfermera de noche, Marfilina, me traía de su casa budín alemán. Ella, descendiente de alemanes de segunda línea, tercera, octava, mientras estuve dormido, reminiscenso que me pasaba por los sobacos y la espalda un trapo embebido en lavandina y alcohol al vinagre. La mugre a los nazis les recordará ancestralmente la grasa corporal.

Cuando salí me la pasé ayudando a todos para devolucionarle a la salud pública, aunque los médicos me decían: Pelotudo, no traigas más gente y no porque estemos colapsados, porque no queremos laburar, no deseamos contagiarnos con sus pestes virales.

—Usted se perdió, señora. Habrá salido a caminar y se extravió. Yo la voy a llevar de nuevo al Argerich.

Tenía una pollera desabotonada tipo pastora, que tapaba el camisón de fibrana naranja, que sobresalía un poco, pero sobresalía para dar bastante ese santo y seña de dejadez. Usaba una chancleta de paño enmendada y un zueco bonito en composé con la cartera, de donde descollaban dos agujas anchas de tejer y un marinerito a medio empezar. Chalequito de dos colores. Azul, blanco, azul, blanco y así y así, pero más corto que ancho. El tejido distraía, llamaba la atención penetrantemente. Si uno miraba bien, descubría que llevaba debajo del brazo como un almohadoncito amarillo, que en realidad era una bolsa de orina, porque salía una vía plástica desde lo que sería una

entrepierna porosa y flácida, padeciente de horas y horas a la sombra de un hospital que paradójicamente es presidencial, pero está vaciado. Nunca me respondió cómo se llamaba. Vi cómo entraba por el portón ancho de la guardia y no hice nada, para calmar mis ansias de hacerla entrar al hospital por donde se merecía, por la puerta grande, para sacarla volando del helipuerto del tercer piso y salvarla así del karma de la otra vieja: la internación, el coma, las desfondadas pelelas y papagayos. Ella se merecería, asimismo, conocer un sitio que nos tiene ocupada la cabeza a muchos de los fanáticos del aeromodelismo.

—Te estás asfixiando —dijo San Mateo—. Dejá de chamuyar. Dejá de berrear como becerro acogollado, que demasiado oxígeno es nesario para hablar.

—Sí, papá, callate te pido porque ya te pusiste en pedo.

—En escabio, hija, en escabio. Ya te dije, hija. No uses malas palabras, aunque Fontanarrosa, Dios lo tenga en su gloria, haya dicho esa paparruchada de que no existen.

—No todo fue resaca y no todo fue tranvía hacia la inanición. Lo sé. Nada de panza a puro caldo de verduritas que tira la bolita. No todo fue masticar la propia saliva para marinar el incisivo hambre que te sube como ondas desde tu interior bofe a la cara —desgajó el Cuidabañeras frente al Alirio y a Moira—. Yo tenía toda la facha de pendejo, diez años menos, cuando ya estaba rabioso de perro por la cocaína. Toda la noche me cruzaba de vereda pidiendo vino por Palermo para bajar un toque. Parece que a las travestis de Serrano, Honduras o Nicaragua las calentaba y me gritaban: “Che, venite a casa conmigo que te cojo de onda”. Terminaba con una y ni bien pasaba algo, ni bien mojaba mi picante nacho pecante, peinado de tanto andar, bajaba. Ni bien quería parármela nuevamente, la quería matar a la trava, esa misma que me había curado la herida de la autotortura cibouletteando con pollo picado, curry, canela, granola y amapola. La quería matar, la odiaba cuando me empezaba a hablar con esa voz de hombre. Después me daba vergüenza llevarla con mis amigos. Mirá que una era una trava re linda, como la María de la UNaM. Bella como maná, bella como un oasis en el desierto de todas minas feas,

esperpentos. Eran mi experimento cuando cruzaba los bosques de Palermo para ir a buscar hielo, me mandaban los boquenses turistas de la fiesta psico, no psicobolche, sino psico de lisérgico, pepa, LSD, cosas sintéticas que se enchufaban. ¿Cómo qué son? Son fiestas improvisadas al aire libre en el monumento de los españoles, Güemes o cualquier cosa. Decíamos que festejábamos un cumpleaños. Mostrábamos el documento truchado de alguno, la cédula trucada, un pasaporte gemelo y quinientos pesos, y el cana se iba, no jodía más.

—¿Qué quiero de vos con diecisiete años, Moira? —suplicó el padre bajo la forma de pregunta—. Que no caigas en esos disparates, en esas inútiles desproporciones de fandanga que prometen la llegada de la alegría en cariocas playas, en Victoria's Secret, en concreciones de amor, de un amor desbocado que no llega y no llegará, como no llegan esas olas, las más turquesinamente vibrantes, las más poseidonicamente fuertes para los que surfean. Que esperen ellos las promesas meteorológicas. Vos no esperes porque ya lo tenés, porque todo lo que hacés es magia, hadas y aldabas perladas, ostradas, diamantadas.

—Ante todo, muy pero muy buen día. Hoy, en este medio de transporte, vean lo que les traje —pregonea el Ozuma, vendechocolate —, ya les invito, como siempre, a ver la fecha de vencimiento de las nuevas barras de chocolate. ¿Quién más que lo quiera seguir aprovechando? —pregunta. Al pichicomeo se dedica. Otras, al ambulanteo o volanteo. Se calla el pichi y sube otro chanta.

—Una banda de aceitunas tenía anoche y las vendí.

—¿Y ese bidón?

—Como los de la línea no me cobran, me pidieron que, para que no les saque la roja el chancho, tenga algo en las manos. Llevo agua con salitre y si pregunta le mando fruta, no fruta, aceituna, digo que acabo de vender la última aceituna.

—¿De qué color vendés?

—Bicolor.

—¿Mitad negra y mitad verde, clonaron una en dos?

—No, bolas tristes, mix de aceitunas. Se lleva todo en una bolsa,

negras, verdes, rellenas de morrón, rellenas de palmito.

—¿De dónde sos? —inquirió el langa.

—Soy el Mula, no por mula de transa, sino por mula de mulato. Ahora no se nota porque me emblanquecí por una prueba de laboratorio para el vitiligo.

—¿El de Jackson?

—Exactamente, pero el grone lo hizo por traidor a los de su raza, yo por guita para los de mi apellido y raza. Pero vivo tranqui, soy el Mula de la Villa Wilde, el sitio que tiene forma de herradura. Tapia y vereda rota. Metí una chapa en el inodoro. Ahora cuando cagás no se llueve. ¿Vos?

—Soy comprapiedras y vendechocolate, que es lo mismo: dependencia. Finalmente, abandono todo, me voy. Mi mujer se va a Miami como niñera, por ejemplo.

—¿Vos?

—Ni la más puta. Anteayer esto lo vendí como anillo antirrobo, pero es un anillo anticaídas. Ahora la estrategia de marketing es apelar a la inseguridad.

—¿Y anticaídas de qué mierda?

—Del celu, bolas, de qué va a ser, de celularia. ¿Tan difícil es? Tenés que pensar en gigante, en M de marketing, en esa fabulosa mayúscula y grande panacea del universo, del mundo, qué te digo del mundo, del mapamundi, del globo terráqueo entero y elementalmente abarcador de la unidad. La unidad trae plata: pura ley de atracción.

El Ozuma ahora es pichicome de tiempo completo. El pichicome es una estatua de pañolenci. Apelmazado cabello al cuello, apelmazados omóplatos al bulto giba cuadrante derecho superior dorsal. Decir dorsal no es lo mismo que espalda. La espalda es algo digno donde los seres se cargan el medio burgués: el ascenso, la puntualidad y los créditos. El dorso es de animales en yunta híbridos, de petisos de poca monta, de secos bebederos, de desbastados invernaderos, de tumoraciones genéticas, de bífida y pétrida columna, de hueca médula sin masmédula. Hay que ver el dorso como sinónimo de animales que no dan proliferación, que van a cara seca y costrosa de incertidumbre,

al aire libre, abandonados a la buena de míticos dioses, sostenidos por una vez de otros vagabundos que como ellos nazcan. Tiempo, árida tierra, sensual insolencia e irrecuperable conciencia, que es cuasisinónimo virando casi hacia la hiperonimia, por lo tanto, la locura inversa, inmersa en el fórmico.

Sea como fuere, el linyera estaba ahí dormido al Lezama lentón tres de la tarde. Sea como fuere, el lumpen llevaba montado sobre sí un pajarito de medio metro, pesado y sobrio, que el otro animal, no el ovíparo sino el mamífero olvidado al aire libre, no percibía, como a la sed, ni por asomo. Se trataba de un carancho. Con la macrisis, el Gobierno de la Ciudad, para no gastar en pesticidas, soltó hacia la cumbre del cielo unos caranchos y así equilibrar la cantidad de murciélagos con rabia que había dado cuenta el último censo. ¿Qué se podía hacer si él no hacía nada? Si se mantenía tumefacto con embalsamada parálisis. Un poco dormido o un poco en el más allá, pero en el más acá, como en fuga o semifusa de concierto brandemburgués, como en intergaláctico mantra o megacósmico trip chamánico, se oxigenaba bajo todo parámetro conocido cual cataléptico. No era ni obvio, ni hongo mexicano, ni una producción bóstica y alucinógena. El tipo era así, constantemente, como ya lo dije, todo el tiempo, emulsión y polvo solar. Así y a la mierda con lo porvenir, las preguntas o las banderas. El tipo era así, a puro arranque por propulsión de rebenque.

El tipillo ya había llegado al mínimo de sus umbrales respiratorios, cardíacos, nerviosos y sensoriales. Había bajado a menos treinta su perspectiva como sus deseos, adalides y hambres. Ya no era perceptible ni para él ni para un galeno. Ningún paramédico podría descifrar siquiera en aquel sujeto la cera que divide el silencio eterno del devenir cotidiano y del mercadeo.

Con hipotermia, hipotensión, hipoglucemia, hipocalsuria y bradicardia por desfibrilación, ya no era de aquí ni de ninguna quebrada, como de la que un día partió. No había ninguna quebrada, terrón o piedra por el que volver para él, pero sí para el carancho, que no era quebrada, pero sí Reserva Ecológica, donde había dejado huevos, pichones y pajas enteladas, entretejidas, qué más daba, lo que era lo mismo al ritmo vital de los seres vivos o la biósfera o la

macroesfera, que este buen hombre ya había perdido.

Ni microfibra le quedaba, ni decepción, ni ganas de partir, acostarse y olvidarse de sí, porque todo eso demandaba un afiebrado trabajo, un jornal muy pesado y mejor quedarse así, cascotera seca, astillada costra, arenal muerto en la calcinada aridez de tosquera, salar gélido, momiandez parroquial o desértica, comadreja en la que habitaba como liberto.

Dije que el tipo, cero hambre, cero calor, cero positivo. El animalote tenía mucho por llevar a sus críos. La ecuación era perfecta: la nariz estaba abierta y llagásica por una rosácea infecta o una tumoración de acumulación ventosa solar, lunar y desiertal. La ecuación era perfecta: un espantapájaros y un poeriano cuervo de catálogo. La ecuación era perfecta: el carancho picoteaba una mecha de esa fibra nasal que asomaba, rebotaba ahincado en su deleite, abría sus alas, revoloteaba un cacho y volvía sobre sus pisadas. Con dos picotazos a lo bataraza alcanzaba, hacía un planeo radio sobre el sórdido personaje campaneando el momento clave, el cúlmine segundo certero. Volvió. Le tocaba comer a sus críos. Unos fibrones musculares y alcanzaba, unos desgarrados tejidos mal cicatrizados y ya. El tipo ni se inmutó. Vaya a saber Dios si lo percibió o si lo sintió menos, como un acercamiento extraño y un tabique nasal pelado, expuesto. La cara comenzó a sangrar como gruta de Lourdes al tiempo que el carancho aleteaba hacia la Cruz del Sud a toda velocidad y planificación davinchiana hacia la costanera. Se cumplió lo de Campbell y el camino del héroe. Darwinismo no entre comillas sino al máximo exponente. Que se sepa que dije y dejé asentado, en un humilde, pero no por eso menor homenaje, que aquí no es el sur sino el sud, como el sud de la fundación, el sud como lo denominaron los antiguos maleantes que llegaron de Castilla y León, como el sud de la nave Magdalena. Pero acá la cotidianidad no parafrasea a la manuchense estética del texto “El hambre”. No era un hermano comiéndose a otro sino a varios. Tampoco se trataba de un vampiriano bramstokense. Se trataba del dispararte de la maceración, de la destrucción, de la división impertinente, de la desfragmentación, de la desmantelación. Se trataba de la ruptura en todas sus formas de manera impertrechable, incólume, rígida, hinchada y engrosada. Se trataba de la suspensión en

alegoría de ave con el símbolo de supervivencia depravada, feroz, truculenta y perversa para unos, pero en un alto grado de clemencia y piedad, separando el apelmazado hueso del cuello, los apelmazados omóplatos en la giba, como el tronco a los miembros y el cuerpo que sirvió de convite al preludio del ánima gracias al chacal, que no era chacal sino máquina picudense para hacer pedacitos de pichicomes estatua.

—Ay, ¡qué fruta tan sucia es la sandía! La tenés que comer sobre un cartón y una bacinilla con un asa.

—¿Qué pasa, hija?

—La sandía es la barbarie por la barbarie misma. Está el tema de la chorrera, las semillas, los salpiques y la cáscara sucia por enterrada en pútreos lodazales putos.

—Hija, vos no hablás así.

—Ay, sí, ¡qué fruta tan sucia, tan ordinaria y guasa!

—¿En vano estuve hablándote del hambre?

—En cambio, ¿ves?, el melón es tan distinto, tan distinguido, tan primoroso y modosito que te hace comerlo en almibaradas cuadrículas con cuchillo y tenedor, servilleta, decoro y recatación.

—Hija, acá se come lo que hay. Todo lo que aparezca en un plato será para venerar e idolatrar. Los pobres son hueso de puro pobres, no de pura anorexia. Las negritas pobres no conocen de esas patologías de nutrición: bulimia, anorexia, purgación, donación de sangre con fines de disminución de peso hidrolítico. Las negritas no son delgadas de anorexia, sino de hambre, desnutrición y desdentición. Después están las pobres diablas, las negras obesas. Pero no es obesidad por sobreabundancia nutricional y alimenticional, sino por lo que dan en los putos bolsones: fideos, harina, polenta, manteca y grasa. Pella, pan de grasa.

—Él venía dentro mío, él era yo por estar dentro mío, en esa zona de clivaje, de dorada penetración y olvido. Cuando todo termina hasta el más inconcebible de los imbéciles sabe que cada mujer fue y volvió

a un pueblo que ella solo conoce, donde hay un paso nivel, un pequeño puente en la entrada, unos rosados chaperíos de casa, algún animal flaco y diez o quince perros desparasitándose, sobándose, friccionando el ano al terrón bajo el sol de la hierba. Cuando el clivaje termina llegado el parto, todo huye. Ahora que a mi niño el Carmelito lo han muerto, el paso nivel se corta y no tengo ahorros para su entierro.

—No se preocupe, doña Madero —le dijo el Alirio a quien tomara su apellido del barrio para empaquetar su traza como las fastuosas habitantes—, que yo le pido al quinielero Durazno que no ponga la torta. Para él transfugada más, transfugada menos no cambia nada. Hablo con el Durazno u organizo la colecta. Sí, mejor porque en este país tenés que adivinar no solo qué número, sino a qué hora, en qué quiniela, por qué empresa, si por organismo nacional o privado, porque hay varias quinielas, demasiadas para un adicto al juego que pone una ficha en cada una, con un número que palpita, palpitó en un sueño o palpitará cuando lo agarre pleno.

—Papá, puedo pedirle el monto al exmarido de mi madre —dijo Moira mientras caminaba con su padre.

—Ni se te ocurra acercarte a ese imbécil. Por acá no hay ningún monstruo como ese.

—Papá, ¿quién le destruyó la vida a esa madre extrayéndole a su hijo, el Carmelito?

—Fue el Mula. Crimen pasional, aunque el Carmelito no terminaba de salir del clóset, meta entrar y salir del mismo, en una de esas se enamoraron hasta decir basta, hasta la enfermedad, la inmundicia y la excrecencia.

—¿Llegamos?

—Piedra abyecta, abierta, fracturada, todo el Once y sus fastuosas emperifolladas telas te tendrán como cometiana estela. Hija, esto es Once: piedra abierta como ahuecado adoquín, como S hacia lo interno, como arrebato de cal a lo profundo, leguas de viaje submarino, como luna para dentro, como uva para afuera, como patético escrache hacia el costado distante del costillar sublingual. Piedra de par en par junto

a piedra abierta. Todo lo que te entra como amebas del mundo de las hipónimes hipotemas, las sinonimias, las hipernominias, las seudónimas, las animias, las ánimas y los actos del mundo de las sueñeras ideas, alucinaciones o quimeras. Yo me quedo con el material que para mí es el de las esencias, el menos superficial, como el de las noxas opiniones abyectas y eternas del grande entre los superlativos totémicos gigantes, el que guía las almas y sus deudas, los conceptos y las prebendas, las estaciones y las Nereidas.

—Papá, ¡qué lindo lugar al que me trajiste a ver!

—No vinimos para ver, sino a comprar: no te compres un jean elastizado, comprate dos para el festival velorio del Carmelito.

—No, entonces te acepto un conjunto de jean y campera.

—Y una cartera.

—Que sea mejor remera.

—Remera y cartera. No podés seguir con ese morral de hilo que te regaló tu admirador, el hippie mantero de la feria artesanal de Caminito. Comprá, pero no te olvides de los adagios del hambre.

—Parecés un fanático fundamentalista del hambre. ¡Basta!

—La mejor donación que les podés dejar a tus hijos es la castración. Doná castración, decía Freud. Almita, vos comprá y yo, chau. Me voy con las tres P: Perón, pan y patria. Me voy con las tres T: tierra, techo y trabajo. Me voy con las tres P, pero no las de la dieta, no manducar postres, polenta y pastas, sino con las tres P de papas, postres, pastas, que nunca se manducan, por eso te digo que la castración es la mejor donación que les podés dejar a tus hijos y a los hijos de tus hijos y a los hijos de tus hijos de tus hijos y a tus choznos y a tus bichoznos, tri o pentachoznos. Tuvo que sacarse una lengua para darle de morfar a sus pibes. Lengua al espiedo, lengua al escabeche, lengua a la napolitana, lengua a la boloñesa, lengua salpimentada, lengua a la Caesar, lengua mechada, lengua panceteada, lengua ciruelada, lengua fileteada, lengua fileteada de atrás para adelante, lengua fileteada de delante para atrás, lengua a cuchillo grueso, a cuchillo corto, a cuchillo sin mango.

—Un día, Moira, voy y lo boxeo a ese impresentable que eligió tu

madre porque a ese arte olímpico lo dominamos, aunque desde abajo. El boxeo se dirime arriba del ring; el pichicomerío, la contienda palo a palo con el hambre, abajo, en cada árbol caído de plaza. En el boxeo hay dos mitos: el del tabique roto y el de la situación de Troya. Para empezar, no es como se dice que para subir a un improvisado cuadrilátero por primera vez ya tenés que hacerlo con el tabique roto, previamente quebrado por tu sparring entrenador en un round iniciático.

—Ni se te ocurra, viejo, porque si lo hacés te meten inmerecidamente preso y vos no te lo merecés.

—Ya tengo varios tabiques quebrados por las setentosas hijas de perra botas. Me hubiera gustado que me desvirgaran el naso en el boxeo. El tabique se te triza en el primer round que te metés. Otra, es que subido al ring no hay ninguna Troya que deconstruir. Allí arriba no es una guerra, sino una metabolización de carnes entre dos seres con frenillo de boca, tope de orejas bien calzado, guantes, botines sin estreno. Todo no es luchar para amansar al contrincante o pegar para el noqueo en el baile. Claro que, si se le prodiga un baile al otro, todo no es llavear ni bloquear. Todo es cuestión de guardiar, de mantener la justa guardia entre el ser y la nada, entre el aroma y el abismo, entre el cubículo donde te movés y la gloria que a tus padres les prometés. Yo a mis viejos ya no les puedo prometer nada, pero a vos, Moira, sí, te prometo que a ese gil me lo voy a comer vivo.

—Por eso, papi, vos lo dijiste, todo es cuestión de guardiar, de mantener la justa guardia entre el ser y la nada, y ese tipo es nada, no existe, next.

Para el púgil todo no es cuestión de golpiza, sino que es cuestión de controlar las tres situaciones: la situación de arriba, en las cuerdas; la situación de abajo, en el público, y la situación emocional, o sea, la del bocho. Es mentira que una lona es una lona. Una lona son tres lonas: la lona donde encarnizadamente te la dan, la lona en la que están esperando el resultado tu entrenador y tus apostantes, y la lona de los recuerdos y de los golpes, ya que por cada golpe se pierden quinientas neuronas. Así como en la lona es en la calle. Se pueden parangonar

ambas porque ambas se parangonan y punto. A las pruebas me remito, siempre anda como solo pinta el gran Favio, algún Gatica II por aquí, caído a menos como personaje de *Las de Barranco*.

Para el pichicome todo no es cuestión de pedreras, sino que es cuestión de controlar las tres situaciones: la situación de arriba, en la calle; la situación de abajo, en la vía pública, y la situación emocional, o sea, la del bocho. Es mentira que una calle es una calle. Una calle son todas las calles o, mejor dicho, tres calles. La calle que da más a la calle. La calle donde están esperando el resultado tu compañero de vague y tus apostantes, los blancos católicos que quieren verte desnuqueado, más que desnuqueado noqueado, más que noqueado muerto con tu yelmo, más que muerto con tu yelmo remachado. Y la calle de los recuerdos, los golpes y las borracheras, ya que por cada golpe se pierden quinientos recuerdos, los mismos que se recuperan por cada borrachera. En el boxeo, la victoria se obtiene dejando fuera de combate al contrincante. En la pichicomería, se obtiene dejando fuera de combate al hambre.

Todos piensan que es cuestión de subir y golpearse, pero todo es cuestión de subir para encuadrar, espaciar y afinar, como en el pichicomerismo cuando te subís al pichicomerismo.

En el pugilismo y el pichicomerismo es como en Maquiavelo y Bonaparte, pero al revés, es estrategia al cuadrado porque Bonaparte tomó los maquiavélicos mandatos a pie juntillas, vale decir, lograr anudar al adversario hasta anularlo, hasta ovillarlo y estrangularlo sobre sí mismo. Es Maquiavelo del libro al verre: genuflexionarlo hasta llevarlo a un suicidio en la plaza pública. ¡Hija, agarrá *El príncipe*! No es cuestión de destrezas al adversario. Es como dice el antimaquiavelismo, pero con algo de maquiavelismo: no debe llevarse a nivel de trizas sus nervios hasta acostarlo y dominarlo. Por el contrario, hay que trabajar para que el enemigo se luzca, porque ahí es como en la cama: si se luce la amante, se luce el amado; si se luce el enemigo, se luce el enemigo de ese enemigo. Pero vos ¡ñaca de amantes! No sepas de amantes, vos nunca te metas con un hombre casado, jamás le des golpes bajos a una constituida familia. Y lo otro,

si la jermu verdadera se entera, te amasa. ¡Te la da otra que Galíndez! Hija, no te dejes ser la segunda de nadie. Vos no naciste para migajas porque vos naciste para eclipsar la órbita entera.

—Moira, vos mi fino anillo ceibo rojo, mi fino anillo ciervo azul. Yo, en cambio, mi propio centro de detención clandestino. Soy mi propia obra de arte andante, soy el exconvicto que pasó su vida en penitenciación, pero que, en vez de penitenciario hecho de púa, era penitenciario hecho de calle, de mala calle. Está la calle buena y la calle mala. La calma, y la de pleitos y querellas, y a decir verdad no me la vi bien en mi etapa más dura de borracherismo. Dije está la calle buena y la calle mala. La calle mala se describe de una sola pincelada, la calle buena es esta, la que te comparto, hija, como legado disfuncional. ¡Hay tantas cosas, hija! El pibe limpiaparabrisas calcula algo que conozco agudamente, algo que se llama tiempo, pero un tiempo interno, no de agujas o celulares. Sancocha el cepillo en el sucio y burbujeante menjunje y sale a empatarle a la vida empatándole a la calle, por medio de empapar vidrios. Pero ¿qué es exactamente un período corto o largo? Genios, son unos genios, y ese en particular es un capo: cumple en tiempo y forma por menos de un morlaco. Moneda por un hola, un te miro a los ojos y mirá los míos. La prisión no te habilita, ahí nadie habilita a nadie. Nadie rehabilita a nadie. La calle no te habilita, ahí nadie habilita a nadie. Nadie rehabilita a nadie. El pibe no sabe nada de padre rico y padre pobre, no sabe nada porque si lo supiera se daría cuenta de que con esas miserables dádivas no le da ni para reponer un sachet Armonía —como si la armonía existiera—, ni tampoco para reponer detergente Héroe si quiera. El pibe que limpia parabrisas soy yo, no puedo darte mucho, hija, solamente algo que se llama tiempo, pero que es un tiempo interno, no de agujas o celulares.

—Papá, ¿sabés cuántas chicas quisieran que les den este tiempo que no es de aguja ni de celulares, pero que es un tiempo hecho de tiempo, de neto tiempo, de nítido tiempo, de límpido y puro tiempo, de cepa traslúcida y tersa que vos me das a mí? Por eso y por más, muchísimo más, porque sé que vos me darías tu propia lengua para que yo me la

coma a la vinagreta, me darías tu propia falta de sueño para coserme, plancharme ropa o llevarme a bañar a lo del Cuidabañeras, vos sos mi tehotiguatanense pectoral, mi labrado broche maorí, mi yucatanense perla de collar —dijo al tiempo que le obsequiaba un dije de corbata bañado en alpaca.

—Hija, yo confío en vos, pero ¿de dónde sacaste esta vuelta la plata si no alcancé a juntarte tu mensualidad en monedas por latas aplastadas?

—De malabares en avenidas y semáforos.

III. Diego padeciente y la schespereana sombra de hambre y Flechas empapadas

En la calle Azamor se levantó la casa, Moira. Azamor, misteriosa conjunción entre azar y amor. El azar que fue el que destinó el talento, por entre los arteros talentos conjurados, eligiendo como único receptor al Diego. El azar a mí me dio una hija, bálsamo de Asia Central para mis días de indómita saña, eucaliptada citronela de pléyades para entrar en ensoñaciones bellas. El azar que a él le dio tanto los dones como el hambre, como la posterior saciedad y la gula por la buena mesa y el chef de Versace que se contrató en el Napoli. Gula por el chupi, gula por la coca, vale decir, la gula, madre de todas las desproporciones pensadas e impensadas, existentes o por existir. Sí, excesos, lo que es igual a decir que hambre y gula son los elementos que se reclaman constantemente. Que hambre y gula son dos caras del mismo carcinómico término, que hambre y gula son anverso y reverso del mismo significante, lo que es análogo a decir que son entre sí reclamantes forma y contenido, dependientes figura y fondo. ¿Cómo que cómo? Lo dije, gula es sinónimo eclipsado de hambre, que refiere a que la gula es lo que fue el hambre o que la gula es lo que lo llevará nuevamente al hambre, porque el hambre es el vacío que se llena con cualquier cosa que se pase a tener a mano y que en el caso del ídolo era a nosotros, como el hambre que venía del hambre. Hambre que le venía del hambre de su padre, sus vecinos y su abuelo. Hambre de su desnutrido padre correntino, luego devenido obeso, y de su esquinense madre desnutrida, luego devenida obesa. El hambre de su padre, que antes de ser el padre del ídolo fue lanchero de modesto laburo, abúlico por ir llevando y trayendo animales de isla en isla cuando el río crecía. El hambre de su padre, que antes de ser el padre del rey Minos fue agotado laburante en la molienda, obrero de sol a sol insuficiente para llenar la olla, lo que lo trasformó en padre insuficiente, que vaya a

saber por qué cosas de la vida se invertiría el término que para algunos se llama racha y para otros, echar buena. De padre inoperantemente insuficiente pasó a tener un proveedor hijo suficiente, justicia divina o bichita doxa machina.

Pero, mientras tanto, el techo de chapa era gemelar sinonimia a hambre. Los días de lluvia eran igual a hambre, los agujeros del techo de chapa eran hambre. El piso de tierra, los tachos debajo de las prominentes y tormentosas goteras eran hambre. Palabras más, palabras menos, las manchas oscuras como bichitos del piso de polvo devenido en barro eran hambre. Tirar el agua por la ventana era hambre.

Hambre viril frente a impotentes sapiens o impotentes lauchas. Laucherío maradonial impotente. La impotencia era ir al fioritense quiosco barrial y al mirar los precios de cada cartelito leer hambre, hambre, hambre, si se sabía leer, si no se lo intuía. Cada número romano te gritaba hambre, hambre; cada glucósido y almibarado deseo incumplido te echaba a patadas del mostrador con una escoba engomada y rotulada con la hija de puta expresión hambre, hambre, hambre porque la escoba barre la suerte y deja imperenne el incólume hambre.

Hambre indeleble doblando los delebles alambres para entrar al fogón del endeble ranchito, endeble por insuficiente para calentar el ambiente y la olla vaciada de enguisado pescuezo. Cerco de alambre, una cocina y dos dormitorios para dos adultos, tres menores y una embarazada perra fatigada de hambre. Hambrientas paredes, hambrientos compartimentos, hambrienta cocina económica por vaciada garrafa y nula blanquería. Las sábanas hacían de manteles. Las fundas engrasadas por cuero seborreico hacían de toallas. Cero Alcoyana toallas, acolchados y sábanas. Sí frazadas duras y pincheagudas de Sáenz, allá por Pompeya. Hambre de agua corriente. Lavar los platos o bañarse eran paralelismo del hambre que producía el arrastre de los tanques de aceite de veinte litros llenados a tope en la única barrial canilla, siete cuadras comunitarias en zigzag, primer tramo, y a la derecha, segundo tramo, llegando a destino frente al poniente, porque cuando se ponía el sol, te ibas a dormir demorando el hambre nueve, diez horas. Todo eran cuerpos coreografiados

pantomimescamente en el acarreo. Todo eran movimientos lúdicos en el traslado del agua que completaba panzas de base a píloro. Todo era un juego, una pulseada del hambre.

También había contraprestaciones del hambre como faustamente contraprestador. Don Diego tenía el rastrojero del Yayo. Nosotros, la chata del fletero. Los cebollitas junto con don Diego y el Pelusa, a la palestra, se montaban hasta el tope al rastrojero. Nosotros montamos nuestras chapas, gitanesca colchonería y algunos fierros para reventa a la chata del fletero. Lo de ellos era todo prístino, genuino futuro con cara de Copa del Mundo que se levantaba frente a su copa de leche. Madre peronista. Lo de nosotros nunca tuvo más sueños que los de un mamerto. Ellos iban montados de dorapa, agarrados por esas manos pequeñas con sabañones del frío al chapón del guardabarros, montados a pelo al estribo, indiada a pelo a cielo abierto sin ni siquiera enlonada capota para lluvias. Ellos, así. Nosotros, todo igualito, montados a la chata, a la parte de atrás, la que no se ve y se opaca.

Para vos, Moira, valga este texto que ya se hace novela de inicio entre nosotros y el Diego, alegoría coral de harapientos mineros de minas vaciadas, carboneros apeadores de bostal pedrera o tratado de amor cortés entre el hambre, los reyes y los perejiles, cuento de horror, desafortunio y oprobio. ¡Loco, no existían los pilotos para lluvia, los colchones ensabanados ni la carne para el Pelusa como tampoco para nosotros! No existían achuras ni galochas, todo se cocinaba a pata, cuadras y cuadras a pata, patas a sus anchas. A pata iba el Diego por fiado a almacenes vaciados como nosotros a paradores donde no somos bienvenidos, que es sobre lo que más sabemos parafrasear, porque nunca somos bienvenidos.

La vieja del Diego se meaba por su hijo. Lo enviaba a comprar cinco guitas de falda, aunque solo fuera para darle saborcito al morfi, para matar el gusto a agua del adornado puchero con tres zanahorias, medio apio, chimichurri, nabiza rallada y espolvoreado con harina de maíz para espesarlo. Pero el día en que había un cacho de carne en la mesa, el más gigante era para él, y a sus hermanas les atiborraba el plato de ensalada para disimular. Las chiruzas de Fiorito, el Docke, la Rodrigo, Maciel o La Boca masticaban lechuga como locas.

—¡Tus hijos tienen la maldita costumbre de comer cuatro veces por día! —decía don Diego.

—Acordate que, de esas cuatro, tres veces son cocido y azúcar —retrucaba la madre, la Tota.

—Sí, pero igual contabilizo cuatro si hay arroz con leche de postre o chicharrón en galleta.

—Deberían ser más contundentes —decía orgullosa de que les había introyectado el hábito de las cuatro comidas diarias, aunque más no fuera para verse los perfiles los hermanos y ellos frente a frente, las manos con esas uñas mugrientas sobre la mesa apoyadas y hacerse gracias con las caras, reírse del olor a pata o revolear arriba de la mesa oreada la Pampero y a la mierda con la azucarera de lata.

Hija, por si las moscas un día te viene un varón, deberás estar provista porque, aunque me digas que no, un nene no es similar a una nena ni por las tapas. Deberás tener parches de caucho por si se encuentran pelotas, focas inflables, pelopinchos y cámaras neumáticas, para pegarlas antes de revenderlas en el mercado de usados, a menos que tengas dos pibes y se guarden las tres primeras para el segundo. Recauchutar aun abandonado en la puerta de casa después de la siesta y rezar para que no haya sido evacuado por cumplir sus siete años porque eso trae yeta.

Deberás tener serrucho para sillas, taquitos para nivelar mesas, bolsas para guardar perchas, pintura para la casita del perro, tijeras por si hay piojosidad para que con el pelo hagas almohadones y almohadillas para alfileres. Deberás tener estropajo para las patas largas, jabón en polvo para los peluches, tiza rallada para blanquear zapatillas, lonas, pinturas, asientos para bicicletas, antioxidantes para mercadiles carritos de compra, lubricantes para flejes de chango y pan de jabón para fregar las remeras y los calzoncillos del padre. Ya que los pibitos de la casa no usan, porque así está bien, porque sobre la piel va derecho viejo el shortcito, que no te aprieta ni te trava como adversario la gamba, que va creciendo empeludándose.

Esto que hacemos nosotros ya lo hacían don Diego y la doña Tota. El papá recorría los basurales de los más ricos buscando pelotas y

recauchutaba el cuero con parches cosidos a punta de aguja colchonera.

—Si tocás a mi hijo, te mato —dijo la Tota un día que se asomó al campito.

Un virola fulano de no muy torcida jeta, con la pera para la izquierda, zangoloteaba al Diego, reclamando una supuesta pelota suya encontrada por la cebollita pendejada.

—Me desperté abrazado a la pelota. Era blanca, número uno, chiquitita.

Aunque si el Diego metía una sola patada en las bolas de un tercero, lo castradamente estropeaba. La mamá, per se, lo defendía a muerte, lo escudaba a morir. Tenía acérrima debilidad por él. En una vuelta la desobedeció y se fue a jugar al fútbol. Volvió hecho un desastrastroso pastón, con las zapatillas Flecha que tanto habían costado, ¡un Perú!, todas sucias y rotas porque se había caído el cielo. Su viejo, con una calentura bárbara, tendió a fajarlo porque al otro día se lo probaban al pibe en Paternal. La Tota vino a las zampadas, lo agarró patillas abajo y le dijo:

—Si torteás a mi hijo, esta noche cuando duermas te finiquito de un abrir y cerrar de ojos con un filtro no de amor sino de hiel y odio que hace doña Imelda Felpa.

—Iodo, dirás, viejita. Esta vuelta yo me encargo de cuidar las zapatillas; vos, de que no lo muelan por las pelotas.

En esa época las pelotas eran así nomás, no tenían cámara para airear adentro. A quién carajo le importaba una pelota inteligente si así pesada y todo como un quetán, el Diego la flambeteaba. Una vez hizo las delicias en una muestra con un tronco de quebracho de durmiente, el árbol más comprimido y resistente. Ma qué exhibición, muestra. Muestras instantáneas como por generación espontánea meramente en un perdido potrero de villa. Las exhibiciones son para las afanadas reliquias de Keops en vitrinas londinenses del mercado negro, en el Louvre o para los mármoles de los próceres intocables e intachables, y el Diego era bien tocable, es más te tocaba él abrazándote. Y de intachable, gracias a Dios, tuvo poco, porque es de carne y hueso y tiene mucho de nosotros, es buena gente.

El papá de Diego con los parches y el betún para los botines

brillantes. La vieja con las almohadillas para alfileres siempre estaba remendando la bolsa de tela de pan fresco vacía, que era la bolsa de pan duro, junta de ladrillera que pesaba toneladas. En vez de criollos o felipes eran tornos, la agujereaban. ¡Miñoncitos, las pelotas! Pistones removedores de espuelas. Zócalos que en vez de rompeportones eran rompemuniciones de carga, te lo decimos nosotros porque conocemos de eso al igual que de milanesas de cartón prensado. Estaba el otro pan más amigable, el pan para blanquear las remeras de los pibitos al sol y asear los trapos para limpiar el barro de las pelegrillas —por peregrinos y poligrillos— suelas y tacos. Con esos tacos de mocasín, porque las zapatillas no las usó ni por puta, ni siquiera cuando el Diego le traía las mejores de Emiratos, andaba en lo mismo que nosotros el padre, meta buscar abandonadas bicicletas, pero aceptables. Se las pispeaba a los vecinos, aquellas que veía en el galpón arrumbadas, cuando andaba oteando como quien no quiere la cosa, por los fondos aledaños.

Don Diego sabía que el Diego le andaba escribiendo una carta a Melchor, Gaspar y Baltazar. Pero eso de esquelarse con ellos era de todos los años. Pedía una para cada uno, pero para él la bici montañera, para empezar a lucirse no solo en goles, sino también en kilométricas fantaseadas wilis. ¡Se la iban a traer el día de la escarapela! Era duro, la bici nunca llegaba. Su hermano el Turco, otro cebollita, que lo describía como un enfermo del futbol, un marciano, le había explicado que los reyes se correspondían con los barrios. Los barrios ricos tenían reyes ricos y los asentamientos pobres, reyes pobres.

—¡La pucha, una vez podría confundirse el barba —decía Dieguito— y mandar al verre!

Eso pasó cuando el padre entró sigilosamente una madrugada plagada de mosquitos y apoyó una bici al tiempo que esparcidos espirales.

Cerrando el asunto, porque te me estás quedando morsa, diría que todos los pichicomes tuvimos una vez un trabajo y como el Diego no funcionamos. Claro que él no funcionó en el primero, pero dejó enceguecidos con sus esplendorosos firulos de tapones, toques, gambetas y rabonas en el otro, porque él era una máquina del fútbol.

Él era como el gran Migré, escribía y vendía libretos, pero no para ser enunciados en gritonas telenovelas a pura voz, sino a pura gamba, tobillo hinchado, deformado empeine infiltrado. Pero ¡qué plato, que flor de plato, lo que te voy a contar, Moira! ¡Qué gracia nos da que su primer trabajo fue a los trece años como exterminador de cucharachas, como nosotros, del puente San Martín! La única diferencia es que a él la empresa le daba sobres con veneno para las rejillas y los rincones, mientras que nosotros hacemos el desinfecte meta zapatillazo, plantazo de suela partida, pisazo de mocasín, que más que pisotón de mocasín es osazo de dedo gordo porque siempre se te asoma el osado, aunque por ahí se te infecta por una chapa o un alambre oxidado. Pero sí le sirvió ir colgado del bondi por Libertador y sufrir porque otros chicos tenían patineta. Le servía su envidia sana porque el de al lado tenía patineta pintada con el Caballero Rojo, que él no podía ni siquiera soñar. Ese sufrimiento se le venía fiereza para pegarles a los cucarachones de los edificios paquetes unas palizas bárbaras como las que daría en la cancha del noventa, cuyo único veneno para el adversario era la pata de elefante endorfínicamente embebida. Pero cómo se iba a quejar de los suyos cuando veía que su viejito volvía todos los días de laburar con ominosas herrumbres de espuelón, columna, cintura y espalda. Era igual que vos, Moira, mi fruta esencial de eucaliptos para refresco de estos días fueguinos, que cuando me ves venir escoñado de tanto andar te da la pauta de que no podés esperar nada y que a vos, como a él, les son suficiente que sus viejos trajeran la leche para tomar, agradecidos, gratificando el yugo del lomo con masajeadores besos cedrados de geranio.

Todos fracasamos en el primer trabajo. Nosotros no llegamos al primer sueldo, pero el Diego sí, antes que le dieran una patada en el culo por haberle metido un caño de patadón, como si fuera un arco la puerta, cuando una mucama por Lafinur se la cerró en la cara. Él pudo llevar a su vieja a cenar a una pizzería frente a la basílica de Pompeya. Fueron muy finolis vestidos, encopados y encomplizados, madre e hijo se gastaron todo.

Con plata prestada por el Cuidabañeras, que pediré y devolveré en correcto tiempo y forma, yo en tres días te llevo a comer al Federal, a hacer todo lo mismo que ellos, con excepción del segundo término:

encopetarnos.

A la mierda con lo que dice Sacheri. Sacheri miente, uno cambia de color. Tu padre te calza una camiseta y unos botines de un equipo. Si naciste en Mataderos, te hacen de Nueva Chicago. Si tus primeros días de vida yacieron en Patricios, serás quemero del huracanal Globo. Todo se arregla con el condicional si fría e inconsultamente.

Si Liniers, Vélez. Sí Chacarita, funebrero, aunque los desfachatados sanmartinenses digan que ellos son los funebreros. Que paseen tranquilos por su peatonal frente a la plaza parada 78 del correspondiente cartel Villa Adelina. Lo nuestro es el dionisíaco libre albedrío estallante y creativo, en constante movimiento como el espacio, pero que al ser ideología no se mueve, pero no es estática tal los siguientes casos. Si naciste en La Plata, te adjudican naturaleza de pincharratas, los cuales son en realidad menos que pajonal rata.

Si tu progenitor es del Lobo, serás lobezno con pretensiones de lobizón. Si naciste en Banfield, te engarzan la remera de Banfield, ídem con Temperley.

Los de Morón, su ruta y proximidades serán deportistas de alma de Deportivo de Morón. Si naciste en Boedo, el gran oráculo del faro del Fin del Mundo, vale decir, el padre, te adjudicará la más horrenda ave existente, el cuervo, santo o algo, porque los de San Lorenzo parece que no diferencian entre un arcángel y un ave. Un padre de barrio te conmina y psicopatea, y si tomás el color de tu tía, sos puto. Yo jamás vi a una madre que infunda, introyecte, meta obligación a inyectarte una sangre de la que sabés poco y nada. Es como que a un desprotegido VIH le hagan una trasfusión de un hemofílico enfermo. El desprotegido sos vos, invadido y alienado a muy temprana edad, montado a unos botines más duros que la mierda y seis talles más grandes para cuando crezcas. La primera alineación que padecés no es la inmersión a la dimensionalidad capitalista por medio del primer laburo. La primera hedionda subrogación y rebaje es no darte a conocer los materiales buenos: el oro; el Riachuelo; el agua emanada desde el nacimiento más profundo y sentido, la paleta más azul, ese río que no desciende de ninguna montaña porque para Boca no existe el

descenso y porque Boca es la montaña.

Los hermanos independientistas son de Avellaneda, con viejos y amigos de los viejos diablos rojos. Si sos de Racing, en los esterales bajos de Avellaneda, llevás los colores de la Academia. Igual si sos de Defensores de Belgrano, te encastraron tus antecedentes ascendentes por belgraniano.

Los camarones de Vicente López se calzan la banda de Platense. Sí, pero si venís de Tigre, te adocenan camarón del tigrense club, un plato que jamás comeríamos. Y todo así análogamente. Floresta da a All Boys; Bajo Belgrano, Excursio; Sarandí, los Andes y Defensa y Justicia.

Ya, después, lo de leprosos o canallas es relato oral fijado, como fijó e hilvanó Homero a centenares de escandidores bardos en la monumental —y no quisiera usar ese predicativo por su reminiscencia a las gallinas—, por Fontanarrosa, ese gran camarada rosarino. Boca Juniors es un continente, podés haber sido criado en el barrio o en cualquier otro, total a la 12 la sentís —porque no es cuestión de decidir—, venís y te bautizamos el buzo, la capucha, la desteñida gorrita. Acá nadie te encana a algo, porque te sale ser abanderado bostero por bruja pasión. En cambio, en Villa Crespo te encadenan a Atlanta, En Remedio de Escalada a escaladense Talleres.

Y allá vas como acartonado alfajor de hojaldre viejo, con todas esas capas puestas que no sabés de dónde carajo viene la cromatía. Si viene de bisabuelos, abuelos, padre, tíos —toda machirulense eunucada, porque la tienen chiquita—, caterva.

Tu viejo te puede calzar cual faja en un color, pero eso pocas veces será pulso, pulsión porque después te enamorás de la grandeza de un Boca que descubrís ya de muchacho y por esa magna grandeza se sufre. Por esa metafísica entelequia que es nobleza, uno se angustia, a uno se le da vuelta el estómago, se rebosa uno enmilanesándose en cábalas, se fuma como alcohólico anónimo, se desborda en el jugo de la comezón, pero a la vez se celebra, se fluye, se alba, se reza, se ruega. Y así y así en un círculo amoroso que vas labrando como taquicárdico con el color que encontraste, cual escarapela patria del bobo, en una mercería del Once. Ahora si tu viejo es bostero, ¡arriba!,

un carajo se elige. Naciste favorecido con un talento encofrado en el mejor lino, el más elegante hilado, el más lúcido de entre los brocatos de los brocatos, el más 12 de entre los paños de excelsos paños, el gobelino estampado en dos diademados colores. El paño bostero es noble bandera, aunque sea de berreta tela de toalla porque estuvimos cortos de guita al armar la fiesta, ese lienzo se estira, es colectivo, hinchada, aliento y tablón. Va colgado desde la ventana delantera hasta la última trasera, va pendulando como barrilete, como lo hizo nuestro negrito empeluzado cometa, va encabalgado como la hinchada rima.

Entre voiles de los mejores voiles, el más estilizado de los linos que se despliegan en bondis, pasacalles, hinchadas, aliento, fervor.

Maradoniana devoción como una polisacárida dulce dieta con su posterior, por pico, necesaria insulina. Como una raya infinita en cascada química, como una jeringa punzante y una quema, como chaluto o pasta que a la vez sea base y caballero keto. Maradoniana postal de época, de bostera época, de Riquelme época. Un cuadro jamás es de museo, sino que está en continua y constante cimentación de una docena, dos unidades, en construcción de la 12 hinchada. No le pidas a nadie, solo al Diego, un poema narrativo épico, un quinquelanesco mural a la carbonilla y a la bolsa de papa que se bajaba tracción a sangre, tracción a lomo quebrantado de un analfabeto extranjero del idioma de los argentinos o de un nostálgico de esos fratachados meta jabón del hotel de los inmigrantes. Si no es al D10S, a quién le vas a manguear un dadaísta enunciado en prosa meta birome amarilla y azulada, colores épicos, danteneanos paraísos eternos, paraíso excelso miltoneanamente extraviado como loco en la eminencia de la colina. A quién vas a chamuyar si la mina más linda es la joya tectónicamente arquitectónica, joya porque todo por acá está joya, joya plegada a perla borgeana, una espesura y turgencia brodilianamente bodrio maldito en averiadas casas de chatarra y chapa. Una psicodélica piedra de la locura pizarnikeana es el hogar modelo de la casa tipo. Una restaurada sixtineana capilla, porque si pasa la hinchada la devora toda, pero no confundir el chiquero con la chancha, devorar no es lo mismo que canibalear, destrozar o arrasar. Si algo hay que destacar es que por donde pasa, la 12 recicla y pone en

valor, sin ofender a nadie, el patrimonio rocheano y riachal. Todo dentro de esa belleza tan Necochea esquina Ibarlucea de una gauchesca, una payada, una obrera palada, una tangueada mateada, un verso blanco, un verso encabalgado, un verso libre o apareado de una métrica metonimizada. Una parte por el todo, que es una parte por el otro, porque si hay se comparte, desde lo que es un ápice para abajo hasta lo que es un dodecafónico abismo, porque no hay nada que compartir y si lo hubiera de buena fe, por el Diego alabadamente se lo comparte. Al Diego se lo dice volcánicamente gritando con encías o de una forma susurrante en su justo contenido y un contenido en su precisa forma, una liberadamente aleteada y al aire pincelada informe y esquiva, impresionista, que el espectador del futbolito completa, vale decir, una caterva que lo acompañará hasta la terrenal despedida. Y si hay otro mundo allá, por siempre, el escudo con la C, la U, la B y la J del Club Universal Boca Juniors de Argentina será para todo el mundo. Y con ninguna M de Made in Argentina, porque acá decimos Hecho en Argentina, y que no vengan con gringadas como cuando se hicieron los gallitos pecheando con noventa mercantes y veinte de guerra. Si quieren venir van a venir al cuete porque acá van a estar, cual soldados romanos, los verdaderos gallos. Que se acerquen un tantico así, diría el Chávez, que los cepillamos a todos, como ellos cepillaron a nuestros coyas posincaicos en Malvinas. Esto no es joda, acá vamo y vamo con todas las A, todas las no B y las no C porque jamás estuvimos en la B ni en la C, y esos mundos nos son desconocidos e inentendibles como los documentales de Carl Sagan. Todas las hemos ganado, vale decir, con todos los partidos jugados y nunca desertados en la apoteótica insuperablemente intrincada y difícil A, con sus corrillos y traiciones palaciegas de referís, dirigentes, sponsors, presidentes y cabezas de barrabrava. Combo explosivo. No es para cualquiera. Por eso digo: Si sos un gil y no un Maradona, no como jugador, sino como hincha, mejor que no seas de los nuestros porque te morfan vivo cual pichoncito.

Acá, en el barrio salpicado por la sombra del Diego en el césped, como esos imponentes edificios que proyectan su sombra en la playa, es el tiempo de la totalidad plena y la felicidad imperiosa de repatriados de habla bolivariana, que acá no necesitan de chicha

porque todo es chicha. Te llueve la chicha, te inunda la chicha como se inundan las nuestras venecitas calles. Hermano latinoamericano, páramo de mi páramo, pará, no te vayas que acá te llueve también la coca como llueven brutales y salvajes banderas, banderines y merchandasiana bosterada vibra.

Todo en la vida es un baile, hija. Vos bailarás y brillarás en las pistas de las discos, pero por el momento, que yo sepa, por acá ninguna pibita va a la disco aunque igualmente cómo se baila. Se baila, pero en tercera impersonal. Se baila sobre el campito a lo Pelusa. Se baila sobre el basural en la mejilla. Se baila meadamente sobre rejillas y taquerías. Se baila sobre una guardería de perros abandonados. Se baila en la Reserva Ecológica y sus adornos de cajas tetra o latas de cerveza. Se baila en el galpón de materiales tomado por los crotos. Se baila sobre la mesa vacía o rascando la olla vacía, pero a pleno de vaciadamente vacía, y no ando con hipérboles. Se baila en la Chacarita o en el osario de Aldo Bonzi, el abandono físicamente de los queridos. Se baila en la colada a la pileta del Sindicato de Chapistas de Turismo Carretera. Se baila con la panza vacía. Se baila con el corazón lleno de dieces, de fuegos de serpentina, de armandos y bellezas, de artesanales 3-5-2 y enlaces gamba-pelota-solitario llanero. De medio campo y de campo entero, de estalladas vísceras y barrados barriales. Reposo. Ahora reposo y de nuevo: resistencia, velocidad, travesaño, retroceso y yiraje. Se baila en la posición de la tabla. Estar primero te saca el hambre por la alegría y el vértigo. ¿Cómo de qué? De caerte. De todos modos, no somos de andar con esa musiquita de organito de fondo: la queja. El pobre no se queja porque no come. Y no se queja porque sin sustrato alimenticio no tiene fuerza para quejarse. Ya no se queja porque no come o no respira. Y no respira porque no come y porque está expulsado por los que dicen que no quiere laburar —vinagres inmundos, huevos de la serpiente aplastantemente serpiente—, que levantan su soreteado dedo de tanto metérselo a los que no piensan, no comen, no respiran, no dibujan sueños en su cabeza. ¿Y qué hacen? Vienen y nos sacan Fútbol para Todos. Paren, loco, qué más quieren saquearnos si ya nos saquearon todo. Parecen Gatti, pero en versión

asesina cuando verdugueba de gordito al Diego, sacando pelotas. Gatti y Houseman, resentidos, quedaron calientes porque no les sacaron más fotos. Y esa era la bronca, el Diego vino a eclipsar, a hacerlos accesorios o grisáceas ensolipsadas solapas. Al Lole, a todos desplazó el Diego, menos a nosotros, a quienes nos hizo primeros planos y foco desde el gran angular de su bombeado a tope bobo. ¿Cómo no entender la identificación carnal con el Diego? ¿Cómo escribirían nuestros anales o la verdadera biografía de Maradona sin mandar verdura si los metacríticos no la entienden? Y ahí entra de nuevo la 10. Con Maradona se respiraba, o sea, se curaba. Con Maradona se comía, se educaba, se soñaba, se entibiaba, se mecía porque, así como yo soy el padre de los mendrugosos, él era el padre de los bosteros. Maradona y su escuela de fútbol neutralizaron el hambre.

El poderoso fútbol anula la zafarranchera culeada hambre.

Pensar, ejecutar, pensar. Ejecutar entre una y otra acción verbal. No hay modos intransitivos, no hay distanciamiento, tiempo, ni indecisión y eso es el Diego. Y por carácter transitivo si es el Diego es un señor fútbol, un señor partido, un señor equipo, un señor y aprovechado tiempo de descuento y no tiempo de descuento al pedo, porque en esa chance que se llama tiempo de descuento se debe pensar con potrero al polvillo, ejecutar con pelota, rodilla y pie, sin oxígeno. Al Diego no le hacía falta que le llegara oxígeno. Ni oxígeno, ni glucosa. No le hacía falta. A él no le significaba mucho tener o no tendones y electrolitos. A él le alcanzaba con llegar al arco, porque sí, hasta el adversario arco lo amaba a pesar de tanto palo y palo que le daba sin bendición ni respiro. Al deshidratado él, con llegar al arco, le re alcanzaba. Unos se paralizan, él significaba y aprovechaba esa parálisis del adversario, sin saber mucho del adversario, sin saber más que de improvisación, de picar la pelota y meterla en el ángulo. Maradona no espiaba, sino que creaba a sus adversarios, bautizándolos con el nombre de sus limitaciones y equivocaciones, furcios y ventajas que le habían dado, o sea, las no autoventajas, en síntesis, ventajas mal dadas. Maradona no necesitaba saber tácticas cancheras, porque las tenía todas acá, en la cabeza, todas estrujadas, porque tenía miles que en cualquiera de nuestros marulos no entrarían ni por asomo.

Maradona no necesitaba saber de estrategias porque venía de los

bardos y lo escanciadores, padres de todas las artes, venía del seno de la improvisación de provocar con la pelota y meterla en el ángulo. Función estética deslumbrante para tocar y tocar como amante, para parar, para pechear, para pertrechar, para liderar. Si no jugás bien, no te dan bola, cuota de capitán, cuota de campeón mundial. Cuota de jugar bien, de no envejecimiento, no perecedero, sino de todo libertario goce bacanal. A veces se aburría el pobre, porque lo peor es hacerles lo mismo por el mismo lado a los que quedaron pagando, pero era darles una oportunidad, una para que se avivaran y no quedaran como giles. Quedaron pagando en el 86, quedaron pagando en el 90 y quedaron pagando los AFA, los FIFA, los Bush, los *Olé*, los TyC, los *Fútbol de primera*, los Legrand, los Havelange y los Angelici. Los referís comprados la tienen por él adentro. Eso se llama dignidad de espadachinero, revolución de fideliano escudero, lealtad de sable, prepotencia de talón así de ancho, paliativamente somnificado. Eso es coherencia entre discursividad y praxividad. Te van a pagar si lo que hacés, lo hacés bien, si no ¡minga!

Diego no eligió el peor camino, por el contrario, salió sudado de cuádriceps del ragú de la barriada con hambre por arriba, como se sale de los laberintos. Que cabalgue nomás la pelota de pechito, que cabalgue nomás con el pie, el talón, la rodilla, el muslo, la cabeza, la pechuga, la nuca y la gran carcasa del toro que lleva dentro el minotauro de la casa de Asterión.

¡Andá a sacársela! ¡De acáááá! Él te la sacaba desde arriba a vos, al que viniera y al contrario exmuerto de hambre también como él, pero más egoísta.

Sacársela de arriba a cariocas, nazis e inglesitos era una travesura guardada como un collar de roca de cristal robado a una suegra por la viuda del frente, al polvo y a la esquina.

Sacarse desde arriba al dotado era inadmisible porque su pelota parecía un globo inaccesiblemente aerostático que ascendía y ascendía. Como cuando inflaba las pelotas de sus hijas en la playa. Como cuando se le inflaba el cinco veces estallado pecho al Diego por el orgullo, para desde arriba bajarla de un hondazo, vale decir, de lo

alto, de lo muy alto, abajo y desde el abajo a un adentro y de un adentro del campo al costado del costadito, de relojería, con la izquierda de las más brillantes zurderas sin depilar, ergo, dejar pagando segundones de subclase a los que pasó diez, qué sé yo, ocho veces frenéticamente por las narices y no lo vieron y ahora que recién lo vieron se quedaron boquiabiertos con sus bucales comisuras desperdigando baba por sentirla adentro llorando afuera, porque esa es la ley, al que se la meten adentro, afuera rápidamente queda. Y para rápido pa' mandados, el Llanero Solitario.

Ni al Llanero, ni al Capitán Escarlata, ni a Maradona se les hubiese ocurrido depilarse las gambas como se depilan hoy los metrosexuales deportistas FIFA, los fifados por fiados de la FIFA, mientras que el ídolo hacía defensa y se los pasaba por el culo de glúteos de titanio a todos.

Era una implosión hacia adentro, una implosión hacia afuera, una explosión hacia adentro, una explosión hacia afuera, una proyección proyectil Fura dels Baus, una furiosamente enfurecida estampida de dromedarios en milenarios médanos, una detonación a izquierda esquina y a cada cesperil utilero, costureros de arquerías redes y a cada urbano montador de mis en escen, de la serpentina, el papelito.

Maradona curaba, amparaba de los caprichos de camerino que no pueden tener las estelas de los de su estrella. Pero él ya una vez lo dijo: Yo soy un fantoche, una remera, una línea que los bordea porque ustedes son mi fondo y figura. Viejo, ustedes hacen jueguitos con el hambre, lo parafrasean, lo encadenan al sol, lo escandean a lo Homero o a lo Galeano, mientras yo simplemente gambeteo por y para ustedes, los apadrino y velo.

Maradona fue nuestro albacea y esclavo, nuestro puericultor, nuestro cinturón protector factótum y curador de arte. ¿Cómo qué arte? De la obra viviente que somos debajo de cada árbol o banco, siempre ahí, en la banquina, como manequens de una moda vanguardista de chernobiliana pasarela. Hombres pájaro, hombres

mono, hombres hojalata de mansa y tierna Oz.

La plaza es una galería de arte, las pasarelas, el parque; los pastizales crecidos sobre enladrillada piedra de cancha de tenis, nuestra alfombra roja. Decía, la plaza es una casa de arte y antigüedades, una gran vernissage donde cada árbol con colchones montados y el doblado vago casi exhumado que duerme perdiendo la sombra que tenía cuando se autoacunó, cuando se echó, son una instalación pinap con ropa de marineros jubilados. Les decimos: Che, loco, no desarmen ese uniforme de tela imperecedera Alpargatas, que nunca se rasga. Y entonces sí, ahí nomás la venden porque si desarman esos impecables moldes de la armada náutica para hacer un patchwork como toldo de su choriceada casa, nos los morfamos crudos y sin aceto balsámico.

Pero dejando de lado la frivolidad del arte y la moda, que también nos es grata, porque te vas por ahí con tu cerebro igual que cuando estás entre los neptunianos diarios, sábanas, telar wichí, o lo que venga, cualquier cosa que te cubra, desde las nubes etílicas a las costras de nuestras costas de la reserva, mano avenida España, altura Laguna Gaviotas.

Decía que, saliendo de esos paisajes, era sabido cuán cuantiosas y cualiosas eran sus donaciones. No las mandaba con choferes asépticos en Ferrari, BM, Jaguar. No hacía transferencias, cheques, bonos ni lavado. El tipo se aparecía acá. Posta que venía y nos lo daba en la mano al portador junto con una sonrisa y un rulo recién cortado que inmediatamente algún carancho coleccionista quería comprarte y ¡minga que lo pondríamos en subasta! A nadie, ni mamado que estuviera, se le ocurriría subastarlos porque vender esos bucles con los que hizo goles, cual vengativas bengalas a los ingleses, sería delito de traición a la patria, sería inhabilitación absoluta perpetua a mirar a los ojos el pabellón patrio.

Su cabeza era un exocet subsónico, más rápido que la puta que lo parió, la cresta de una ola o un arma táctica mezclada con la militancia por la fraternidad, como el *Álbum Blanco*, de los Beatles. Pacífica militancia con las frases inolvidablemente célebres de su cabeza de pelusa devenida en mota. Cabeza peluda y negra por negro, chapeau, cabeza en donde se apoyaban sus hombres tortuga

Galápagos, sus corazones, sus oraciones, sus persignaciones antes de salir a la cancha. Como el sol, siempre el Diego de la gente estaba, pero no de cualquier esnob gentuza, sino como signo de la masa popular y nacional que aspira a revolucionaria independencia económica para una ensolada, ensoñada, inminente y tan sufrida por deseada soberanía, para que dejemos de usar el gran manual de la maquinaria del hambre, esa anárquica Biblia de cabecera de sable sin remaches, esos papiros del mar Muerto o sudario de tacho para mesa de luz, donde para revolver pestilentemente nos instalamos y donde, cuando nadie pispea, nos volcamos medio cuerpo o cuerpo entero para dormir in-door-conteiner.

Maradona padeció de Maradonas, y todos y cada uno estuvieron en situación de puchero vacío. Maradona es santo y seña de ascenso celestial, infernal, descenso tibio, violento. Símbolo iconoclástico del precipicio, el alivio y la piedad. De la convulsión, de la bacanal cancha. El que juega, pero lo que se dice jugar jugar, es elegido para las inferiores. El que la toca permanece, pero el que juega cada día mejor con fracasos, lonas, golpe y lucha hasta la pontificidad de las cuerdas del ring, in eternum la tiene atada, queda. Gardel quedó en el arte con su fraseo en aquel novel videoclip; Perón, con las patas del 17, la arena y el aguinaldo, el peón rural. El Diego nos conmovió con su ferocidad de infiltrada izquierda, su abismal e inesperada llegada al contrincante y su avinagrada y tufada hambre. Tufo de cuerpo cetónico, concentrado en lo bucal, de pH acidificada, de jamás otorgada base o sustrato estomacal.

Su familia se salvó, sus amigos se salvaron, toda la empresarial maquinaria, pero él se quedó con su niñez. El Diego no era presumido, no se la creía. Tampoco hacía ilustración de la humildad y era correcto porque, ¡no jodan!, ¿quién carajo estuvo al lado de Fidel? Únicamente él. Si alguien llegó al lado del inigualable cubano es por embajadurismo y ceremonial diplomacia. En cambio, él fue convidado exclusivo del representante en la Tierra del maestro comandante de la Sierra, el único papisal popular, el Che.

Los pichicomes somos una cuadrilla de peregrinos preparados para la yuta que por ahí vaga, cual verdugos con sus látigos grillos, tenazas y empulgueras. Es natural que exista ese instrumento de suplicio con que nos aprietan los dedos pulgares de los pies ya que siempre hay zapato ahuecado, chanfleado, agujereado y asomado dedo gordo que a los cobani tienta, que los atrae como imanes para la silenciosa tortura que no es tortura, por conocida como prima hermana, ¡porque ya nos comimos cada callejero clavo y cada tornillo en sus variantes, que ni te digo! El tornillo que se te clava o engancha como puta y el otro, el tornillo de diluvios, tornados, agua lluvia o granizo. Pero el tema acá no es la planetaria naturaleza, sino cómo es su naturaleza. La primera es de orden bellamente primaveral en cualquiera de las cuatro rotaciones, la segunda es lacra episcopal. El tema lo simplifico. Así como nosotros no sabemos quién será nuestro matador, esos gorras son como cazadores que saben que no es lo mismo cazar un jabalí salvaje o un búfalo cabrío que cazar un cuadrúpedo carnívoro, que si puede te devora al final de la redada del enlodado encuentro. Y nosotros somos jabalíes pero carnívoros y ellos a nuestro enlodado encontronazo le temen.

Pero ¡qué joda era con el Diego! ¡Como duques nos tenía! ¡Hasta abogados nos ponía! Mandaba rastrillar la zona con la caterva de enganchados que se le prendían como gigantes garrapatas grado cuatro de chupado perro hasta los tuétanos. ¡Ojo, que nadie se zarpe por confundido! Te aviso a vos, hija, y a todos. El Diego no era un piruetero perro. El Diego era el dueño del circo y mandaba a esos patanes rellenadores con pelotudeces: malabares, tortazos, chanzas, idioteces que hacen los pierrots en el cambio de cuadro, entre la circense cena de león de fuego y la atolondrada trapecista que no emboca ni una y lleva media hora pidiendo red porque los tramoyistas ahí abajo están mamados, total a quién carajo le va a importar si igual se llenó la sala —se llenan porque a los provincianos nunca les llega nada— de ese itinerante circo de pagos chicos.

Hija, escuchate esto. No lo podía creer. Un día el Diego me vio en un injustificado operativo y se fue acercando con carpa. Nos habían mirado con mala cara, y nosotros a las malas caras respondemos,

porque una mala cara no se deja pasar así como así. Nos pusieron las patas y los brazos abiertos. Las gambas, como escolar compás, a puntazo limpio en nuestras zonas sucias de meo y tereso duro porque por la falta de verduras todos padecemos de constipadera y estrenimientera, nos abrieron. Los brazos contra un muro de la fábrica Águila, hoy devenida la Easy star esquina Suárez.

—¡Ey, qué hacés flaco! ¿Qué hicieron los amigos? Soltalos. Si los amigos no hicieron nada. Dejalos, que yo los controlo desde pendejos en sus cagadas. ¡Cada cagada que si te digo te tirás por Suárez y Herrera y llegás hasta el pasaje Lanín de las carcajadas locas! ¡Son un cago los mellizos! —dijo el Diego saludando a dos quías.

—Pero, si ni en el blanco del ojo se parecen.

—¡Dale, miralos bien, miralos con amor y algo les vas a encontrar! Listo, aflojá, no jodas, soltalos a todos y decime cuánto te debo, porque vos sos un abonado en servicio del Estado y el Estado se caga en vos y para eso están los ciudadanos. No te lo digo como Maradona, te lo digo como cualquier ciudadano que soy. ¡Ce finí! Hacé de cuenta que soy un fletero. ¿Qué querés, para el café con budín o para pasajes ida y vuelta Las Toninas, Miramar, su ruta? Ah, y para esos pibitos enfierrados que trajiste, con mucho honor frente a usted oficial, va lechuga verde, hermano. ¿Me seguís? Con mucho respeto oficial, no era para tanto. Para mí que se le pasó la mano. ¡Córtenla, ya fueron las falconeadas, que incluso en una razzia al boleo le tironéo y le cortó la mata de pelo a mi hermano el Turco! Cambiá de chip y de rígido, tomá, comprate uno nuevo, dos, cuatro, todo un local de electrónica, toda la Galería Jardín. Pero sin ofender, se lo doy con mucho respeto, agente, con mucho acato por su investidura, obrar y deber.

Al final el único que se la jugó por el pueblo fue Maradona. No se la jugaron ni Tévez, ni el Cani con su antipatria esposa ni todos los DT que se fueron a otros clubes de las altas y prestigiosas capitales del mundo, pero que ni enterados están que se hizo un alcarajo, de la presencia de trenes e instalación de villoldos y más villoldos. Diego Armando, el que dio vuelta la taba en otros pagos, pero siempre en sintonía con los pagos que le dieron origen y sentido. ¿Y qué nos dio

origen? ¿Cómo no te vas a acordar de las anécdotas del 86? ¿Te acordás del malogrado pie inflado como Graf Zeppelin del 90 por la mala leche del que se la clavó? Aunque la cancha estuviera diametralmente inclinada, el Diego la recorría de pe a pa, de cabo a raboneta, picardía, pique y gamba. En cambio, a Branco se le inclinaron toda la cancha, las tribunas y las redes cuando el Diego le convidó del rohipnolitizado bidón. Y sí, la cancha siguió loáticamente gritando cuando se fue. Su designio bostero, equipo por él emblemado, cuando el Diego se retiró, siguió jugando y sus colores con orgullo portando, porque el tipo dejó escuela. ¡Y sí, cuando su mundialista brazalete manchado de petróleo sobre el oro y azul, con la 10 en la espalda y la 12 remontando, sobrevivió a todo! Cuando se fueron sus gambetas renacieron otras gambetas y de ellas otras, que seguirán en su honor gambeteando sin mancharse por hipoclorito de cocaína, como nunca se mancharon. Y sí, permanecerá en el imago colectivo del abarcativo mundo de La Boca, con su blanquisanguínea raya cruzada cuando fue prócer en bichitos de Argentinos Juniors, el gran Boca en otra dimensionalidad. Ellos, los bichos colorados, cerca del arroyo Maldonado; nosotros, frente a otra hermanada agua: su río, sus inmigrantes, su bruma, su flotante inundación de basural y humedad. Ellos, no acusados ni envidiados, porque ambos al capitán de equipo lo obtuvimos. Boca y Argentinos. Cuadros hermanados, más que hermanados, hermanos incestuosos por compartir amante, al mejor estilo del paradigma de hermanos que introdujo Borges en “La intrusa”.

No solo devocionamos el azul marino y el amarillo —en su escalada — o el blanco salpicrepeado en sangre —de antológicos inicios—, la paleta de sus camisetas, sino también el azul, el rojo y el amarillo, el napolitense celeste y blanco —que fuera muy inspirativo para el Diego por parangonarse a nuestro constitucional paño— y el rojo tanto como el blanco, con su antípoda en la paleta de camisetas traqueteadas número 10: el negro.

Todos colores que seguirán vivificantes, descomunales, despampanantemente fulgurando porque su humilde canasto de

mimbre de Villa Fiorito para pícnic en familia sigue levitando y su borgeano globo siglo XIX para atmosféricos paseos ascendiendo permanecerá.

¡Todos éramos tan el Diego y él era tan Maradona! ¡Todos, tan sus amigos! Amigos de imbricados tejidos colectivos. Amigos de esos con pactos que no requieren abonos constantes porque las cofradías de pichis con una estampita del Dieguito son imperecederas, así que, aunque asiduamente no se contemplen festejos, jodas, despedidas de soltería o casinos compartidos, se enfraternizan ni bien se ven como amor a primera vista por sangre, partidas perdidas y centelleantes recorridos compartidos.

Y tengo para destilarte para rato, hija.

¿Cómo de quién, hija, te estás quedando dormidita? De Maradona, hablo de Maradona, y nadie le adjunte las palabras *the best*, que acá no usamos anglosajía ni extranjería. Aunque vos no hayas estado en el 86, ni en el 90 ni en todos esos campeonatos librados y ganados, confiá en mí, seguime en este fluir de la conciencia porque cada gambética jugarreta, cada pase levitando en una estelar estela de agitadas estrellas cero fugaces sino eternisales, cada estrategia suya es un bingbandezco bombazo hacia el satelital campanario no de los semidioses, de los dioses plenos a los que les debemos devoción plenaria.

Maradona no quería homenajes, quería amor, fiesta, pan y fantasía. Quería cachengues, alicoladas, embates, no con purpurina, sino con guirnaldas caseras nacionales y populares hechas con las manos del Centro de Jubilados Antonio Ubaldo Rattín, porque siempre pidió respeto por nuestros abuelos. Maradona quería comilonas y olimpiadas celebracionales en cualquier fangoso barreal, cualunque potrero maradoneano a plena luz de luna abierta con todas las planetarias lumínicas lunas que la satelizan. ¡Maradona, chapeau! ¡Imperecedero Maradona, a tu salud va esto, por siempre agigantadamente inmortal

¿Cómo por qué, hija? Maradona era lo no entrópico, estructurado, irremediable. Para él nada era para adentro, sino que todo se combustionaba para afuera. Para él nada era esperable, predecible, coachingnado, anticipado porque todo lo que hacía surgía con la inmanencia creativa, con la evanescencia de ebanistas y con la masa y

la sangre de los picacordones. Él no era no future como nosotros, que solo seguimos el tratado del hambre, mientras que él como eslabón se separó, gracias a Dios, de la materia yeta de nuestro collar, que más que collar es una grilla de esclavos bajo los preceptos del tratado del hambre, de pactar con Fausto, aunque no es lo que les pasó a las Dorothy Gray, que no envejecen. Nosotros caemos a temprana edad a la fosa de la orquesta que no es otra cosa que la alcantarilla de la inmundez cloacal, el pozo ciego miserable que ya ni con acoplado se destapa. Un pozo ciego que contamina con sus grapas las napas.

El Diego nunca se arrodilló ni en cloaca ni pantanal. Por el contrario de nosotros, antiejemplo para las nuevas cibergeneraciones CIO, el Diego no envejeció porque no fracasó y porque lo único por lo que se arrodilló fue por el dolor de panza en el patio alambrado del colegio, porque, después, nunca de los nuncas, frente a ningún adversario país, continente o foránea bandera lo consideró. Y es lo que se le pide a un emblema nuestro: representar, en el sentido auerbacheanamente mimético, nuestro crisol.

No importa que nuestra velocidad para caer en callejera y no retornable situación se da con la rapidez al nacer de fulgurante velocidad luz. No, no importa, porque día por medio peregrinamos al altarcito con su cerámico busto y nada hay de decadente, mortífero o infernal, nada es olvido ni desidia; todo es reflectante osadía que se nos hace por ósmosis o transfusional callo, estabilidad y lozanía.

Acá somos del Diego porque el Diego es como un fundamentalista de Oriente o de Bangladesh. Se caga en los sujetos blancos que adoran jactarse de sus viajes por Estados Unidos y para definirse dicen que son cristianos. Nosotros tenemos mucho de eso porque no aceptamos a la clase media, menos que menos a la alta, al monógamo, que es fiel a una sola persona. ¿A quién carajo le va a importar acá si sos diestro, bien educado, con buenos modales o ejecutivo? El Diego la trababa, amaba, la sentía de zurda. ¿Ser diestro, bien educado, con buenos modales o ejecutivo? Eso es para los clasificados de la sección 7 Empleos. Ahora sí, los que vienen de la sección 6 Oficios, changarines, rebusques o cuentapropista villero no monotributo, claro, son

bienvenidos.

Nosotros no somos como esos sojeros que se la miden entre ellos cuando van a orinar a los yuyos mientras que siguen hablando de sus capitalistas negocios. Nosotros nos definimos a nosotros mismos según la cantidad de chatarra si somos chatarreros o por la cantidad de cartón si somos recicleros. Acá es una pirámide, pero al revés, como torta invertida. Si sos cartoneante, mechera, escruchante, fracasado púgil, carterista con grandes lotes de carteras y billeteras, al cabo de veinticuatro horas estás arriba de la pirámide sociológicamente morfológica. ¿A quién carajo le va a importar acá si sos físicamente sano y tenés acceso a una cobertura médica? Antes, cuando no estaban estos controles de consola Play 4, con una tarjeta Medicus gold afanada, ¡no sabés!, teníamos todos el Diagnóstico. Ahora te piden hasta el dibujo digital de los tarsos o los metatarsos. ¿A quién mierda le va a importar si te la lastrás o no te la lastrás, si te bajás tres tubos o no te los bajás, si tenés o no tenés todos los derechos disponibles bajo la ley, que en realidad ni en pedo tenés? ¡Soñá tranquilo en la tanquería con una no patada o un representante si nadie te da bola! ¿Y a quién se la vas a dibujar? ¿Quién mierda te va a creer si decís que sos propietario con acceso libre a cantegril casona, condominio, barrio privado de agroecológicos paneles solares, chalet en un haras, casa inteligente termodinámica en Tortugas o cadena de hotel en Angra? Sin embargo, nos da orgullo el hecho de que a nuestros hijos no les damos giladas de Nickelodeon. Ni a los cuatro vientos, como un loco choborra que te creen, te van a creer, porque no sos ni la punta ni la base de la pirámide de la propiedad si no tenés identidad siquiera. ¿A quién carajo le va a importar que seas bueno o malo, que seas transgénero y necesites que te acompañen en la transición de la obra social? ¿Obra social, prepaga? Acá son todos bienvenidos y más, los que no están orientados de manera binaria, los que no son lógicos y no tienen un pene bien formado con un largo mayor al promedio de Pancho Dotto en sus mejores épocas. ¿A quién carajo le va a importar si tenés un par de testículos razonablemente proporcionales y un recuento promedio de espermatozoides? Siempre te hacen en falta en la falta: falta de hombría, de esperma, de eyaculación sustentable y sostenida. ¡Si te miran y ya suponen que tenés las bolas secas por la

malaria! Tal vez eso sea lo único en lo que tienen razón. Tenemos las bolas al plato, tenemos las bolas secas por el hambre. Y acá, como en su mundo, no se pondera si sos padre viril con numerosos hijos rubiecitos porque todos son padres y madres de numerosos hijos una octava más arriba del rubio color café con leche, poca leche, o negro telón de fondo. Creen que somos muy mala leche, pero ellos son los mala leche. Ahora sí, ¡qué mala leche y peor racha enrachada la nuestra en quinielas, en nuestros cumpleaños o aniversarios porque todos los invitados, secos, no te traen ni un Alplax o una sidra La Farruca! Se nos cruza siempre, como gato negro engarzado, un pájaro de mal agüero circunvalando nuestro guiso, que en realidad es un guiso guacho por ausencia de carne, vale decir, un no estofado meado por engualichados caranchos.

Villa Fiorito es como cualquier villa. Moira, como ya te enseñé la figura de las analogías, vas a poder prefigurarte esto. Análogamente La Boca es como cualquier barrio, pero el más bajo de entre los bajos de la cuarta línea de táctica y estrategia de tercera línea de bodegón y de quinta línea de decorados suplentes, de tenores castrati no del Colón, sino del teatro Hermanas Pons de Lugano 1 y 2. Nadie me va a decir lo contrario, decir hermanas Pons no es decir hermanas Cossettini. Sí, Fiorito es a La Boca, pero La Boca no es a Fiorito. Fiorito será un turbado epicentro del hambre, pero Fiorito parió al Diego. El Diego, que al igual que nosotros soñaba con comer y sabía que no era fácil. Pero ahí estaba el Diego, a quien le costaba comprar una gaseosa y que pedía Pamperos porque tenía un solo par polirrubro: cole, juego, potrero. Tres en uno como el par de la andersense trama de *Las zapatillas rojas*, que te leía.

Las zapatillas rojas viven en un papel, en una hoja de un antológico libro, de un maravilloso puro, a lo dictamen Rosemary Jackson. El resto, lo que será historia, no está en un libro sino en otro temporal espacio porque si bien el Diego es un ser sobrenatural, no hay un carajo de realismo mágico en su vida, todo fue conquistado a tracción caballada, tracción a sangre verdadera, aunque anémica por enjundiosa hambre. ¡Finolis zapatillas rojas de raso, las pelotas!

Flechas ajadamente enlodecidas como las calles por donde las gastaba, cual Vulcano puliendo la escultura que pronto sería su propio nombre y medida. Zapatillas Flecha que con el raspado entre plástica suela y potreral piedra emanaban chispas visualizadas a varias calles para adentro, a docenas calles para afuera.

Azamor, y que a nadie se le haga que es cuento, se llama la fioritense calle. Azamor que tiene la misma métrica que azahar, pero sin agua de azahar porque solo había aguas danzantes en caminatas y zigzagueantes baldes, como zagueros.

¿Qué soñaba el Diego en Fiorito, Moira? Soñaba lo mismo que nosotros, pero contrariamente atravesado, vale decir, lo que nosotros no cumplimos porque se nos atraviesa la infamia, porque para eso, para cumplir los sueños, está él, y para soñar hay que soñar en grande y grande es el rumbo de la patria que alegra su luz. ¿Qué idealizaba Maradona en Fiorito? Idealizaba un plato de comida lleno. Ni por asomo un plato de comida china o tailandesa de mezquinas raciones, sino un plato lleno de lasagna para inmersionarse en la salsa blanca o sumergirse en niños envueltos. Soñaba para él y los suyos la chantillí copa helada, cual copa mundialista que miran y no tocan los gringos, porque solo él toca cueros, copas, goles con la mano.

Al Diego no le cayó nada del cielo, no era fácil comer pategrás o cuernitos de grasa. Los únicos cuernitos que se conocían en esa casa eran los que la mamá le hacía al chiquitaje contrario, cada vez que salían a jugar en la cebollitense quinta. ¿Y por qué se sueña con comer? Porque nadie quiere estar en el lugar de la Tota, cuando llegaba la hora de la cena y calzaba justo con un dolor de panza.

Cuentan que cuentan, y las fuentes no son precisamente Chiche Gelblung, que siempre andaba la Tota con la misma musiquita: No, hoy no voy a comer porque ando mal del estómago.

El Diego se pegó dos cinchazos en la espalda por haber sido tremendo boludo y no darse cuenta de que su madre no tenía dolencias físicas, sino dolencias del bobo, del bocho, porque ese bocho no paraba nunca de generar artimañas para que ellos comieran. ¡Qué salame, justo a los trece darse cuenta! De darse cuenta el Diego antes, al escuchar los profusos ruidos de panza, le hubiera acercado una silla para que se sentara, como se las acercó a los basureros de Manliba que

a la salida de Espartaco vio. Salía limado, pero igual se volvió y les hizo poner una mesa de reyes cuando ya se acababa la disco. Dicen que dicen que mandó a comprar Chandon al Alto Palermo recién inaugurado. ¡Cómo pasa el tiempo! Pensar que esa catedral burguesa de la posmodernidad —Sarlo dixit— cumplió treinta años, y cuando se inauguró uno dijo ¡faaaa! y después se enteró de que había patio de comidas y como en esa época no estaba la usanza de los enanos de seguridad, chau, lastrábamos como cigarra sonajeando contenta la chicharra, porque buzarda llena, alma completa. Sin cinco guita se comía algo al paso en ese deslumbrante emporio con pasarelas de Milán, esquina Coronel Díaz y Santa Fe.

Si se habrá arrodillado el Diego por el dolor de zapan, pidiendo un milagro sin saber que el milagro estaba parado ahí mismo, porque el milagro era él. Si se habrá arrodillado en la canchita estirándose la remera para no tener frío en las piernas. Si se habrá arrodillado como nosotros nos arrodillamos para comer arrollados de piel de sapo a la parrilla, lisa a la leña o a carbón mezclado con goma de autos y bolsas de supermercado, ya que se pone basura para prender el fuego. La basura evapora plástico a lo Cromañón. Y todo eso da comida, que se hizo sabrosamente pestilente meta caucho, enceradas tapas de revistas o bolsa de carbón de segunda. El Diego se habrá arrodillado para que lloviera morfi y la pregunta del millón es cómo salió tan gambetón y cero desnutridos todos, como es dable cuando se vive en el medio de la escasez en esa franja etaria. La verdad es que la Tota con sus pócimas lo hizo todo bien y en especial por él, cual armado a tierra y agua, cual gólem de enfibradas perlas engarzadas a extremidades inferiores y talonera. Él comía arrodillado. Nosotros comemos arrodillados, pero no porque nos guste el rito de la comida tailandesa de los puros famas.

Ya vamos felices, intoxicados por la cena en panzas vacías nosotros y en los úteros carcinomados ellas, pero con el saco estomacal lleno de basura farfullada lastrada hacia dentro con un movimiento rapidito e histérico, por si viene un avivado y te lastra justo donde vos vas a hincar el colmillo, por un decir, ya que no te queda en el comedor ni hilo dental. Al Diego le pasó lo mismo, por eso no nos preocupamos. El Diego también se cagó encima de tanto comer panchos sin heladera y

rehervidos con agua hervida de otro puesto callejero. Si habrá padecido enterocolitis con las mismas expresiones de maroma penetrante que salen de nuestras secretas letrinas que son nuestros mismos pantalones. Acá pantalón es igual a letrina porque cuando el estómago te avisa que hay que desfínterear el duodeno mayor y el duodeno menor, la única es el jean, no por cómodo o facilitador, sino porque no hay inodoro y si lo hay no te prestan ni la cadena.

Después su mundo cambió. Mientras que para nosotros pantalón es lompa y pollera es faldón culo de bodega, damajuana de tela deformada por flor de aposentaderas, vale decir, esas asentaderas de muchas horas de cabotaje en las lamentables posadas que devienen en cabarulos para el copetín, el fernet y el vino agriamente agraviante.

Y eso es lo lindo de Maradona. Pantalón no fue lompa y pollera no fue faldón, ya que le pudo comprar a su madre en los grandes centros privilegiados de la moda polleras plisadas Lacroix y a sus hermanas, camperas de jean Calvin con corderito, y a su viejo, pantalón que no era lompa sino el del esmoquin Benito Fernández.

IV. Duelo a morir en la Bueno entre un padre y un jeringa

Nos saben delincuentes amateurs. En nuestras zonas ves tirados proyectiles usados. A todos nos plantan vainas servidas, vainas sembradas. Demasiados cartuchos. Misma pistola, mismo calibre, mismo proyectil, igual a cana. La bala le entró por la nalga al malandra. Los albatros son muy profesionales y si las fuerzas de seguridad son amenazadas deben actuar como actuaron, le refiere el Mula al Alirio, quien mantiene pegada adentro de la frazada con que ponchea a Moira, frente al fueguito que improvisaron, meta cartón y enchapado de madera.

Seremos amateurs, pero tenemos amigos adentro. La mayoría de amigos nuestros marcharon para adentro, para la sombra más densa y menos difusa. La cárcel está manejada por los presos. Una cosa eran los noventa. Ahora es peor. Está el pabellón lento y el pabellón de los gordos, el pabellón de los papas y el pabellón de los papada amplia. Tuve secuencias en todas las cárceles. Me tiraron al piso, con gas pimienta, todos corrían. Me implicaron. Ya no quería vivir. Patón de la Cava, ex preso. Patón Argüello, preso entero, o sea, de tiempo completo, y Patón Desanzo, preso freelance, en fuga. Dos caras de la misma insólita moneda: la vida. El Jeringa entró siendo púgil por dejar parapléjica a una fulana. Dos caras: entrar y salir. Salió, entró, salió, entró y se quedó cuatro años, veinte meses por la primera causa, la cumplió entera. Después ingresó y resurgió, ingresó y salió en la segunda por no tener condena durante veintiocho meses, cayó la causa y prescribió. La cárcel es una cárcel, un vivero de ocupas, fumatas, chorros por una cartera, rugbiers asesinos, punteros, puños libres, puñeteros masturberos con exhibición pública. Dolores es un jardín de infantes al lado de Caseros, que a su vez era un jardín de fermentantes.

Cuarteador y pendenciero, ser de tugurios y de aviesa mirada,

decían que era el Jeringa. Ser de barrial plagado de burdeles con ojos prontuariados como los de ella, la Tori, la única amiga pasable que se le conoce, quien era una simple muchacha mandadera dentro de bastidores escénicos, de decorados suplentes, de decorados del decorado y del decorado del decorado del otro decorado, que tampoco es el único sino una capa de tejido en el vientre, en la matriz del gran artefacto que mueve el mundo: el teatro. El teatro, esa fecunda tramoya devenida en ficción cuando antes era cura, catarsis, enfermedad acabada y sellada. Sellada como se sella la carne en una sartén u olla con manteca, vino patero, ají morrón, nueces y menta. Luego, pasó a ser posadera y de posadera a paseadora en dársenas a la luz de un morlaco macho que brilla en forma de moneda.

—Pará —le dijo Moira a su reluciente noviecito, el Jeringa—, antes de darte una respuesta, porque, claro, ya te la voy a emitir, dejame explicarte que jamás lo consideré mi padrastro, él no fue mi padre nunca, solo tengo un viejo. Quién inventó ese significante padrastro, qué mierda de sintagma verdolaga, jodeme. Padrastro en algo está bien, padrastro tiene algo de camastro, de traste, de tuje y hasta me animaría a decirte que etimológicamente deriva del latín vulgar, ‘trasto engrasado’, de manoseo anterior. Y eso le hicieron esos dos a mi viejo, lo manosearon, masacraron su buen honor y causa, lo ofendieron, y la muy turra de mi vieja se profugó con ese gil llevándose toda la recaudación del tacho que había hecho mi viejo.

—¿Y?

—Todavía que lo abandonó su jermu, o sea, mi madre, al otro día tuvo que soportar las trompadas del dueño del Peugeot 302 gasolero porque el viejo no le podía pagar el alquiler. Le dijo: “Como peón de taxi sos una basura, yo te salvé y vos me hundís, lacra”. Y mi viejo no era ningún lacroso, mi viejo era un gentleman. Con principios hechos y derechos. Tipo de miradas, de palabra, de golpes en la mesa, mi viejo ese gigante titán.

—Yo ya te escuché —dijo el Jeringa—, ahora grabate esto en tu sesura gorra, a tu viejo, ni una sola palabra de nuestro enredo.

—Tu tía pasó del 48-78-135-64-73-80 al 48-72-140-65-77-83 en dos semanas. Aún al borde del ciclón sigue abriendo la cariada y manchada boca. De un 5XL al 6XL es difícil pasar en una semana, pero ella no registra que está en las postrimerías de morirse y muy suelta de cuerpo, qué bah, de cuerpacho, dice: "Y qué va a ser, soy la fundadora de nuevas medidas. Cómo va a ser. Como si después del 6 no viniese el 7 y después del 7 el 8, y del 8 al 9 hay uno más y del 9 no falta nada para el 10 porque está ahí nomás, tan cerca uno del otro que están juntos, tan al alcance ambos de la mano. Será cuestión de que los fabricantes se acuerden de que hay gente de obesidad mórbida que entra al 7XL para pasar al 8XL, y así y así y así como quien pasa puestos de vallas, como quien discurre a un mágico portal alicíaco, pero que en vez de ayudarte, te aumenta a lo gulliverense aunque no en talla de largo sino en tallezón de ancho". Qué hija de puta la gorda, lo grita cagada de risa, tirando la papada para atrás como si fuera un bajo y descontado flequillo. Como el pliegue de una frazada invertida o un metro de colchoneta extravertida o un epiplón desmontado o buche de pavo navideño para sacrificio y bacanal. Una papada que es como un pliegue mondongal de matambre, pero no tiernizado porque precisamente tiene duras costras en las enervaduras encastradas que comunican el cuello con el tronco. Qué grosa, tusar papada como ruana o incaico pectoral ponchal. Qué grosa, tener una papada linda, porque es linda, le salen pelos de la nariz, porque la papada tiene cara y facciones, desaliñadas pero bellísimas, más bellas que las de su propio rostro. Un cuerpo, dos caras y una mondongoza papada, que es frontal y dorsal porque se continúa a la espalda cayendo desde la nuca hacia lo que fueron los omóplatos, hoy invisibilizados, abducidos por grasosas plaquetas poroseadas, pusteadas, necrosadas por la muerte prematura del colágeno y el pielastro decomisado por infección y tumefacción por falta de irrigación.

—Pa, ¡tenemos que hacer algo!

—Sí, la vamos a invitar a tu cumple de hermosos, dichosos y planetarios alineados dieciocho y va a adelgazar. Ese es mi humilde regalo para tu mayoría de edad. No puedo regalarte un reloj Cardin ni el viaje a la modernidad de Tokio-Okinawa que estuve viendo para vos

en un paquete, pero puedo ofrendarte una nocturna comilona celebracional inolvidable con mis amigos, que a esta altura son tus amigos, tus padrinos y hermanos.

—Papi, qué emoción, me arrebata el llanto. ¡Arrebatame una caja de carilinas!

—Nunca robes ni nunca pidas robar a un hermano o amigo. Y acordate, a un amigo nunca le podés fallar cuando esté inmerso en cuatro lugares: cárcel, cementerio, hospital y mortaja cochera, vale decir, cuando esté preso, enfermo o muerto. ¡Ah y en otro espacio! En velatorio, en sala fúnebre, cuando se le mueran sus propios viejos. Los viejos de un amigo son sagrados como la capa de Montecristo.

—Pa, ¡aflojá, lo del arrebato era una joda!

—Hija, el vocabulario. Dejá esas formas verbales para el patio de atrás del colegio o para tus amigos.

—Pa, si no estoy yendo al cole ni tampoco tengo amigos de mi edad.

—Te doy la derecha.

—Aunque tal vez con dieciocho ya sea hora de decidir si quedarme o partir.

—Sí, hija. Ya, pero ya sos libre de decidir si civilización o barbarie.

—No sé, pa, me da miedo decidir —dijo abrazándose con fuerte delirio al Alirio, como dan ganas de abrazar a los históricos troncos del Lezama.

—Moira, hay tiempo, como los jueces que analizaron mi petitorio de tu tenencia absoluta, tomate tu tiempo.

—Si quiere pasar acá, si no tiene efectivo, nos tira un cheque de chequería. Si no tiene cheque de chequería, nos hace una transferencia bancaria. Aceptamos tarjetas de cualquier banco.

—Yo no pago peaje para entrar a un basural porque yo no necesito revolver basura para morfar.

—Bueno, al menos pague un trayecto máximo con la SUBE.

—¡Ma qué SUBE, ni qué SUBE! ¿Me vieron cara de qué?

—De desesperado.

—¡Y qué querés, es mi hija! Dejame pasar o paso a los empujones.

—Con mucho respeto le digo, acá todo con códigos, sin taquería.

—¡Minga! ¿Mirá si a mi edad te tengo que pedir permiso?

—¿Qué pasa entre teoría y praxis? Si usted mismo nos enseñó que las cosas las arreglamos solamente entre nosotros.

—No voy a hacer lo que vos me digas. Voy a llamar a la comisaría porque si llamo y doy mi nombre vienen seis patrullas y bajan todos enchalecados y enfierrados. Cada uno con un fierro y fierros de verdad. En un celular entran cuatro. Y qué vas a saber vos, 6 × 4, 24. Te caen veinticuatro cobanis bien enfierrados.

—¿No ve, está viejo? No le van a dar las piernas para caminar entre nuestro pedregal. Si hasta se le caen los pantalones de desmusculado.

—Fácil, hago corta la bocha: llamo a la yuta.

—Vuelvo. ¿Qué pasa entre discurso y práctica? Con usted nos educamos, los asuntillos los aprendemos, los corregimos, los reenunciamos, les damos brillo y explendor puertas adentro.

—¡Qué tanto ni tanto! Necesito pasar para tomar de ese Jeringa lo que es mío, mi hija, y así sacársela al imberbe secuestrador del rapto. ¡Me agarro la cabeza, a la final, esto pasó por culpa mía porque la dejé enamorarse y pasa lo que pasa siempre!

—¿Y qué es lo que pasa siempre?

—Mejor preguntá ¿cómo termina la cosa? En la primera cita te regalan la primera dosis, ya la segunda te la venden. Redada perfecta. Clima en perfecto tono con la segunda tipología de los clásicos policiales: el ámbito cerrado. ¿Cómo entró el criminal si todo estaba cerrado?, se pregunta el lector.

—De un laberinto se sale por arriba.

—No te me hagas el minotaúricamente borgeano en este ladilloso asentamiento, dentro de este barrancal riachuelense donde hicieron la Rodrigo Bueno. Acá son todos basura porque construyeron sus ranchales casas arriba de la basura del río. Lo único que necesito es pasar.

—Okey, pase, y que pase y saque a su hija no significa que queme las dos casillas del púgil.

—¡Púgil, las pelotas! Los púgiles hombres no usan su fuerza fuera del ring. Se controlan, y mirá cómo tiene a mi hija, golpeada, fuera de las cuerdas, las cuerdas de mi rectángulo protector o paragolpes de nuestro triángulo de amor bizarro: ella; yo, el Alirio pichicome, y toda

la ensamblada pichicome familia.

—Ajá.

—Es urgente, está robada, dopada, zombiada con interminables dosis, que es lo que a este tipo le conviene.

—¿Y qué va a hacer? ¡Le salió adicta la pobre!

—¡Pobre y adicta, las pelotas! Acá los adictos son ustedes —dijo mirando a los cuatro que le hacían el aguante al petiso peludo al pecho y en pecho.

—Vaya nomás, pero dos temitas. No queme las casillas porque si las quema es probable que se expanda el fuego y esto va a ser como un Cromañón o el último expandible, inexpungable e inabarcable incendio en El Bolsón. Acá cruzando el puente, recuerde, está la Maciel, que también debería ser zona protegida por su perfecto ecosistema. Pero qué pasa, nadie le da bola y los impuestos y licitaciones van derecho a la Reserva Ecológica, y a la Maciel, minga, ni Tusán la preserva.

—¿Y el segundo temita?

—Que si quema los ranchos, se nos quema la contra del FMI, en otras palabras, el FMI pero al revés, el FMN.

—¿El FMN?

—Sí, el Fondo Monetario Nacional del Lugar. Vivimos de las drogas. Acá entran bienes y divisas. Por medio de sustancias entra vento, entra pasta, entra Lucía Macedo y compra. ¿Cómo para quién? Para toda la ex Olmedo farandulezada con ínfulas de agrandada.

—¿Y bienes raíces?

—No, bienes muebles. Se puede pagar con coche robado, que sirve para lo mismo que hizo su procedencia. Además, acá seguimos con la tradición de las asambleas del trueque 2001, 2002, aceptamos kohinoores, lavarropas, sanitarios Ferrum, cañerías de bronce, placares de puerta corrediza, juegos de coloridas sábanas brazucas. Aceptamos cuchetas laqueadas, huevitos de bebé, cocinas en buen estado, hornos eléctricos no oxidados y parrillas ecológicas no mohoeadas que después vendemos en la Gran Barata

—No te prometo nada, si hoy quemo todo, mañana te mando un camión entero con electrodomésticos robados.

—¿Cómo?

—Mañana reciben la compra, vale decir, se les entregará derecho y nuevo de fábrica. ¡Y Frávega que espere el pedido el año del arquero!

—No se meta con el loco Gatti o el mundialista Islas, quien fue dirigido en la cuna de la droga, Sinaloa. Porque, para que sepa, el Diego, además de los ciclos del hambre, se montó de todas las faces, de todas las personas que fue en una sola vida, fue DT de nuestra selección y del Dorado, al que venerablemente consagró. Y mirá que para el Diego estar en Sinaloa era como que a un diabético lo pongan dueño de un quiosco de golosinas.

—Jeringa, te buscan.

—¿Quién? ¿Gendarmería, Prefe, Bonaerense o Federal? Me chupa una garcha, la punta de la pija y el abajo de una garompa, las bolas. Las bolas me importa, una joda bárbara. ¿Mirá si me voy a preocupar un poquito? Dan gracia. Además, si todos son como el Néstor, rengo y de seguridad, cómo me Río de Janeiro y cómo me Río de Janeiro de toda la yuta bien bien hija de puta. Yo ya estuve encapuchado antes de un juicio, estuve en rueda y si maté de un nokaut a mi hijo fue por su deterioro madurativo. Y si dejé parapléjica a su madre fue por su delirio y evangélico fanatismo. Creía que el Jehová se lo maduraría y se lo devolvería a los catorce años con una cabeza de catorce que nunca tuvo, con un cerebro que le adeudaron porque nació oligofrénico, prensado acéfalo, solo presentando el bulbo raquídeo y la cadena medular. Ella deliraba que su cuerpo de catorce dejaría atrás este caos de imágenes en la cabeza por no tener ni media dendrita de una neurona.

—Callá todas tus mariconerías. Yo te busco, el Alirio, el resistente.

—¡Resistente, las pelotas! Mansito conmigo, bien mansito. ¿Qué buscás?

—¡Bestia, a quién buscás, se dice! Pronombre enfático relacionado a personas.

—A mí no me vengas a apurar con eso de leer y escribir con que tenés embaucada a toda la pueblería que te chupa las medias por sacar tus corolaritos coloridos espejos de retorcidas y rebuscadas huevadas de palabrerías.

—Huevadas, las pelotas. Es el buen decir, zaparrastroso drogadicto. Con un buen uso del registro formal académico según la adecuación o circunstancia comunicativa hubieses encontrado un empleo. Hubieses llegado a CIO por el manejo que tenés de números para pesar, agregar gramos de veneno y manejar tu comercio, que nunca te da cero sino siempre ganancias como en las pizarras cuando sube en la Bolsa de Comercio la ascendente curva. Esa bolsa es la única que sabés usar, porque que yo sepa para la bolsa de púgil nunca tuviste uñas de guitarrero.

—¿Qué sabés vos? ¡Circulando, circulando! Dale, circulá de mi vista como circula la droga hasta en las sarmientosas letrinas de los de saco y corbata Kevingston, La Martina, Polo Discount, porque sí que son unos ratas poligrillosados. Y me fui, ¿en qué estaba?

—Eso se llama digresión, pero tus digresiones no son sintagmadas, retóricas, buscadas. Tus digresiones son de limado quemado.

—¡Ah, ya sé dónde estaba! Estaba con eso que se debate en el pitrolense Partido Obrero, donde me escondo, en sus plenarios, cuando hay redada.

—Pero te deben sacar la ficha porque vos de trosco no tenés nada. Más bien vos y los tuyos son una capitalista caterva de la droga para picar cerebros de niñas.

—De putas, porque ¡no sabés cómo coge la tuya! ¡Y vos hablás, viejo borracho!

—El vino es diametralmente distinto a tus mercancías. El vino es noble y apto para evitar derrames y embolias cardíacas, Favaloro viejo y peludo dixit, antes de su tiro de gracia, bah, el que le tiró Larreta Berreta. ¡Se cansó de pedir rescate para su fundación al PAMI y minga!

—Me hubiera pedido a mí.

—Vos recién habías nacido, vos naciste recién en esa era, la del menemato, la que dejó sin laburo a tu padre y al padre de tu padre, todos de Gas del Estado, porque si algo era del Estado era vaciado, vendido por chiruzas y privado. Conocí a tu abuelo y a tu padre, volverían a la morgue de verte.

—Ellos también de tu palo, borrachos y vagos.

—Borrachos y vagos, las pelotas. Se transformaron en entes desocupados arrastrando sus chinelas, ojotas, chanfleadas chancletas

porque ni para alpargatas alguien les soplaba, porque esos alguien estaban todos igual y en el más profundo de los profundos anonimatos —discurseaba el Alirio rellenando el poco oxígeno y el mucho tiempo esperando que caiga su salvataje, el de la pichicomería de vagos, reos, maleantes, malentretenidos, bravucos malentonados, pero siempre listos para el código y el amigo.

—Decía, la frula también cotiza. Yo ya coticé en el FMI y en la bolsa. A mí me vienen a pedir salvatajes económicos para salvar países emergentes. Next, ¿a quién?

—A mi hija, Moira.

—La Moira, dirá, acá en el barrio se habla así.

—No te permito que articules con el artículo definido femenino singular su angelar nombre vestido para dominical locus amoenus.

—Vos estás loco y de resistente no tenés nada.

—¿Cómo?

—Si fueses tan resistente, no estarías acá reclamando a la nena. Te la bancarías.

—Me la bancaría si ella estuviese con un tipo noble, valiente y de gran corazón, no con una gallina sucia. La pucha, mirate un poco.

—Más sucia está tu hija por dos cuestiones no menores. Porque ¡cómo le gustan la falopa y que la entregue a terceros como pago de deudas! Siempre se engancha y tengo que regresarla de las crenchas porque se queda con cada gil de pipistrilo…

—La tenés escondida, rata inmunda de orinadas alcantarillas.

—Ella es la que no se quiere ir. ¿Lo entiende, viejo sarna? Ella me ama.

—Vos la tenés posesa porque la mantenés todo el día drogada.

—Y ya le dije, cómo le gusta la milonga versuitvergaravense. ¡Es de viciosa! ¡Cómo le salió esa chica! Voy a pérdida con ella. Me gasta los depósitos y corre más rápido de lo que podría gastar en un caballo de carreras con doping mantenido en el haras de Adolfo Cambiaso. ¡Y hay algo de eso en ella porque ella es una yegua!

—Por una vez más, hijo, si no querés estar muerto en cinco y empalado 24×7, dame el paradero de Moira.

—Primero, lo que menos quisiera en el mundo es ser su hijo, Dios me libre y me salve. Lo segundo, la Moira querrá decir, ya se la deben

haber llevado a la Moira a la rueda que la va a moler y a pisar en diminutas piedras de cancha de tenis, en menos que granitos de granito. No sé dónde está, viejo, yo que usted no jodo más y la busco abandonada en una desquiciada tosquera.

—¡Farabute! —dijo el Alirio y le pegó un ñoqui bárbaro.

—¡Pare, pare, esta es propiedad privada!

—¡Qué privada ni privada, tomada! Y todo bien con las tomas, pero para los que tienen necesidad y urgentología, no para espuriosos taimeros de cuarta línea que se la dan de Chapo y son soldaditos de los socios narcos del quetejedi porque están siempre duros y con delirios de sideral, demencial y estratosférica grandeza. —Y al decir esto cual Sherezada o el manuchense hombrecito del azulejo retrasando el espacio tiempo, escuchó que caían sus pichicomes refuerzos del batallón de la calle—. Jodeme —punteó y empezó a tirar chapas, a mover colchones y correr cortinas subdivisoras de ambientes. Se metió en un encubierto entrepiso de pino aglomerado hinchado por bichada y nidaje cucarachense y allí ella yacía: su adorada princesita del alba, la princesita que lo hizo padre en sus años mozos, con todo lo que ser padre simboliza. Porque ser padre se desea y se duele.

—¿Cómo está Moira? —dijo el Cuidabañeras—. ¡Y vos, mirá si te caías a la mierda, por la artrosis y tras cartón, fracturación de cadera! ¡Qué zarpado querer venir solo, habrase visto!

—Gracias por prodigarme coraje. Yo sabía que iban a caer para hacerme el aguante y que no me morfara el resto de la banda de los monos.

Al verlos se envalentonó enfurecidamente más aún, cual volcánico atolón que se despierta volcando toda la incendiara lava como en la creación de los días y las noches. Quemó las persianas. Vació de querosén tres latas. Explotó con nueve rompeportones el depósito de balanzas, cetonas, mugre, ratense veneno y blanca.

—A la mierda con el laboratorio —dijo el Alirio, el imperante e imperennemente imperecedero.

—Con la cocina, querrás decir —dijo el Cuida Bañeras.

—Sí, tenés razón, en un laboratorio se investiga, se salvan y no pierden vidas. Déjenme a mí hacerlo.

Los ocho amigos lo vieron con la furia de los titanes o de las

estrellas de rock cuando demuelen equipos, guitarras, escenarios, hoteles.

Derribó uno, dos, tres, todos los chapones, todas las maderas. Lo volvió a noquear y le dio una overdosis. Lo mató como morían los sapos que él cazaba, reventado por deglución de vómito y salida de sangre por las orejas. Le taponeó con cera caliente de velas las orejas para que la sangre no saliera por los orificios y para que detonara encoagulado en su propio culebral y animal veneno de yarará cuzú, la misma ponzoña por la que murió el Paulino quiroguense a la deriva, pero no por una química de la naturaleza, sino por una química de artificiosos cristales creados en menguelares laboratorios.

¿Y qué decir de la escena final? Tomó en sus brazos a la hija como Richard Gere en *Reto al destino* o como María sostiene a su hijo en la *Piedad*, pero al revés, el padre agarrando a la niña santa, a su hija ramera, pródiga o lo que fuere.

Salió glorioso, caminando cansino, con su hija agarrada al ripio que tiene como ramplón cogote viejo, acompasado para no sacarla brutamente del calvario de pesadillas y moscas que no existía, pero que en etapa de bajada del LSD aparece en psicóticas ráfagas semiinconscientes.

Cuatro días, tres veces cuarto menguante y seis lunas crecientes se bancó el padre a la agresiva hija con depresión posconsumo. Solito y solo se aguantó como cuando su perdida mujer, que extraviaba las pastas, puteaba cual perro furibundamente rabioso. Estoicamente soportó, como un viejo callejero, dar la cara de progenitor, ofrendando el maná y la otra mejilla. Tragó saliva solo como un gentleman, soportando el tan tan temido período por todos los enfermeros: la calvariense abstinencia, la desimpregnación y las febriles alucinaciones calcinantes. Con cariño las ventanas miró y hubo que atarla con los paternales brazos, brazada va, brazada amorosa viene. Puteó, zarandeó, molió a palos a un perro. Moira le era otra, ajena, pero igual en esa Moira él reconocía a Moira, a su irrepetible, irremplazable libélula en expansión hacia el mundo adulto. Sí, era Moira, la de las doradas pelusas de flequillo, la de las perfiladas cejas, la de los dientitos de ajo y la de la nariz cáscara de maíz, la noble fécula que nos da polenta, talco para bebé, humita, gelatina, jarabe,

tamales. Colosal la harina de maíz que nos provee sopa de letras, pochoclo, cereales, vale decir, contra la desnutrición de la imperceptible clase menos que nada, todo lo que salva del hambre y la hipotermia. Y la desconocida ahuesada que estaba frente a él no era desconocida, sino la hadita de pómulos cincelados a la perfección como perfumada de azalea purretita.

—Papá, vos sos mi campeón, me recuperaste. Pero a la vez sos gloria y caída, estrellato, capricho que se acepta y escándalos que sí yo te perdono mientras que mi madre no te perdonó. Sos campeón entre las estelares estrellas de las estrellas y el olvido o un animal que vende ballenitas, portaligas, porta-SUBES o polvos en dorados sobrecitos chinos para cucarachas. Sos como los cracks de fútbol, porque entran en su vida dos eses, dos emes y dos erres. Una ese de secretos y otra de sobredosis. Una eme de muerte y otra de poncho de mariposas para dormir sin frío. Y esas emes son las migas de las migas que vos te sacás de la boca, épica prevención de mi hambre, como un centro no mediocampista, campista entero.

—Sí, hija. Para un padre, el pensamiento más ingobernable y tortuoso es que su hijo, sangre de su sangre, padezca hambre. Te juro que si pasaras hambre me volaría el tegumento del marulo. Te juro que si pasaras hambre (y que gracias a Dios no pasa porque llevo este tratado sobre el hambre), tendría que robar o salir a matar. Hasta mi culo dispondría para que patadas me pegaran o me cogieran en Constitución los putos que buscan osos para desfragmentar su hambre con delicatesen a punto babette.

—¡Papá, a todo gracias unilateral y hegemónicamente! Gracias por tu ascenso abismal, el fracaso, el golpe y la lucha frente a inertes y momificante jueces como fue con mi caso. Sos la infinidad de los siguientes verbos cifrados en una equivocación de la vida llamada RAE: soñar, amar, drogarse, internarse, lastimar un corazón y ser lastimado, subir al podio, portar el brazalete de capitán, abandonar, dormir. Caminar seis días consecutivamente, tres para destruir, tres para autodestruir, porque es así, todo junto, cortito y al pie, encabalgado en tus sueños y los sueños de tus picaflores pichicomes.

Dije sus sueños, sus amores, sus posdrogas, sus internaciones, su corazón lastimado y su jerga, argot o regionalismo. Su insomnio, su doping, sus cortes, sus navajas, sus martirios, vindicaciones y deliciosas barrancas al subterráneo A, B, C, D y E. Papá, vos sos mi campeón. Papá, por lo dicho y porque el tipo en situacional calle duerme los sueños del poeta, en la calle codo a codo somos mucho más que todos, porque vos me dormís con coraza de cucarachas y como duende esas migajas de migas, esas cucarachas, me las transformás en un poncho de mariposas para dormir sin frío. Y esas migas de las migas vos te la sacás de la boca como ética prevención de mi hambre, lo que en tu mundo es denominado ragú, insatisfacción y bestiales calambres estomacales.

—Compré chipá en Constitución —dijo el Cuidabañeras, Pináculo de la Ola.

—¿Compartís? —sondeó el Alirio, el invencible.

—¡Y cómo! Vos nos enseñaste que no se pregunta, sino que se ofrenda al toque a todos menos a los gorra azul.

—Hagamos un cocido y lo embebemos, mojado en la ahumada olla con una quemada piedra de carbón. Y mirá qué milagro que una chispa apenas de la garrafa por terminarse, que se esfuerza cual asmático en sacar aire, en dar gas hasta cien, punto hervor, convierta una piedra tan grotesca como el carbón en algo tan sensitivo como una piedra rojiza de avioletado corazón zafiral, cual copa acompañante de mieles, rosas y vino. Cocido ahumado, criolla delicia.

—Y de cimarrón paraguayo. ¿Sabés qué, Alirio? No es por mezquinismo, pero no lo usemos, te va a arruinar la infusión de rechupete que te estás mandando para el frío. El chipacito salió fallado. Siempre es igual. Tiene el mismo sabor a humedad que la esquina superior de una habitación del fondo. Las habitaciones del fondo de un profuso PH, en la parte de la tierra y del pasillo repleto de fierros parados para apuntalamiento, filtran agua de lluvia de las napas celestiales o de los vecinos momificados sin herederos conocidos al momento o no notificados de decesos. Todas las zapies detrás del puente. ¿Cómo qué puente?, no va a ser el puente de la Mujer, puente

Alsina. Allá, aunque cerca de las dársenas, no hay humedad en los ampulosos metros cuadrados de la tilingueada. Se nota que el vendedor de chipá para tapar el humedeciente amargor mohoide espolvoreó con anís y fécula, y ralló moscada. Lo como porque mi estómago parece un sonajero, el croar de un felino o el aullar de un batracio. Ya no hay caramelización en mi alma. Soy una banquina, un rey de copas, un strudel sin pasa de uva, un balde de champagne vacío que busca requechos de anís y vodka en los tachos. Para colmo hasta mis amigos parecieran querer tirarme al tacho. Pretenden que me enganche con esa paraguayera o bolivareña. Sea lo que fuere lo que le anda fallando, es la señalética cerebral a esa trolita.

—No te tires ni la tires tan abajo —proposicionó el Alirio—, pero con esa cualunque amandiocada masa, sí tirate a las vías.

—¿Lo qué?

—No me la vayas a traer a la mesa de los dieciocho de mi hijita.

—No da.

—Ni se te ocurra.

—Ni lo sueñes, ni se me ocurriría. Es un honor altamente grato su invitación y no podría cagarla. Ese día, Alirio, me la juego el todo por el todo. Como esos tacheros que con toda la recaudación del día y sin pagarle el alquiler al dueño estacionan en la puerta del Paddock de Palermo y se la juegan por una fija que le tiraron para una trifecta.

—No. ¿Sabés que podés traer, pero en porciones generosas y sin pichelerías? Anguilas a la pomarola.

—¿Y cómo calculo?

—Calculá como se calcula con el chorizo a la riojana. Es un chorizo por persona. Ídem tenés que traer ensalzadas una anguila por persona. No seas miyiadura.

—Mañana me voy al Barrio Chino y me paro en una góndola para afanarle.

—Te corto las manos si le afanás al chino de Tronador. El chino es un laburante igual que vos y además nos tira, de puro amigo, los chaufanenses sobrantes.

—No, che, ¡qué raro que vos no me entiendas un carajo a la vela, vos que estás de vuelta de todas y que, tras cartón, me conocés en una inmediata mirada apenas! Hablo de afanármela a la receta. Me paro y

copio cómo las hace el chino Cato.

—¿El chofer del Avispón Verde?

—El mesmo. El Sarmiento del karate, el grande entre los grandes, Bruce Lee inmortal. ¡Gloria y loor, honra sin par!

—¡Qué antigüedad la serie! Y andá sacándote al genocida ese de la cabeza. Que se meta en el culo sus establecimientos, aunque ellos te alfabetizaron, y sus maestras americanas. Ellos y su modelo de país, Estados Unidos, los abonados en servicio vip de las hambrientas vodevileras y prostibularias cubanas muertas de hambre de esa época.

—¿La de Sarmiento?

—No, bestia. La de antes que llegue nuestro asmático y liberador argentinito de cincuenta y dos kilos. El Che. Ese debe ser tu modelo, pelastrún, no el manchado Sarmiento de la supuesta pluma o palabra. ¿Qué palabra ni palabra si se los cepilló a todos los mapuchenses chicos?

—Tomá, brindemos con cocido por tu hija, Cato y el Che.

—Y las anguilas con que te comprometiste.

—Meta y ponga.

V. La comilona celebracional

Fueron cayendo de uno en uno. Algunos alcanzaron a ir a las bañaderas de inmersión del Cuidabañeras, pero con espesa mugre, costras, embote de supuración de poros, nudos de pelo y uñas cortadas al momento, las siete bocas de expendio se taponearon. El resto fue a parar a los baños de la costanera para higienizarse en los antiguos duchadores que rehabilitó ilegalmente el Cuidabañeras, aunque no de onda. Como él no da puntada sin hilo —últimamente se avivó y se expandió de bañero quiosco a pyme, no tan mediana sino por ahora pequeña empresa, porque la paranoia no extingue la inteligencia ni la viveza criolla—, pidió abultada guita por arreglo y mantenimiento. Agarrate, pasó factura y todo, trucha, por los materiales que le dio el Flamenco, su actual pareja de vagancia y vagabunderío, quien acopia y acopla del basural a su rancho, otro basurero, pero más decorado bajo la luz de la epidemia de estos tiempos de crisis: el síndrome o mal de Diógenes. Postal de época, diría brillantemente Víctor Hugo, de la era macrista. Pináculo de la Ola, más conocido como el Cuidabañeras, cayó con el Flamenco. El bañero desembarcó de la chata del fletero dos bañaderas con patas, que dejó estacionadas en el medio del predio, para volcar las bolsas de hielo escrucheadas por don Fumilo, paradojas de este yugo: odiar lo frío, montarse barras de la Shell y además mofarse que si dejaban las cámaras con rolitos era claramente para incitar al robo. Las bañaderas vinieron como aporte de la fiesta por los dorados dieciocho ofrendada a Moira, quien pasara de la clandestinidad de la minoría de edad a la visibilizante y encandilante mayoría de edad. El acopiador del Flamenco aportó dos puertas de casas en demolición, lijadas y blanquedas a la cal, y pallets devenidos en caballetes evanísticamente armados y pulidos por el mismo que viste y calza, según dijo, aunque pocos lo creyeron porque es un vago de mierda según vorcinclara vociferantemente su madre, quien se coló

de improviso para hacer la comida del día, so pretexto de regalarle a Moira un portadocumento que tenía por ahí arrumbado en el descascarado chippendale. También trajo ensayada la promesa de no pelear con el chanta que tenía por hijo y lo que le diría a mi hija: En este humilde pero no menor obsequio, vaya junto con este sencillo pero no menor monedero para tu documento nuevo mi amor por vos, quien a todos, a pesar de la cagada horrenda que te mandaste, con tu candor nos encariñaste.

Pero retomo el tema de la higiene y el confort porque sí, esa noche de la buena nueva y la bienvenida a la adultez de Moira debía ser un festejo pleno como con vibrador de la Isla salpicado de serpentinas y copos azucarados. Debía ser una tertulia plena con todos y todos fregados, con convidadores y convidados traslúcidos, saneados como indica las normas de la enfermería comunitaria. Por eso, para no perder tiempo en colas duchadoras, algunos se mandaron a los baños de Mac Donals. Los más añosos y artrósicos decidieron acicalarse en los bebederos Ferrum de descarte de la plaza.

La Isla y su septuagenario nuevo cayeron cuartos con un remisero al que hicieron ir a las chapas. Vale aclarar que siempre no está de más adquirir uno nuevo porque son más generosos que los clientes fijos, ya que redondean copulosamente hacia arriba los prostibularios aranceles de esta obrera resucitadora de pijas.

San Mateo, quien estrenó presbicia de tanto inspeccionar el culo de su prosti, la Partida al Medio, cayó quinto con matambre de armadillo y ya fue para el purgue.

—Eso se lo come un solo diente. ¿Cuántas veces nos explicó el Alirio que matambre de cuerito de salvaje chancho, carpincho o silvestre vizcacha, siempre que no estén en época de apareamiento, rinden de sobra? —varios le dijeron.

Ni lerdo ni perezoso, reconociendo que se había quedado corto, expresó:

—Bueno, ahora salgo a comprar unas veinte bolsas de tutucas para el café.

—En vez del trigo inflado y húmedo que vende el calesitero, andá y comprate un buen café y no esos que por más merca que les pongas salen lavados como paraguas —dijo el Flamenco.

—Mi vida, mi amorch, vos no existís, no te veo, sos de cabotaje y yo de línea aérea internacional —respondió la Partida al Medio saliendo en defensa a lo Moria Casán—. Además —prosiguió—, eso lo trae el Enfermero, café afanado de la cocina del Argerich, que me rechazó para moverse a la nueva auxiliar de cocina, quien está por un pedorro contrato, que infiero no le renovarán. Ese adicto a la protomorfina de la farmacia del Cesac que funciona adentro no va a gastar pasaje a Longchamps ni en pedo. En cualquier momento va a quedarse sin el pan y sin la torta, y que ni sueñe venir tan fresco y batata, como anda siempre de tan dopado a la dopamina de seiscientos, a beber de las mieles de mi felpuda cajeta.

—Cajeta hecha —musitó San Mateo.

—Todavía que lo defiendo… y le digo que a mucha honra me la pudieron construir de los despojos de lo anterior.

—A las cosas por su nombre —masculló San Mateo—, por qué no explicás que te la cuartearon, cortaron, mutilaron y con los colgantes de tejido te diseñaron una vagina 3D.

—Callate, ya te expliqué mil veces, la mía es una concha 2D porque no me alcanzaba para agregar una dimensionalidad más.

—Sí, te quedaste corta de japi y de guita.

—Ma, callate, que yo sepa a vos te gusta con sus limitaciones y todo. ¿Qué querés?, no soy la mujer biónica. Ni la mujer biónica, ni la mujer maravilla, ni la pulposa Angie Dickinson, la mujer policía. Es más te da cagazo la policía. Qué burra tu madre ponerte el nombre según el santoral, porque vos, San Mateo, tenés más de ruinoso demonio que de santo.

El Cortina aterrizó sexto con seis hongueadas cortinas de ducha birladas del vestuario de atletismo de Boca para resignificar en manteles de la mesada comunitaria. Eso que los diseñadores industriales llaman reciclado, resignificado, reinvention, pinap o vintage, nosotros lo conocemos hace rato y sin esos estúpidos significantes. Digo estúpidos porque acá en la pichicomería se descubre todo por necesidad. Ma, qué universidad ni universidad, ¿para que una cátedra te enseñe a ver el mundo de nuevo, con ojos nuevos en tiempos nuevos? Acá lo experimental no es experimental, lo experimental, el boceto, prediseño o plantado previo no existen. Todo

te tiene que salir in manentia como en la pantalla de Tinelli, en vivo y en directo, porque si no te cagás de hambre y la idea es salir de la etapa invernal, como cualquier otra, porque incluso la más agraciada primavera puede ser fatal por sus lluvias, vivito y coleando. Por eso lo bancamos a Marcelo, porque rema y rema con pelotudeces y personajes absurdos con pretensiones de bailarines en el *Bailando* durante tres horas. Y hay que estar ahí, eh. Hay que tener mucha cintura, cintura de avispa, te diría, para deslizarse por una circense pista con patines pesados, con toneladas y con agujas como bailando en *Castillos de hielo*. ¡No es fácil, no! Nosotros lo sabemos porque siempre la estamos remando y remando continuamente en un eterno retorno ad continium. Nuestra vida es como la de los pilcomayenses canoteros. Nuestra vida es como una regata de blanc, y como toda clase trabajadora, iremos al cielo.

La emparrillada y emperigollada al rhum del trucho Balenciaga, la Tori Amos, séptima, y así hasta llegar al adjetivo numeral ordinal vigésimo séptimo. Hubo que hacer un anexo de mesa y listo. Todos extendidos en un tablón largo afanado del obraje de construcción que como rebusque regenteaba San Mateo de sereno, por su afección al insomnio, ya que nadie deja ni una pisca de porro cerca de su rancheada. Para San Mateo no faltaría la covachera rata al pimentón dulce con papas calé, su favorito menú reservado para sus cumpleaños o galas.

Era como la última cena de Marcos López, pero en striming interactivo. Todo un cuadro vivo o como un pesebre viviente y gentil pintado sobre un derruido brocato por Kuropatwa.

Todos soporizados al Seiseme y al agua. El agua a los lúmpenes majestuosos les es prohibitiva como la leche mezclada con agua a los padres de niños.

El líquido les sería leal compañía de vivir en parador, pero mis hermanos no viven en paradores, dijo una vez célebremente el Alirio, porque no quieren o no hay camas o ambas. El agua a estos, sangre de mi sangre, no les sirve para lavar cacharros. De hecho, no los lavan. El agua para ellos es un elemento sacrisfactorio, es decir, moléculas para sacrificar sus insatisfactorias ineficacias e impurezas que no quieren tanto resignar, pero que les es necesario para no avecinarse tan de

repente a la catástrofe. Esa agua que les es tan escasa, que consiguen para enguaparse y acicalarse, opera las veces de bautismo pero al revés, y ese sacramento, ya sea al derecho o al revés, para ellos es una categoría importante.

En resumen, ese prescrito del decálogo, como las máximas de San Martín a su otaria Merceditas en esquelitas, una por máxima, a todos les quedó.

El suplente de la abortera del barrio, el Ozuma, ya sin venta ambularia y sin esposa, que se había puesto al frente de la empresa del raspado, llevó el alcohol de la botica de su reluciente novia para el ponche improvisado con frutas fermentadas al sol del veintitrés en el Irala, que de haber funcionado como sucursal del Lezama pasó a casa matriz. Ese hábito tumbero vaya a saber cómo entró al hermaneado círculo cual infectadura piojerosa. Pero vaya que entró si digo que se lograron veintiún litros. Entró para quedarse. Puchero de espinazo. Costeletas de comadreja vieja a la pizzaiola. Papas a la romana, vale decir, papas picadas por embicho de la bolsa de PAMI Te Escucha. Bolsas que no eran mucho, pero que cómo ayudan y ayudan alguito a jubilados y a los pungas de los jubilados en la salida del banco o del centro de jubilados, de donde se van con la embolsada dádiva.

La Parche se sentó al lado de un banco vacío que se reservara etiquetado a lo José Arcadio en homenaje al delicado Carmelito, que Dios lo tenga en su santa gloria. Por arriba o por abajo, por atrás o por adelante, siempre hay que ser agradecido, por eso la etiqueta, que más que etiqueta era una pancarta —porque en La Boca hay una ley que prohíbe pronunciar QEPD, ya que a los queridos no se los deja descansar, sino que siempre se los trae para el acá, en modo mexica— y decía: “Que nadie se olvide del Carmelito, carajo. ¡Carmelito presente, ahora y siempre!”. Todos habitaban orgullosos de haber tenido a un joven tan refinado a lo Chikoff en esos bajos fondos del sudestado, pesar que les hizo temblar a más de un enguapado taita a la hora del velorio.

Cayeron bajo solo la finalidad de emborracharse, porque se había corrido la bola de que cañilla libre all inclusive habría en la fiesta del décimo octavo cumpleaños de Moira, doña Madero con Nuria, otra pobre diabla que no tiene a quien agradecerle, ya que la semana

pasada zafó del crematorio por una septicemia masiva producto del abortero junior.

Se supo tiempo después que la abortera había caído en cana veintinueve horas. La demolieron a cinchazos las de la femenina. Paradojas de la vida: la madre de la difuntita esparció sus cenizas cual puloil en el ceibo de Irala, a cuatrocientos metros del consultorio tienda de guerra. La madre lo decidió así y la decisión de una madre lutense se respeta. El dolor por los hechos ocurridos y la clarividencia que había tenido la obligaron a hacerlo. Las madres, cual yocastas, deciden dónde dejar las espinas de sus hijos. Y sí. Nuria adoraba el parque tanto para sus juegos infantiles devenidos ahora en revolcones pendejeriles, tanto para cortarle flores a la nona como para pitar en su nuevo ritmo inocentones porritos.

Quien servía en la parroquia los poligrillos platos que se merecían los poligrillos pichicomes, la monja Carmela Canteros de los Olmos de la Iglesia, fue invitada por sus santos servicios de compartir el humilde pan de Cristo, que los dejaba más famélicos que famélicos perros, más muertos que vivos por la extensa cola que avanza lenta al ofri de la despoblada y desparapetada de edificios, que contendrían las ventosas ráfagas de gélido polvo y hollín, Brandsen.

La sarnosa monja era acérrima íntima enemiga del obispo mayor de la Iglesia Ortodoxa Rusa, contrera porque le afanaba la clientela que hacía las donaciones que les permitían viciosamente larvar, aunque de eso no se habla, los priores y las acolitas son tanto o más larvas que los pichicomes. Las monjas son vagas, viven con su rosario, con sus tullosas, planas y peludas asentaderas blancas mientras que los pichicomes caminan y caminan hasta desvanecerse sobre sus desgarrados zapatos cual osarios. El tema es que la minita había aportado el oporto para tiernizar en hervor la cacatúa emigrada de las Australias, ex Países Vascos.

El Flamenco y el Cuidabañeras fueron los primeros en caer tumbados en el sector algarrobal dado que ya no estaban para el rocanrol. Si te asomabas, parecían un terceto con la monja, que se les coló, un trío que maravillosamente había intercambiado, en ese bermudezco triángulo, paraísos celestiales por paraísos terrenales, cual figuritas de álbum de chiquilín. Recién cuando estuvieron los

resabiados del ambulanciero Mario Argerich, su cornetero y su sirena viviente para las ocasiones en las que se averiaba la original de segunda selección de Tailandia, los despertaron meta corneta y megáfono del SAME.

Colados por doquier, filántropos y hologramados filibusteros de la zona de clivaje comprendida entre La Boca, Barracas, Maciel, Pompeya, vale decir, esos no invitados que pitan siempre y que no pernoctan en la plaza porque yiran y yiran bajo la luna o el sol y así como no tienen punto fijo tampoco tienen amigos, amores, hermandades fijas. Son como esas luces intermitentes de Navidad que cuelgan mal colgadas, aparecen y desaparecen, colaboran o arruinan. En ese homenaje ofrendado por inflado padre orgulloso de una joven tan especial como la suya, los yirados filibusteros tuvieron la delicadeza de dar su colaboración colgando primero y corriendo después la cortina que mantenía el gazebo improvisado, medio carpa de jeques, medio toldería, con pisos aislantes de aluminio de campamento aportados por el Fumilo. El plateado material alfombroso para que no subiera el calor de los terrones secos ni los nidos hormigados de hormigas coloradas, las piores, cualunques insectos que se harían la panzada de su vida con el pan rallado de las milangas y los suflés de queso.

¡Qué plato! ¡Qué joda bárbara, qué purpurinesca recepción conmemorativa!

¡Que espíritu bullangueramente carnavalesco de corte de los caballeros y caballas de la mesa redonda! ¡Era, más que una parranda, la entrega de los Premios Horacio Guaraní sin alfombra roja, con alfombra verde, pasto seco y aluminio! Los invitados atravesaron la entrada, aflojaron las manos tiesas por la inquietud y enmudecieron al borde de la mesa que homenajeaba la ejemplaridad de Moira, la genia gema del diamante bajo porteño de arrabal adentro del filo del río, como esa noche la rebautizó el gangoso del Mula en un recitado de vendedor ambulante, su metier desde hacía años.

Fue una pausa tierna porque sus corazones habían dominado la espera y todos habían llegado a la farragosa gala casi como en puntas

de pie del Bolshói, todos sobrios, ceremoniosos y limpios como para control de alcoholemia. La vieja Deambula y la Isla, unas de las fervorosas organizadoras, habían puesto una hilera de velas en botellas cosecha Fléchner de tres cuartos. Una cascada de luces navideñas colgaba de un árbol, cual araña pop de caireles led, estampadas con el groso del Gauchito Gil.

Brillaba a la luz de las velas la ropa que habían elegido parsimoniosamente y de etiqueta a su manera, porque sí, hay muchas formas de etiqueta y esta era una etiqueta gravemente comprometida con sus corazones enlazados en pequeños guiños, cruces, alientos, aplicaciones y milagros de plaza.

Cuando todos estuvieron sentados, el destartalado obispito de la iglesia rusa, con su piquito de abispita esmaltado de rouge, y el Toribio, recién llegado de una capacitación para pai en Formosa, esa selva colindante con la cuenca amazónica, punto tripartito con Paraguay mediante, tras dos meses de notoria ausencia y paz para la Tori, dieron la bendición e inauguración del banquete, que no era platónico, era concreto, mundano y poco modesto para ellos. El pai Toribio había bautizado hace unos días a los nietos de la Parche, al difunto y a su avispada hermana por 789 con 90 céntimos y una docena de chirolas, haciéndole precio —un vuelto, refunfuñaba el pai Toribio— a pesar de que por difunto se cobra el doble porque el propio pai debe desenterrar al muerto. Sea como fuere, en los hermanos quedó registrada la firma dibujada en sus pieles con el agua bendita de la comparsa Do Bahía, que valía tanto como una firma de Sebreli o Jitrik, porque era la misma pero la misma agua brisal que recibió el tocado Messi cuando lo bautizó la gaita mafia del Barcelona.

El Alirio solicitó que oficializaran la entrada de Moira a la zona pichicome con la inmediatez y el desparpajo de sus plenos dieciocho mediante una alianza umbanda. Los padrinos debían ser umbandas y ahí estaban bien dispuestos el Marito y su madre a cambio de botines oficiales del equipo de Junierse Boca, club interplanetario que dominará el mundo dejando de culo a todos los equipos extranjeros dirigidos por esos vendidos DT argentinos, quienes los llevan hasta la final de la Champions u otras ligas.

Todos ostentaban su pertenencia al parque Lezama. Todos

chapeaban con ser los moradores que más horas de cabotaje resisten al calor petulante o al frío insidioso en un lugar de esparcimiento, para otros, al aire libre. Para ellos, la plaza no era esparcimiento, era una laburante forma bajtinesca de vida sin disfraz ni máscaras carnavalescas. Eran así de una, vivían así y punto.

Le habían dicho no mate, no líquidos calientes, no succión de leches vaginales por tres días, luego de la extracción de podridos molares, pero el viejo Chupindanga, nada, venía de chupar una cachufleta viajera chachiola. Meta chuparla como poseído por los diablos rojos, los de Independiente, lo horadaría una infección de bacteriales gamadelias. Y ahora el Chupindanga nuevamente iba a chupar, a libar moscatelli, puloil, perfume Altai, vencida colonia Henno de Pravia, caña de quema o derivados de lo que fuere, pinte o aparezca de diablos sabe Dios dónde.

Eran así de una, existían así y punto, sin más. Todo iba de impulsos, de apremios irreflexibles, de retazos y girones irretornables, irreverentes insurrectos e irrefrenables. Todo en estos cuatreros era un tirarse en loop a la pileta como latigazo a sarnoso, a fanal fandango, a galgo de carrera sacrificado, a buey manco que no arranca.

Por ejemplo, no pudieron comer en silencio o por lo menos sin gritar como había propuesto el Alirio, agitando sus caderas cual cuero de lonja en llamado telefónico a la guardia del Argerich con el Franquero, pero en cambio sí pudieron beber sorbo a sorbo el vino patero donado por la despensa de los chinos de Olavarría, porque todo chino que intente instalarse en La Boca sabe que los supermercaditos autoservicio no funcionan.

Pudieron mover su osamenta en comparsa cumbiera y villera como suelen hacer en sus catreras. Inflados, jactanciosos, los muchachones y las muchachotas, todos hechos unos condeses y duquesas, henchidos como la cuchara sopera para la buseca que rasqueteaba donde ya no quedaba ni gramillo de pechito de calandria pelada a hirviente agua de Riachuelo en llamas.

Siempre un manguero botón se te asoma haciéndose el dolobu y te cabecea para mangueo. El jefe de Prefectura de la Base Cuarta Río de la Plata, a la altura de la reserva, fue el único que se hizo un sándwich de riñón en lonjas porque desconocía que previamente habían sido

lavados en lavandina por babosamente putrefactos devenidos en cajones vencidos.

Nadie se atragantó, ni flemó, ni gargageó, ni tosió, ni escupió, ni rasgó fibras atoradas entre sus orificios dentales y branquias. Nadie se broncoaspersó, fue como si hubiesen estado ensayando todos estos años. No se podría calificar ese encuentro como un milagro, sino como la prestación de sus esencias de buena leche, allí sobre la mesa, refutando la estupidez de los otros, la fulera y mufa gilería de los que lo miraban desde afuera.

Paradójicamente, el Garca Pérsico hizo de ayudante de cocina, metre, bachero y mozo. Por sus manos pasó todo, dirigiendo como relojito la batuta. No se rio como hace en las fiestas al revés, vale decir, en la contracara de bautismos, casamientos, padrinazgos y confirmaciones: los velorios. Había recibido fulminantes instrucciones y recaudos de don Mezcalino, actualmente de autolicencia por desligue de cuarta y décima vértebra, en su dispendio de pitones fritas al cono. Se lastró mejor que en Siga la Vaca o La Farolaccia sede Madero. Presuroso llenaba los vasos tan pronto como los veía vacíos. En esa ala de la mesa habrá veda de gaseosas, le había indicado Mezcalino, señalando de reojo a quien tenía entre cejas por multarlo en su dispendio, el jefe de prefectos. Y entonces ahí solo corrió Toro Viejo. La gaseosa en la pichicomería es más preciada que damajuana liberada, por el precio que te cobran cuando te la venden fría.

La copa del atropellado del Chupindanga era vaciada rápidamente a sorbotazos, a aspazos de molino, pero cuando el Alirio recordó su ramificada cirrosis se le prodigó solamente jugo Carioca con una gota rasposa de rosado. Esto está extensamente diluido, intentó gritar, pero inmediatamente fue acallado por la mirada celadora de Moira, estelar ángel protector de cada roto, de todos los descalabrados y fatigados ahora allí.

El purrete del Salbio dejó de comer y aguardó tieso inmóvil con el vaso princesa en alto y el pescuezo hacia el Alirio.

Recordemos a los que nos abandonaron, dijo el Alirio parafraseando, in memoriam, el rito decadente de los Oscar para todos aquellos actores que pasaron a mejor vida. En este caso eran los fallecidos anónimos en el mayor de los anonimatos. Sin patria, sin sexo, sin

religión, sin documento o pedido de ADN al Equipo Médico Forense Argentino. Imaginate, si encuentran a nietos de la cloacal dictadura, cómo no van a desentrañar quién es uno de esos fulanos que mueren desdentados a piñas cagados, desbocados en una bocacalle, con las comisuras y las cejas cosidas con sus cordones mugrientos de zapatones tres números más, ya que no se puede elegir. Se rescata algo en el cotolengo Don José Larralde, frente al exlactario Chinchella, o en la legión extranjera francesa, sede Casa Amarilla, donde te llevan a la pileta los del BAP, todas piscinas frías, nunca una climatizada. Nos gustan las zapatillas bien blanquenses como los blanqueados del rosado Flamenco. Todas llantazas, no por la marca, sino porque son números de travestis sobrehormonadas, las de la Cruz Roja de Aristóbulo del Valle.

Nadie habló de prodigios incumplidos, fallidos milagros, quiméricos portentos vanos. No imperaron calumnias, rescollos, tirrias ni lugares comunes. No hubo espacio para groserías porque nadie daba cabida para ello. Las estrellas no se equivocan. Estaban tan cerca de ellos, tan por sobre sus cabezas, que de pararse las hubiesen movido como se mueven las bombitas de las piezas bajas de las pensiones. El tiempo acompañó. Una tarde de lluvia hubiera sido privativa del himno a la alegría que entonaban, porque la tierra nunca llega a absorber y el parque se inunda.

Jugaron a decirse en secreto una frase y todos coincidieron en la misma oración exclamativa: ¡Después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto de tu bendito vientre!

Fue una gala maravillosa para los vagos. El Mula abrazó al Ozuma y lloraron como en *Cuesta abajo* o en una del Luca, no, no va a ser George Lucas, hablo del Luca Demare. Lloraba amargado porque confesó haber dejado el metejón del paco. ¡Qué canejo! Cuando lo abrazó sintió su cuerpo como un monumento de mármol, duro no de merca sino por la fuerza de las palmetas y los laudos y los brazos que lo rodeaban, porque todos se sumaron, por la suerte que siempre ayuda con abrazos.

Hubo galletones con pella y jugo vencido. No faltó manjar conocido o cercano para ellos y eso para cualquier desposeído sobreviviente es un festival. Pero el chiste que hacía la delicatesen absoluta fue el cómo

y no el qué: la buseca de siempre, pero supremamente tiernizada al galope. La buseca que compartieron fue única, una exquisitez ablandada a base de remojo en leche el día previo y dos horas de fuego a leña meta oporto hasta el momento de las verduras. ¡Esto es manteca, qué va a ser buseca si se te deshace ya en la lengua sin necesidad de canino o postizos!, farfulló la Isla con la boca frangolladamente llena.

La jarana calórica les permitiría no morir de hambre por varios días, tal vez de insolación, porque es sabido que los linyeras mueren al sol de las fiestas patronales y tradicionales de diciembre y de los abriles prepascuas cuando el verano no se decide a decir good bye.

La Isla había llegado con el pelo mojado del telo y con un hule plastificado para mantel. Había estado con un casual cliente, quien, para poder soportar las mesas navideñas con la parentela odiosa y su jermu, se había desquitado en la vagina fruncida de la profesional del exprés y demás adendas.

—Traje plata para el helado —dijo la Isla, la de los islotes por tetas, y enseguida preguntó —: ¿Quién se pega una corridita hasta el Grido?

Los quinieleros que habían traído docena y media de damajuanas dijeron al unísono:

—¿No te parece que hoy da para helado artesanal en vez de esos químicos?

—No me alcanza —replicó la puta.

—Dejá, dame lo que tenés que garroneo el resto porque la deuda del pibe del dueño de Don Filipo Gelatto rebasa todo límite de espera.

—Pero dejá, no vas a gastar vos que siempre andás en orsái con tu mayorista de juego. Cobrale, sí, no digo que no, pero guardá para bachear, o sea, saldar otros baches y deudas desvencijadas.

—Che, ¿quién sos, Vigo Mortensen? Parece que viene muerta con vos —retrucó el Franquero, que últimamente proveía drogas opiáceas a la salita de la partera devenida en abortera.

—Callate —le refregó el hermano más joven de entre los quinieleros —, callate, que te caíste con colados, que la pucha cómo morfan — concluyó indicando a una manga de amigotes exsopres.

—No se señala con el dedo y menos a una dama. ¿No te enseñaron eso? —chistó el Franquero.

—¿Y quién es una dama?

—El muchachito trans. ¡Qué vas a hacer!, ahora está de moda entre las adolescentes ser trans.

—Que haya paz y que dure —agregó Moira, reina de los mudos, a quien cepilló su padrastro y ella lo negó, en típico cólera de Estocolmo, discontinuando algunos significantes. Reina y ama de los mudos por sus raptos de silencio porque esas cepilladas de juegos en rajas y ombligos le serrucharon la voz, pero no la observación, el análisis y la reflexión tácita aunque inmediata.

A la Isla no le perdonaban aún que había llegado sobre el pucho, pero, entre el jolgorio de ese círculo humano y la maternal vigilancia de Moira, toda contienda se neutralizaba inmediatamente.

La pobre madre cayó no babeante con su psiquiatra del Fiorito. Aunque le quedaba lejos, había elegido el Fiorito para ir merodeando, de vez en cuando, la zona de su hija como toda madre coraje. Se incorporó a la tertulia muñida de pastas que descartaría en los pastizales porque el jaleo era en sí el mejor antideprais.

Walter, el veterinario y patrono salvador del Walter Segundo, recientemente desempleado se había sumado a esa nave de los locos y en poco menos de seis días preparó todo. Su mujer picó diez kilos de cebollas, cuatro de zanahorias y dos de nabos para la buseca. Se cobró el sueldo que le había quedado adentro en una carnicería de su exjefe. Se cobró en carne de cerdo y de terriné y, en agradecimiento a esa plaza que albergaba a su familia, condonó los cortes porque al correr con una faca al dueño consiguió que le bajara de lo mejor de lo que en la cámara frigorífica yacía. Esa era la crónica de un despido anunciado: el mal carácter con las despropinadas clientas cuando cortaba uñas y pelos gatunos y caninos, respectivamente. Pobres perros, con esas dueñas de campeones y múltiplemente cepillados caniches. Dueñas insoportables de la parte cheta de San Telmo, esas artistas con atelier en sus remodeladas casas doble altura que se pavoneaban muy sueltas de cuerpo por la cocina husmeando a su cocinera o controlando la higiene de las manos y las carnes de sus muchachas cama adentro.

Se largó el bailongo en su tercera etapa. ¡Ay, qué despiplume y panzada de carcajadas! Todos meta farra y risa. Sus bocas

denunciaban que todos se habían lavado, meta franela y meta bicarbonato, los dientes en perspectiva dichosa y dicharacheramente globosa frente a los bebedores.

Pocos percibieron la lavada de cara en lavandina de los podridos patas y muslos que ya se habían manducado al tiempo que les destilaban improperios difíciles de digerir por el grado de placer que les provocaba pronunciarlos cuando cazaban alguna de esas trapisondas de los muy pillos. Pillos, pero sin maldad: pillerías no estafadoras, sino para que alcanzara la comida. No solo alcanzó, sino que sobró como cuando cocinan los salados pichicomes devenidos en chef, ya que siempre deben ser porciones hervideras, generosas y abundantes, que queden para recalentarlas dos, tres días. ¡Y cómo les quedan esos manjares! De rechupete para chuparte bigotes, barbas, dedos y dientes. El Alirio dice: ¡No te podés quedar corto y con hambre de arroz, polenta y fideos! ¡Mi Dios, si es lo más barato que hay! Si vas a poner en una Essen, poné y poné mucho pero mucho, mucho más que bastante o suficiente. ¡Mucho de todo, si no no invites! Siempre agregá, sin ofender, hermano, y con todo respeto, porque ya sé que a veces no se tiene ni medio ni nada.

—Esta buseca tiene más porotos que garbanzos —se quejó el Cortina —, no es así, deben ir en parcelas iguales.

—Porciones, bestia —corrigieron el Walter y su ayudante de cocinería. Y agregaron—: ¡Y si no te gusta, rajá de acá, pero antes vení y agarrame esta!

El Garca Pérsico, ningún gil, si bien la consigna fue que era un festejo cerrado, puertas a dentro, all inclusive, pero para ellos y no para terceros, se cayó con un tajo y qué tajo. ¡Un tajo que valía por dos, tres, por veinte tajos! Sin miñones, novias, amantes, deprimidas próximas al suicido, forasteros o muñecos, el Alirio enfática y performativamente ya había aclarado con perfecta vocalización como empleaba siempre. Y no va que el pelandrún no por ser cagador, sino por ser garca, se apareció con una joven morena gigante con mejillas pecosas como mariposas. La fulana cayó con una sombrerería que dejó a todos de culo, pero nada es perfecto, era una minita de mal vino, lo que te la baja un poco, según, cuentan que cuentan, aclaró el Garca Pérsico.

A todos les quedó en la piel un sabor de apio fresco y barato fiambre prensado saborizado a cantimpalo. Era una señora buseca, no le faltaba nada. Justa en pimienta de molienda, justa en ají molido. Equilibrada en jengibre, comino, coriandro y pimentón colorado. Equilibrada en el toque de vino blanco, equilibrada en descartes de panceta con cuero. La velada fue ociosamente agradable. Todos hablaban sus vergüenzas, sus triunfos y sus anhelos. Todos endilgaban augurosos deseos por el agregado dígito en la vida plena a plaza abierta de Moira, que no les era ajena, les era amante, hija, hermana, vecina que venía como nueva.

El rictus, las formas y las prácticas empleadas fueron la estelar elipsis de la velada.

No hubo escándalo hasta que se hizo un humo de incendio. Nunca faltan los incendiarios de plazas. Siempre hay uno que en ausencia de bosques porque no le dio la guita para llegar de mochilero prende algún ceibal de la flora autóctona.

Todos soldaditos de hojalata a la luz de la pira quemada a lo San Juan. La fogata sirvió para preparar café. No hubo peleas, desubicados ni exhibicionistas. Todos una monada de boy scouts. Camaradas y con el corazón hermanado el uno en el otro.

Sin duda hacia las cinco se les acercaba el fin de la noche de las delicias. Uno improvisó un sentido brindis cuando a la Isla le llegó el remís que la regresaría.

Se brindó porque luego de tanto tiempo de haberle escuchado consejos a partir de decepciones el Alirio ahora era intensamente feliz. Se brindó por la liberación y el fin del quebrantamiento, se brindó por el renacer fénix de la vénera Moira y su convite a una fiesta perpetua llamada ilusión de juventud. La Parche les mandó una porción generosa de budín de pan con almendras glaseadas a los niños del primer matrimonio del Chupindanga, que visitaría en días. Le dijo:

—Tomá, para esos abrojitos desérticos que en cuclillas parió la pobre mujer que mortificaste.

Moira comentó que eso era un bocado apenas, ya que en esa casa no eran dos sino tres con el pulgoso perro rescatado y su implicancia de este número para la alquimia, George, el Dante, las leyendas nórdicas y la cábala.

Cuando alguien le preguntó a la Isla por su affaire solo musitó cansada acerca de los trabajos de limpieza de ese día en el hotel de las inferiores, provincianos de Boca, que canjeó por estadía, aire acondicionado y smart TV.

Los preparativos bien valieron la pena, salieron redondos sin ayuda de ningún grupo wasapense. Los de la plaza no conocen, wasap, inbox, face ni redes. Todo se cocina face to face, gota a gota, sangre a sangre. Este había sido un ateneo de boquenses, pero cerrado a la barra por un tema de decoro aunque se entonaron las hermosas estrofas: Dale, Boca / dale, Boca, / que con Copa / sin Copa / no te dejaremos / de aclamar.

Hubo necesidad de sus canciones, pero no de barras, que alguna ande enroscada a la tribuna con algún desconocido un toque no significa que alguien deba desplomarse en confianza.

La labor estaba cumplida: enfrascarse en una bacanal mancomunada por el chau desgracia y el hola ventura con gloria del eucaliptado aire de la plaza que toda la comuna respiraría a poco de despertar. ¿Quién podrá olvidarse de esas campiñales liebres bañadas en salsa mirland, esas camperas iguanas al oporto con uvas caramelizadas, esas morcillas de batracios enjengibrados, esos caracoles alimentados a queso rallado para purgado en conventilleras piletonas y posterior curado?

Todas las alucinantemente decoradas viandas degustadas eran inciensos para el estómago y gamas de tonalidades para retinas oculares. El clavo de olor vibrantemente sazonó y vigorizó las palatales apreciaciones, los gatos al clavo fueron sellados al olearatto, a la bergamota desde el corazón de las fieras enjauladas. La jaula estresa y el estrés los deja marcados como si estuvieran encerrados en una parrilla al frío de los engrosados barrotes. Los chef devenidos en benditos matarifes saben que un animal en cautiverio endurece su carne, por eso se lo suelta tres días antes de kosherícamente sacrificarlos con el rabino más a mano de los quince barracalenses templos.

Eran conscientes de que al otro día de esta gourmandise cada uno

sería cada quien sin más, pero con algo del rumbo que traza la ofrenda de un padre amando a una hija, su niña ingresada a la mayoría de edad a pesar de la certeza de lo otro, lo siniestro, del que está por fuera de ese paternal amor, porque ya ha perdido a todos sus viejos: la inaguantable levedad que se rifa, se regala por incertidumbridad a quienes luchan para aferrarse, meresundarse y enamorarse en algo con la vida, con la cuota apolineática que es necesaria para no caer más de lo cedido, porque ya se lo dio todo y el pichicome es olvido.

Igual que siga y siga el baile en el lugar en que se nace, la miyiadura del arrastrado, porque, así como no hay bostero ni pequeño ni grande, rico ni pobre, ausente o presente, no hay pichicome ni pequeño ni grande, rico ni pobre, ausente o presente.

Hay pichicome bostero como rama, especie y género, pero siempre, siempre, sin degeneración. Lo que hay es pichicomes con bosteros y al verre, bosteros con pichicomes. Hay pichicomes bosteros con rompeportones, con derribo de vayas, con sabotaje de barrera, micro o murallón. Hay bostero y pichicome con bostera filosofía, cicatrices y ostentación. Pichicomes y bosteros sin tiempo o con eternales tiempos. Pichicomes y bosteros sin premuras, necesidades u omisión.

Así, sin apuro, se fue acabando la joda que había llevado afanosos desvelos. En este gran festejo no hubo un gran maestro de ceremonias o un gran artista como Beethoven en su década sorda, sino que todos fueron artistas gráciles y complejos cuerpos dóciles de un festival de morfi y sabores, vale decir, de un buen ágape a igualdá y semejanza de hechura del *Tratado del hambre*, escrito por un autor anónimo, popular y lábil como una semifusa que se escapa en un estallido de Nagasaki.

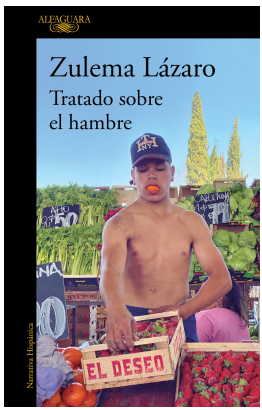
Moira, Alirio, ellos forzudamente en ellos, tozudamente para quedarse en ellos y no fugarse como semitono. Hay que ser tono completo, escala pentatonal completa, clave de fa, la y alfil completa: artistas del medio, del fin, del centro y del eje de La Boca. Artistas de la forma, del contenido y del mensaje bombonero. Artistas del hecho de navegar sin suficientes corrientes de aire, todos eximios capitanes del arte de navegar con velas de sebo o cera que se derriten al llegar al sol como se derriten las alas de la pobreza, que son las alas del escarnio. Maestres del batallar y batallar con bergantines aun golpeándose, como se golpeará Moira, frente a montañas rocosas,

icebergs o insondables e indetectables grietas submarinas gracias al único faro: el embestimiento y el hipnotizo de un taimado, empachado e impúdico equipo, todas bondades que alegran, que aturden como contrapeso de todo aquello desfallecido, como contraprestación de todo aquello cohibitivo y empalecido. Hacer croses dándoles a mortales como punching balls endemoniados. Navegar aún con el corrimiento de las placas tectónicas y sus tsunamis. No dejarse tumbar ni aún tumbado según el legado almafuertense de Pedro Bonifacio Palacios.

El amanecer cerró la fiesta con su condecoración de luz y brisnante brisa para los participantes, apuntadores en completitud de este paso de dos, padre e hija, no como dos palabras sino como una palabra compuesta que adquiere un nuevo ideario a modo de destacadamente brillante y fulgurante acto elegiático de patafísica pantomima, pero no de un inocuo surrealismo sino de uno real celebrado, loado y vindicado por advenimiento de los dieciocho, mayorazgo de edad en el apogeo de la celebrante pichicomería vida.

Agradecimientos

A mi compañero de toda la vida, Clau; a mi angélica hija, Magui, y a mi familia. A Julieta Obedman, Matías Reck, Daniel Guebel y Julia Saltzmann. A los crotos que se hicieron amigos y a los pichicomes que viven en las plazas con esa paciente valentía para esperar lo que injustamente no les llega. Sin ellos no hubiera sido posible este libro.



«El tráfico de animales no existe en los pichicomes. […] Usamos solamente el bichaje como comida para aplacar esa mugre de hambre que no se desprende ni borra como no se borraba la cruz de brea cuando te marcaban la casa los nazis. El hambre te sigue como el perseguidor de Cortázar. Te acecha como acecha Hammett a sus personajes oscuros de los negros policiales. El hambre es un crimen, es un decadente móvil, es un suburbio, es un bajo fondo.»

Alirio es un hombre que vive en la calle. Tiene muy estudiado el método para subsistir a la intemperie: dónde dormir, dónde comer, dónde bañarse. Cómo recolectar alimentos en toda clase de situaciones y lugares; cómo encontrar los mejores rincones, los más seguros y confortables para descansar, y cómo manejarse con los pichicomes, los que están en situación de calle. Cuando Moira, su hija adolescente, se muda con él, Alirio quiere contarle cómo hacer para sobrevivir

dignamente, aunque se tenga hambre.

Zulema Lázaro, una escritora de prosa incontenible, dueña de un lenguaje propio tan singular como los temas que elige contar, nos ofrece en *Tratado sobre el hambre* toda su deslumbrante y dolorosa sabiduría.

ZULEMA LÁZARO

Nació en el barrio de La Paternal, de la ciudad de Buenos Aires, en 1966. Licenciada en Lengua y Literatura por la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), es escritora y profesora de Literatura en escuelas secundarias. Participó de la antología *Buenos Aires no duerme* (1998) y publicó los libros de cuentos *Barbarella* (2018) y *RePuesta* (2022), y la nouvelle *El vaguito* (2019).

Foto de la autora: © Alejandra López

Lázaro, Zulema
Tratado sobre el hambre / Zulema Lázaro. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2023.
(Hispánica)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8266-13-8

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

La editorial reconoce el derecho a la imagen previsto en la legislación nacional, por lo que en caso de comparecencia del fotografiado en la tapa se le reconocerán los derechos morales allí previstos.

© 2023, Zulema Lázaro

Foto de tapa: © dagurke
Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Agustín Ceretti, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Edición en formato digital: marzo de 2023
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el

conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-8266-13-8

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

Tratado sobre el hambre
I. Qué es un tratado sobre el hambre
II. Cómo emerge una hija
III. Diego padeciente y la schespereana sombra de hambre y Flechas empapadas
IV. Duelo a morir en la Bueno entre un padre y un jeringa
V. La comilona celebracional
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos